

Julio Verne

Martín Paz

El maestro Zacarías

Una invernada entre los hielos



de

En este volumen se incluyen tres de las pocas obras que Julio Verne escribió antes de iniciar su fructífera colaboración con el editor J. Hetzel.

Las tres aparecieron por primera vez en la publicación periódica el *Musée des familles* y fueron publicadas posteriormente por J. Hetzel en volúmenes ilustrados con magníficos grabados (recogidos en esta edición).

Como escribió Hetzel, cuando Verne escribió estas obras «el autor no había encontrado aún el género que él creó y que ha hecho su nombre célebre. Pero es curioso seguirle hasta en estos intentos, que contienen ya algunos de los gérmenes que hacen de la obra general de Julio Verne una obra aparte en nuestra literatura, y a tal título merecen ser conservadas».



Jules Verne

Martín Paz / El maestro Zacarías / Una invernada entre los hielos

ePub r1.0

Himali 12.06.16

Título original: *L'Amérique du Sud. Mœurs péruviennes*. Martin Paz,
nouvelle historique

Jules Verne, 1852

Ilustraciones: Jules-Descartes Férat

Título original: *Maître Zacharius ou qui avait perdu son âme. Tradition
génevoise*

l'horloger

Jules Verne, 1854

Ilustraciones: Théophile Schuler

Título original: *Un hivernage dans les glaces*

Jules Verne, 1855

Ilustraciones: Adrien Marie y Charles Barbant

Traducción: F. Cabañas Ventura

Editor digital: Himali

Escaneo: Alfred Borden

ePub base r1.2



NOTA DEL EDITOR

Incluimos, en este volumen, tres de las pocas obras que Julio Verne escribió antes de iniciar su fructífera colaboración con el editor J. Hetzel, a quien conoció en 1862 gracias a Dumas y a Brichet.

La primera de ellas apareció en los números 10 y 11 (julio-agosto) de 1852 del *Musée des familles*, con el título de *du Sud. Mœurs péruviennes. Martin Paz, nouvelle historique L'Amérique*

.

La segunda fue editada por primera vez en los números 7 y 8 (abril-mayo) de 1854 de la misma publicación periódica, con el título de *Maître Zacharius ou qui avait perdu son âme. Tradition genevoise l'horloger*

.

La tercera apareció también en el *Musée des familles*, en los números 6 y 7 (marzo-abril) de 1855, con el título que ha conservado hasta hoy: *Un hivernage dans les glaces*.

Las tres fueron publicadas posteriormente por J. Hetzel en volúmenes ilustrados con magníficos grabados (recogidos en nuestra edición). La primera fue publicada por Hetzel en 1875, junto con *El «Chancellor»*, y con el título simplificado: *Martin Paz*. Las otras dos aparecieron un año antes, junto con *El doctor Ox* y *Un drama en los aires*, precedidas de una «Advertencia» del editor, firmada por el propio Hetzel. En esa edición, *El maestro Zacarías* apareció con el título simplificado (*Maître Zacharius*) y el texto muy modificado.

Como escribió Hetzel, cuando Verne escribió estas obras «el autor no había encontrado aún el género que él creó y que ha hecho

su nombre célebre. Pero es curioso seguirle hasta en estos intentos, que contienen ya algunos de los gérmenes que hacen de la obra general de Julio Verne una obra aparte en nuestra literatura, y a tal título merecen ser conservadas».

VIRGILIO ORTEGA

MARTÍN PAZ

CAPÍTULO PRIMERO

ESPAÑOLES Y MESTIZOS

EL dorado disco del sol habíase ocultado tras los nevados picos de las cordilleras; pero a través del transparente velo nocturno en que se envolvía el hermoso cielo peruano, brillaba cierta luminosidad que permitía distinguir claramente los objetos.

Era la hora en que el viento bienhechor, que soplaba fuera de las viviendas, permitía vivir a la europea, y los habitantes de Lima, envueltos en sus ligeros abrigos y conversando seriamente de los más fútiles asuntos, recorrían las calles de la población.

Había, pues, gran movimiento en la plaza Mayor, ese foro de la antigua Ciudad de los Reyes. Los artesanos disfrutaban de la frescura de la tarde, descansando de sus trabajos diarios, y los vendedores circulaban entre la muchedumbre, pregonando a grandes voces la excelencia de sus mercancías. Las mujeres, con el rostro cuidadosamente oculto bajo la toca, circulaban alrededor de los grupos de fumadores. Algunas señoras en traje de baile, y con su abundante cabello recogido con flores naturales, se paseaban gravemente en sus carretelas. Los indios pasaban sin levantar los ojos del suelo, no creyéndose dignos de mirar a las personas, pero conteniendo en silencio la envidia que los consumía. Los mestizos, relegados como los indios a las últimas capas sociales, exteriorizaban su descontento más ruidosamente.

En cuanto a los españoles, orgullosos descendientes de Pizarro, llevaban la cabeza erguida, como en el tiempo en que sus antepasados fundaron la Ciudad de los Reyes, envolviendo en su desprecio a los indios, a quienes habían vencido, y a los mestizos, nacidos de sus relaciones con los indígenas del Nuevo Mundo. Los

indios, como todas las razas reducidas a la servidumbre, sólo pensaban en romper sus cadenas, confundiendo en su profunda aversión a los vencedores del antiguo Imperio de los incas y a los mestizos, especie de clase media orgullosa e insolente.

Los mestizos, que eran españoles por el desprecio con que miraban a los indios, e indios por el odio que profesaban a los españoles, consumíanse entre estos dos sentimientos igualmente vivos.

Cerca de la hermosa fuente levantada en medio de la plaza Mayor, había un grupo de jóvenes, todos mestizos, que, envueltos en sus ponchos, como manta de algodón de cuadros, larga y perforada con una abertura que da paso a la cabeza, vestidos con anchos pantalones rayados de mil colores, y cubiertos con sombreros de anchas alas hechos de paja de Guayaquil, hablaban, gritaban y gesticulaban.

—Tienes razón, Andrés —decía un hombrecillo muy obsequioso, llamado Milflores.

Este Milflores era una especie de parásito que padecía Andrés Certa, joven mestizo, hijo de un rico mercader que había caído muerto en uno de los últimos motines promovidos por el conspirador Lafuente. Andrés Certa había heredado un gran caudal, que derrochaba en obsequio de sus amigos, de quienes, a cambio de sus puñados de oro, sólo exigía complacencias.

—Los cambios de poder, los pronunciamientos eternos, ¿para qué sirven? —preguntó Andrés en alta voz—. Si aquí no reina la igualdad, poco importa que gobierne. Gambarra o Santa Cruz.

—¡Bien dicho, bien dicho! —exclamó el pequeño Milflores, quien con gobierno igualitario o sin él jamás habría podido ser igual a un hombre de talento.

—¡Cómo! —añadió Andrés Certa—. Yo, hijo de un negociante, ¿no podré tener carroza sino tirada por mulas? ¿No han traído mis buques la riqueza y la prosperidad a este país? ¿Es que la aristocracia del dinero no vale tanto como la de la sangre que ostenta sus vanos títulos en España?

—¡Es una vergüenza! —respondió un joven mestizo—. Vean ustedes, ahí pasa don Femando en su carruaje tirado por dos caballos. ¡Don Femando de Aguillo! Apenas tiene con qué mantener a su cochero y se pavonea orgullosamente por la plaza. Bueno, ¡ahí

viene otro, el marqués de Vegal!

Una magnífica carroza desembocaba en aquel momento en la plaza Mayor: era la del marqués de Vegal, caballero de Alcántara, de Malta y de Carlos III, que iba de paseo sólo por aburrimiento y no por ostentación. Abismado en profundos pensamientos, ni siquiera oyó las reflexiones que la envidia sugería a los mestizos, cuando sus cuatro caballos se abrieron paso a través de la multitud.

—¡Odio a ese hombre! —dijo Andrés Certa.

—¡No será por mucho tiempo! —respondió uno de los jóvenes.

—No, porque a todos esos nobles va a concluirseles pronto el lujo, y hasta puedo decir a dónde van a parar su vajilla y las joyas de la familia.

—Efectivamente, tú debes saber algo, porque frecuentas la casa del judío Samuel, en cuyos libros de cuentas se inscriben los créditos aristocráticos, como se amontonan en sus cofres los restos de esas grandes riquezas; cuando todos los españoles sean unos mendigos como su César de Bazán, llegará la nuestra.

—La tuya sobre todo, Andrés, cuando te encarames sobre tus millones —respondió Milflores—. Y ahora estás a punto de duplicar tu capital... A propósito: ¿cuándo te casas con la hija del viejo Samuel, esa hermosa limeña que no tiene de judía más que su nombre de Sara?

—Dentro de un mes —respondió Andrés Certa—, en cuya fecha será mi caudal el mayor de todo el Perú.

—Pero —preguntó uno de los jóvenes mestizos— ¿por qué no has elegido por esposa a una española de alto rango?

—Porque desprecio tanto como aborrezco esa clase de gente.

Andrés Certa no quería confesar que había sido desdeñado por varias familias nobles en las que había tratado de introducirse.

En aquel momento recibió un fuerte empujón de un hombre de elevada estatura y algo canoso, cuya corpulencia hacía suponer que tenía gran fuerza muscular.

Aquel hombre, que era un indio de las montañas, vestía chaqueta parda, debajo de la cual veíase una camisa de gruesa tela y cuello alto que no ocultaba por completo su pecho velludo; su calzón corto, rayado de listas verdes, se unía por medio de ligas rojas a unas medias de color de tierra; calzaba sandalias de piel de vaca e iba tocado con sombrero puntiagudo, bajo el cual brillaban

grandes pendientes.

Después de haber tropezado con Andrés Certa, lo miró fijamente.

—¡Miserable indio! —exclamó el mestizo, alzando el brazo en actitud amenazadora.



«¡Miserable indio!», exclamó el mestizo alzando el brazo.

Sus compañeros lo detuvieron.

—¡Andrés, Andrés, ten cuidado! —exclamó Milflores.

—¡Atreverse a empujarme un vil esclavo!

—Es el Zambo, un loco.

El Zambo continuó mirando al mestizo, a quien había empujado intencionadamente; pero éste, que no podía contener su cólera, sacó un puñal que llevaba en el cinturón, e iba a precipitarse sobre su agresor, cuando resonó en medio del tumulto un grito gutural y el Zambo desapareció.

—Brutal y cobarde —murmuró Andrés Certa.

—No te precipites —aconsejó Milflores— y salgamos de la plaza. Las limeñas se muestran aquí muy orgullosas.

Luego, el grupo de jóvenes se dirigió al fondo de la plaza.

El sol había desaparecido ya en el horizonte, y las limeñas, con el rostro oculto bajo el manto, continuaban discurriendo por la plaza Mayor, que estaba todavía muy animada.

Los guardias a caballo, apostados delante del pórtico central del palacio del virrey, situado al norte de la plaza, hacían grandes esfuerzos para mantenerse en su puesto en medio de aquella multitud bulliciosa. Parecía que los industriales más diversos se habían dado cita en aquella plaza, convertida en inmenso bazar de objetos de toda especie. El piso bajo del palacio del virrey y el pórtico de la catedral, ocupados por un sinnúmero de tiendas, hacían de aquel conjunto un mercado inmenso, abierto a todos los productos tropicales.

En medio del ruido de la muchedumbre resonó el toque de oraciones del campanario de la catedral, e inmediatamente cesó el bullicio, sucediendo a los grandes clamores el murmullo de la oración. Las mujeres cesaron de pasear y se pusieron a desgranar el rosario.

Y, mientras todos los transeúntes acortaban el paso o se detenían, inclinando la cabeza para orar, una anciana, que acompañaba a una joven, pugnaba por abrirse paso entre la multitud, provocando grandes protestas.

La joven, al oír las increpaciones que les dirigían por perturbar el rezo de las personas piadosas, quiso detenerse; pero la dueña la obligó a seguir.

—¡Hija del demonio! —murmuraron cerca de ella.

—¿Quién es esa condenada bailarina?

—Es una pelandusca.

La joven se detuvo confusa.

Un arriero acababa de ponerle de pronto la mano en el hombro para obligarla a arrodillarse; pero, en aquel momento, un brazo vigoroso lo echó a rodar por tierra. A esta escena, rápida como un relámpago, siguió un momento de confusión.

—Huya usted, señorita —aconsejóle una voz suave y respetuosa a la joven.

Ésta, pálida de terror, volvióse y vio un joven indio, de elevada estatura, que, con los brazos cruzados, esperaba a pie firme a su adversario.



La joven, pálida de terror, volvióse y vio un joven indio.

—Por mi alma, estamos perdidas —exclamó la dueña, arrastrando consigo a la joven.

El arriero, maltrecho a consecuencia de la caída, se levantó; pero no creyendo prudente pedir cuentas a un adversario tan vigoroso y resuelto como parecía ser el joven indio, dirigióse a donde estaban sus mulas, murmurando inútiles amenazas.

CAPÍTULO II

LIMA Y LAS LIMEÑAS

LA ciudad de Lima está situada en un rincón del valle del Rímac, y a nueve leguas de su embocadura. Las primeras ondulaciones del terreno, que forman parte de la gran cordillera de los Andes, comienzan al Norte y al Este. El valle está formado por las montañas de San Cristóbal y de los Amancaes. Estas montañas levántanse detrás de Lima y terminan en sus arrabales. La ciudad, que se encuentra en un lado del río, comunicase con el arrabal de San Lázaro, que está en la orilla opuesta, por un puente de cinco arcos, cuyos pilares anteriores oponen a la corriente su arista triangular.

Los posteriores ofrecen bancos a los paseantes, en los que se sientan los desocupados en las tardes de verano para contemplar desde allí una hermosa cascada.

La ciudad tiene dos millas de longitud de Este a Oeste, y milla y cuarto de anchura, desde el puente hasta las murallas. Estas, de doce pies de altura y diez de espesor en su base, están construidas con ladrillos secados al sol, formados de tierra arcillosa, mezclada con paja machacada, capaces de resistir los temblores de tierra, bastante frecuentes en aquel país. El recinto tiene siete puertas y tres postigos y termina en el extremo sudeste por la pequeña ciudadela de Santa Catalina.

Tal es la antigua Ciudad de los Reyes, que el conquistador Pizarro fundó el día de la Epifanía del Señor de 1534. Desde entonces ha sido y continúa siendo teatro de revoluciones, siempre renacientes. Lima fue en otro tiempo el principal depósito del comercio de América en el océano Pacífico, gracias a su puerto del

Callao, construido en 1779 de un modo singular. Se hizo encallar en la playa un viejo navío de gran tamaño Heno de piedras, de arena y de restos de toda especie, y en tomo de aquel casco claváronse en la arena estacadas de manglares enviadas de Guayaquil e inalterables al agua, formándose así una base indestructible sobre la que se levantó el muelle del Callao.

El clima, más templado y suave que el de Cartagena o Bahía, situadas en la costa opuesta de América, hace de Lima una de las ciudades más agradables del Nuevo Mundo. El viento tiene allí dos direcciones invariables: o sopla del Sudoeste y se refresca al atravesar el océano Pacífico, o sopla del Sudeste, refrescando el ambiente con la frescura que ha recogido en los helados picachos de las cordilleras.

En las latitudes tropicales son puras y hermosas las noches, durante las cuales desciende el benéfico rocío que fecunda el suelo, expuesto a los rayos de un cielo sin nubes. Así, cuando el sol desaparece tras el horizonte, los habitantes de Lima congrégnanse en las casas, refrescadas por la oscuridad, quedando en seguida desiertas las calles, y apenas si algún café o taberna es visitado por los bebedores de aguardiente o de cerveza.

La noche en que comienza la acción de este relato, la joven, seguida por la dueña, llegó sin dificultad ninguna al puente del Rímac, prestando atención al menor ruido, cuya naturaleza no le permitía distinguir su emoción, pero sólo oyó las campanillas de una recua de mulas o el silbido de un indio.

Aquella joven, llamada Sara, volvía a casa de su padre, el judío Samuel. Vestía falda de color oscuro con pliegues medio elásticos y muy estrecha por abajo, lo que la obligaba a dar pasos muy menudos con esa gracia delicada, peculiar de las limeñas. Aquella saya, guarnecida de encaje y de ñores, iba en parte cubierta por un manto de seda que subía hasta la cabeza, cubriéndola con un capuchón. Bajo el gracioso vestido aparecían medias finísimas y zapatitos de raso; rodeaban los brazos de la joven brazaletes de gran valor, y toda su persona tenía ese poderoso atractivo al que en España se da el nombre de *donaire*.

Milflores había estado acertado al decir que la novia de Andrés Certa no debía tener de judía más que el nombre, porque era el tipo exacto de las admirables señoras cuya hermosura es superior a toda

alabanza.

La dueña, vieja judía en cuyo rostro se reflejaban la avaricia y la codicia, era una fiel sirvienta de Samuel, que apreciaba sus servicios en su justo valor y los pagaba con equidad.

Al llegar las dos mujeres al arrabal de San Lázaro, un hombre con hábito de fraile, que llevaba la cabeza cubierta con la cogulla, pasó al lado de ellas, mirándolas con atención. Aquél hombre, de gran estatura, tenía uno de esos semblantes apacibles que respiran calma y bondad. Era el padre Joaquín de Camarones, y al pasar dirigió una sonrisa de inteligencia a Sara, que miró a su sirvienta, después de hacer al fraile una cariñosa señal con la mano.

—Muy bien, señorita —dijo la anciana con voz áspera—, ¿cómo, después de haber sido insultada por los hijos de Cristo, se atreve usted a saludar a un clérigo? ¿Es que hemos de verla a usted algún día, con el rosario en la mano, practicar las ceremonias de la Iglesia Católica?

Las ceremonias de la Iglesia eran la ocupación principal de las limeñas, las cuales las seguían con ferviente devoción.

—Haces suposiciones extrañas —respondió la joven, ruborizándose.

—Extrañas como la conducta de usted. ¿Qué diría mi amo Samuel si se enterara de lo que ha ocurrido esta noche?

—¿Soy, acaso, culpable de que un arriero brutal me haya insultado?

—Yo me entiendo, señorita —dijo la vieja, moviendo la cabeza—, y no hablo del arriero.

—Entonces, ¿aquel joven hizo mal al defenderme contra las injurias del populacho?

—¿Es la primera vez que encontramos a ese indio en nuestro camino? —preguntó la dueña.



«¿Es la primera vez que encontramos a ese indio en nuestro camino?»

Afortunadamente, la joven tenía en aquel momento el rostro cubierto con la mano, porque, de otro modo, la oscuridad no habría sido suficiente para ocultar la turbación de su semblante a la mirada investigadora de la vieja sirvienta.

—Dejemos al indio donde está —repuso ésta—. Mi obligación es vigilar la conducta de usted, y de lo que me quejo es de que, por no molestar a los cristianos, quiso usted detenerse hasta que ellos hubieran hecho su oración y hasta ha experimentado usted deseos de arrodillarse como ellos. ¡Ah, señorita! Su padre de usted me despediría tan pronto como supiera que he permitido semejante apostasía.

Pero la joven no la escuchaba. La observación de la vieja respecto al joven indio había traído a su memoria pensamientos más agradables. Creía que la intervención del joven había sido providencial y habíase vuelto muchas veces para ver si la seguía. Sara tenía en el corazón cierta audacia que le sentaba perfectamente. Orgullosa como española, si se habían fijado sus ojos en aquel hombre, era porque aquel hombre era altivo y no había solicitado una mirada como premio de su protección.

Al suponer que el indio la había seguido con la vista, Sara no se había equivocado. Martín Paz, después de haberla socorrido, quiso asegurar la retirada, y, cuando el grupo de gente se dispersó, se puso en seguimiento sin que ella lo advirtiese.

Martín Paz era un hermoso joven, que vestía el traje nacional del indio de las montañas; de su sombrero de paja, de anchas alas, escapábase una hermosa cabellera negra, que contrastaba con el tono cobrizo de su rostro. Sus ojos brillaban con dulzura infinita, y su boca y su nariz eran correctas, cosa rara en los hombres de su raza. Era uno de los más valerosos descendientes de Manco Cápac, y por sus venas debía correr sangre ardorosa, que le impulsaba a la realización de grandes hazañas.

Vestía, con aire marcial, poncho de colores brillantes y en la cintura llevaba uno de esos puñales malayos, terribles en una mano ejercitada, porque parece que forman una sola pieza con el brazo que los maneja. En el norte de América, a las orillas del lago Ontario, aquel indio habría sido jefe de una de las tribus errantes que tan heroicamente lucharon con los ingleses.

Martín Paz sabía que Sara era hija de Samuel el judío y novia

del opulento mestizo Andrés Certa; pero sabía también que, por su nacimiento, posición y riquezas, no podían casarse, aunque olvidaba todos estos imposibles para seguir los impulsos de su corazón hacia ella.

Abismado en sus reflexiones, apresuraba la marcha, cuando se acercaron a él dos indios que lo detuvieron.

—Martín Paz —le dijo uno de ellos—, ¿no vas a volver esta noche a las montañas donde están nuestros hermanos?

—Cierto —respondió fríamente el indio.

—La goleta *Anunciación* se ha dejado ver a la altura del Callao, ha dado algunas bordadas, y después, protegida por la punta, ha desaparecido. Seguramente se habrá acercado a tierra, hacia la embocadura del Rúnac, y será conveniente que nuestras canoas vayan a aligerarla de sus mercancías. Es preciso que estés allí.

—Martín Paz hará lo que deba hacer.

—Te hablamos en nombre del Zambo.

—Y yo respondo en el mío.

—¿No temes que le parezca inexplicable tu presencia en el arrabal de San Lázaro a estas horas?

—Estoy donde me place.

—¿Delante de la casa del judío?

—Los que no crean buena mi conducta me hallarán esta noche en la montaña.

Los ojos de aquellos tres hombres lanzaron chispas.

Los indios enmudecieron y volvieron a la orilla del Rimac, perdiéndose el ruido de sus pasos en la oscuridad.

Martín Paz habíase acercado apresuradamente a la casa del judío, casa que, como todas las de Lima, tenía un solo piso, construido de ladrillos y techado con cañas unidas entre sí y cubiertas de yeso. Todo el edificio, dispuesto para resistir los temblores de tierra, imitaba por medio de una hábil pintura los ladrillos de las primeras hiladas; y el techo, de figura cuadrada, estaba cubierto de flores, formando una azotea llena de perfumes.

Se llegaba al patio penetrando por una gran puerta cochera, situada entre dos pabellones, que, como era costumbre, no tenían ninguna ventana que se abriese a la calle.

Daban las once en la iglesia parroquial, cuando Martín Paz se detuvo frente a la casa de Sara, en cuyas inmediaciones reinaba un

profundo silencio.

¿Por qué permanecía inmóvil el indio delante de aquellas paredes? Era que una sombra blanca había aparecido en la azotea, entre las Sores, a las que la oscuridad de la noche daba una forma vaga sin quitarles su perfume.

Martín Paz levantó las dos manos involuntariamente y las cruzó sobre su pecho.

La sombra blanca desapareció como asustada.

Martín Paz se volvió y se encontró frente a Andrés Certa.

—¿Desde cuándo pasan la noche los indios en contemplación? —preguntó iracundo Andrés Certa.

—Desde que los indios pisan el suelo de sus antepasados —respondió Martín Paz.

Andrés Certa avanzó hacia su rival, que permanecía inmóvil.

—¡Miserable! ¿Me dejarás libre el sitio?

—No —contestó Martín Paz.

Y, dicho esto, ambos adversarios sacaron a relucir los puñales.

Los contendientes eran de igual estatura y parecían de igual fuerza.

Andrés Certa levantó rápidamente su brazo, dejándolo caer más rápidamente aún. Su puñal había encontrado el puñal malayo del indio y rodó en seguida por tierra herido en el hombro.

—¡Socorro, socorro! —gritó.

Abrióse la puerta de la casa del judío y acudieron varios mestizos de una casa inmediata, algunos de los cuales persiguieron al indio, que huía rápidamente, mientras los otros levantaron al herido.

—¿Quién es este hombre? —preguntó uno de ellos—. Si es marino, llevémoslo al hospital del Espíritu Santo; y si es indio, al hospital de Santa Ana.

En aquel momento acercóse un anciano al herido, y apenas lo hubo mirado, exclamó:

—¡Lleven a este joven a mi casa! ¡Vaya una desgracia extraña!

Aquel anciano no era otro que el judío Samuel, quien acababa de reconocer en el herido al novio de su hija.

Mientras tanto, Martín Paz corría con toda la rapidez que sus robustas piernas le permitían, confiando en poder librarse de sus perseguidores merced a su ligereza y a la oscuridad de la noche,

lbale en ello la vida. Si hubiera podido llegar al campo, se habría encontrado seguro; pero las puertas de la ciudad, que se cerraban a las once, no volvían a abrirse hasta las cuatro de la mañana siguiente.

Al llegar al puente de piedra, los mestizos y algunos soldados que iban en su persecución estaban ya a punto de alcanzarlo, cuando una patrulla desembocó por el extremo opuesto. Martín Paz, no pudiendo adelantar ni retroceder, subió al parapeto y se lanzó a la corriente del río, que se deslizaba sobre un lecho de piedra.

Los perseguidores abandonaron el puente y corrieron hacia las orillas del río para apoderarse del fugitivo en el momento en que saliera a tierra; pero fue inútil; Martín Paz no volvió a aparecer.

CAPÍTULO III

POR SEGUIR A UNA MUJER

CUANDO Andrés Certa, que fue conducido a la casa de Samuel y acostado en una cama preparada a toda prisa, recobró los sentidos, estrechó la mano del viejo judío.

El médico, avisado por un criado, no tardó en presentarse.

La herida era leve; el hombro del mestizo había sido atravesado de tal modo por el puñal de su adversario que el acero sólo había penetrado entre la piel y la carne. Andrés Certa no debía tardar muchos días en poder abandonar el lecho.

Cuando Samuel y Andrés Certa se encontraron solos, dijo éste:

—¿Quiere usted hacerme el favor de cerrar la puerta que conduce a la azotea, maese Samuel?

—¿Pues qué teme? —preguntó el judío.

—Temo que Sara vuelva a mostrarse a la contemplación de los indios. No es un ladrón el que me ha atacado, sino un rival de quien me he librado milagrosamente.

—¡Ah! ¡Por las santas tablas de la ley —exclamó el judío—, usted se engaña! Sara será una esposa perfecta, que mantendrá incólume su honor.

—Maese Samuel —repuso el herido, incorporándose sobre el lecho—, usted no recuerda que le pago la mano de Sara en cien mil duros.

—Andrés Certa —exclamó el judío con cierta sonrisita de avaro—, lo recuerdo tanto que estoy dispuesto a cambiar este recibo por dinero contante y sonante —y, al decir esto, Samuel sacó de su cartera un papel que Andrés Certa rechazó con la mano.

—No existe trato entre nosotros mientras Sara no sea mi esposa,

y no lo será jamás si he de verme obligado a disputársela a semejante rival. Usted sabe, maese Samuel, cuál es mi propósito. Me caso con Sara para igualarme a toda esa nobleza, que no tiene para mí sino miradas de desprecio.

—Y se igualará usted, Andrés Certa, porque, una vez casado, verá a los más orgullosos españoles acudir apresuradamente a sus salones.

—¿Dónde ha ido Sara esta noche?

—A orar al templo israelita, con la vieja Ammón.

—¿Por qué la obliga usted a seguir sus ritos religiosos?

—Soy judío —replicó Samuel— y Sara no sería mi hija si no cumpliera los deberes de mi religión.

El judío Samuel era un infame, que traficaba con todo y en todas partes, como descendiente en línea recta de aquel Judas que entregó a su maestro por treinta dineros. Hacía ya diez años que se había instalado en Lima, fijando su morada, por gusto y por cálculo, en el extremo del arrabal de San Lázaro, donde con mayor facilidad podía dedicarse a sus vergonzosas especulaciones. Después, poco a poco, fue ostentando gran lujo, a cuyo efecto había montado su casa suntuosamente, contratado numerosos criados y adquirido brillantes carrozas, que inducían a creer que poseía riquezas inmensas.

Cuando Samuel fue a establecerse a Lima, Sara sólo tenía ocho años de edad. Niña graciosa y bella, agradaba a todos y parecía ser el ídolo del judío. Algunos años después, su hermosura atraía todas las miradas, y el mestizo Andrés Certa se enamoró de ella. Lo que parecía inexplicable era que hubiese ofrecido cien mil duros por la mano de Sara, pero aquel contrato era secreto.

Por lo demás, Samuel traficaba no sólo con los productos indígenas, sino con los sentimientos. Banquero, prestamista, mercader y armador, tenía el talento de hacer negocios con todo el mundo. La goleta *Anunciación*, que aquella noche debía atracar junto a la embocadura del Rímac, pertenecía al judío Samuel.

Éste, a pesar del mucho tiempo que dedicaba a los negocios, no dejaba de cumplir, por obstinación tradicional, todos los ritos de su religión con superstición religiosa, y su hija había sido cuidadosamente instruida en las prácticas israelitas.

Así, cuando hablando con el mestizo, éste le manifestó su disgusto respecto a este punto, el anciano permaneció mudo y

pensativo. Andrés Certa fue quien rompió el silencio, diciendo:

—Olvida que el motivo que me mueve a casarme con Sara la obligará a convertirse al catolicismo.

—Tiene razón —respondió Samuel, entristecido—; pero juro por la Biblia que Sara será judía mientras sea mi hija.

En aquel momento abrióse la puerta de la habitación, dando paso al mayordomo.

—¿Han capturado al asesino? —preguntó Samuel.

—Todo induce a creer que ha muerto —respondió el interpelado.

—¡Muerto! —exclamó Andrés Certa, con manifiesta alegría.

—Viéndose entre nosotros, que le íbamos a los alcances, y una partida de soldados que venía de la ciudad, se ha arrojado al Rímac por el parapeto del puente.

—Pero ¿quién te asegura que no ha podido salir a la orilla? —preguntó Samuel.

—La mucha nieve derretida que desciende de las montañas ha aumentado la corriente del río hasta convertirlo en un torrente en aquel paraje —respondió el mayordomo—. Además, nos hemos apostado en las dos orillas, y el fugitivo no ha vuelto a aparecer, y he puesto centinelas en las orillas del Rímac, con orden de que pasen toda la noche vigilando.

—Bien —dijo el anciano—: se ha hecho justicia a sí mismo. ¿Lo habéis reconocido en su fuga?

—Perfectamente; era Martín Paz, el indio de las montañas.

—¿Acaso ese hombre seguía a Sara desde hace algún tiempo? —preguntó el judío.

—Lo ignoro —respondió el mayordomo.

—Dile a Ammón que venga.

El mayordomo salió a cumplir la orden.

—Los indios —dijo el anciano— tienen asociaciones secretas, cuyos fines son desconocidos, y es preciso saber si la persecución de este hombre hacia mi hija se remonta a una época lejana o es reciente.

La dueña entró y permaneció de pie frente a su amo.

—Mi hija —preguntó Samuel— ¿sabe algo de lo que ha ocurrido esta noche?

—Lo ignoro —respondió la dueña—; pero cuando los gritos de

los criados me han despertado, he corrido a la habitación de la señorita, y la he encontrado casi sin sentido.

—Continúa —dijo Samuel.

—A mis reiteradas preguntas respecto a la causa de su malestar, no ha querido responder, se ha acostado sin aceptar mis servicios y me ha mandado retirar.

—Ese indio ¿la seguía con frecuencia?

—No puedo asegurarlo, señor. Sin embargo, lo he encontrado muchas veces en las calles del arrabal de San Lázaro, y esta noche ha socorrido a la señorita en la plaza Mayor.

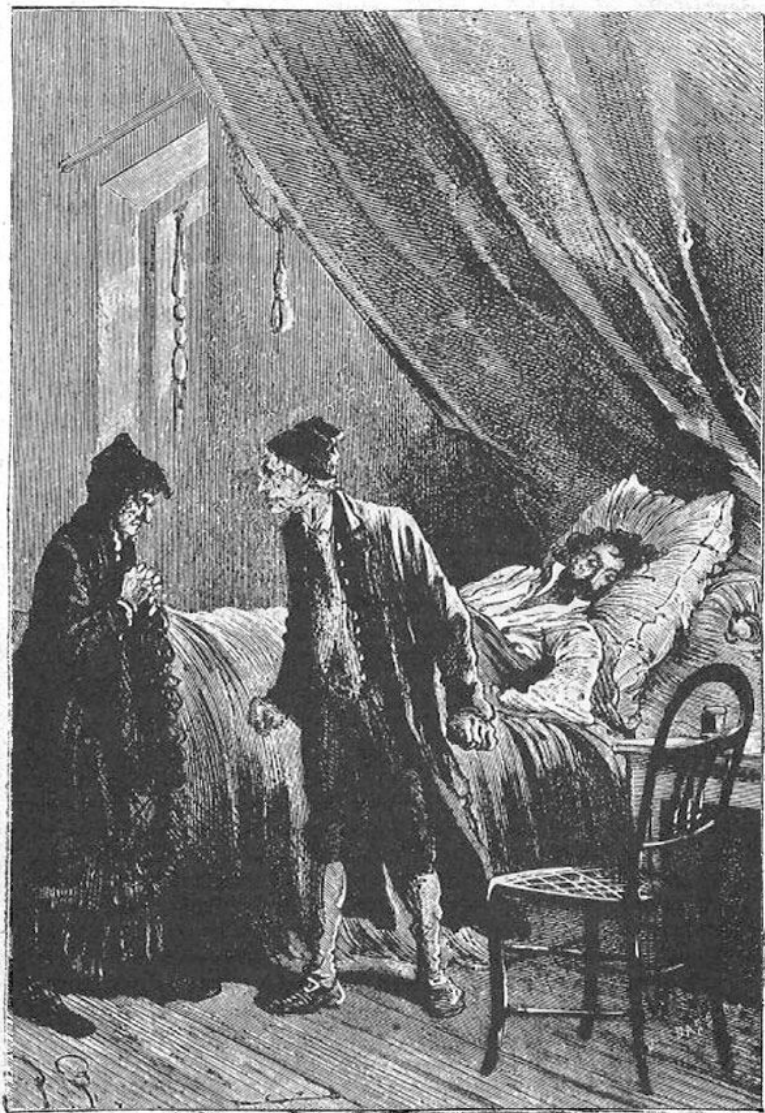
—¿Que la ha socorrido? ¿Cómo?

La vieja refirió lo ocurrido.

—¡Ah! ¡Mi hija quería arrodillarse entre los cristianos, y yo ignoraba todo eso! ¿Tú quieres que te despida?

—Señor, perdóneme usted.

—Márchate —repuso con acritud el anciano.



«Márchate», repuso con acritud el anciano.

La dueña salió de la estancia.

—Ya ve usted que es necesario casamos al momento —dijo Andrés Certa—; pero necesito descansar, y le ruego que ahora me deje solo.

Al oír esto, el anciano se retiró lentamente; pero antes de volver a su cuarto, quiso cerciorarse del estado de su hija, y entró sin hacer ruido en la habitación de Sara, que dormía con sueño agitado entre las cortinas de seda desplegadas a su alrededor.

Una lámpara de alabastro, suspendida del techo pintado de arabescos, esparcía una suave luz en el aposento, y la ventana, entreabierta, dejaba pasar a través de las persianas corridas la frescura del aire, impregnado de los perfumes penetrantes de los áloes y de las magnolias.

Los mil objetos de arte y de exquisito gusto que había esparcidos sobre los muebles, preciosamente esculpidos, de la habitación, revelaban a los vagos resplandores de la noche el gusto criollo. Parecía que el alma de la joven jugaba con aquellas maravillas.

El anciano acercóse al lecho de Sara y se inclinó sobre ella para contemplar su sueño. La joven judía parecía atormentada por un sentimiento doloroso, que le hizo exhalar un suspiro, después de lo cual murmuraron sus labios el nombre de Martín Paz.

Samuel volvió a su aposento.

Cuando, transcurridas algunas horas, la aurora abrió al sol las puertas del oriente, Sara se levantó a toda prisa, y Liberto, indio negro, su servidor especial, acudió a recibir sus órdenes, e inmediatamente ensilló una mula para su ama y un caballo para él.

Sara acostumbraba pasear por las montañas, seguida de un criado, que le era muy adicto.

Vistióse una saya de color pardo y un manto de cachemira de gruesas borlas; púsose en la cabeza un sombrero de paja de alas anchas, dejando flotar sobre la espalda sus grandes trenzas negras, y, para mejor disimular su turbación, colocóse un cigarrillo de tabaco perfumado entre los labios.

Jinete ya sobre la mula, Sara salió de la ciudad y echó a correr por el campo con dirección al Callao. El puerto estaba muy animado; los guardacostas habían estado batallando toda la noche con la goleta *Anunciación*, cuyas maniobras indecisas revelaban el propósito de cometer algún fraude. La *Anunciación* parecía que

había esperado algunas embarcaciones sospechosas hacia la embocadura del Rímac; pero, antes que éstas llegasen a ella, había huido, burlando la persecución de las chalupas del puerto.

Circulaban diversos rumores respecto al destino de aquella goleta, que, según unos, iba cargada de tropas de Colombia, encargadas de apoderarse de los principales buques del Callao, para vengar la afrenta inferida a los soldados de Bolívar, expulsados vergonzosamente del Perú.

Según otros, la goleta ocupábase únicamente en el contrabando de lanas de Europa.

Sara, sin prestar atención a estas noticias, más o menos ciertas, porque su paseo al puerto no había sido más que un pretexto, regresó a Lima, llegó cerca de las orillas del Rímac y subió costearlo el río hasta el puente, donde había numerosos grupos de soldados y mestizos, apostados en diversos puntos.

Liberto había referido a la joven los sucesos ocurridos durante la noche anterior, y por orden suya interrogó a varios soldados que estaban inclinados sobre el parapeto, por quienes supo no solamente que Martín Paz se había ahogado, sino que no se había podido encontrar su cadáver.

Sara, próxima a desmayarse, viose precisada a hacer un poderoso esfuerzo de voluntad para no abandonarse a su dolor.

Entre las personas que estaban a la orilla del río, vio a un indio de fisonomía feroz, que parecía dominado por la desesperación. Este indio era el Zambo.

Sara, al pasar cerca del viejo montañés, oyó estas palabras:

—¡Desgracia! ¡Desgracia! ¡Han matado al hijo de Zambo, han matado a mi hijo!

La joven levantó la cabeza, indicó por señas a Liberto que la siguiera y, sin cuidarse de si la veía o no, se dirigió a la iglesia de Santa Ana, dejó su cabalgadura al indio, entró en el templo cristiano, preguntó por el padre Joaquín y, arrodillándose sobre las losas de piedra, encomendó a Dios el alma de Martín Paz.



La joven encomendó a Dios el alma de Martín Paz.

CAPÍTULO IV

EL NOBLE ESPAÑOL

QUALQUIER otro que no hubiera sido Martín Paz habría perecido en las aguas del Rímac; pero él, que estaba dotado de una insuperable fuerza de voluntad y de una extraordinaria sangre fría, cualidades propias de todos los indios libres del Nuevo Mundo, logró salvarse de la muerte, aunque no sin gran esfuerzo.

Martín Paz sabía que los soldados agotarían todos sus recursos para prenderle debajo del puente, donde la corriente era casi invencible; pero cortándola vigorosamente por esfuerzos repetidos, llegó a dominarla y, hallando menos resistencia en las capas inferiores del agua, logró llegar a la orilla y ocultarse detrás de una espesura de manglares.

Pero una vez fuera del agua, ¿qué resolución podría tomar que no lo comprometiera? Si los soldados que lo perseguían cambiaban de opinión y subían por la orilla arriba, Martín Paz sería infaliblemente capturado; pero como él no era hombre que tardara mucho en adoptar una resolución, decidió en seguida entrar en la ciudad y ocultarse en ella.

Para evitar que lo viesan los paseantes que habían demorado el regreso a sus casas, Martín Paz siguió una de las calles más anchas; pero al entrar en ella, pareció observar que le espiaban. No podía tener dudas. Sus ojos se fijaron en una casa todavía brillantemente iluminada, y cuya puerta cochera estaba abierta para dar paso a los coches que salían del patio y llevaban a sus diferentes domicilios a las eminencias de la aristocracia española.

Martín Paz se introdujo sin ser visto en aquella casa, y apenas hubo entrado cerráronse sus puertas. Subió apresuradamente una

rica escalera de madera de cedro, adornada con tapices de mucho precio, y llegó a los salones, que estaban todavía iluminados pero enteramente vacíos; los atravesó con la celeridad de un relámpago y ocultóse, en fin, en un oscuro cuarto.

Poco después, extinguióse la luz que brillaba en aquellos lujosos aposentos y la casa quedó en silencio.

Martín Paz ocupóse entonces en reconocer el sitio en que se encontraba, y vio que las ventanas de aquella habitación daban a un jardín interior.

Ya se disponía a huir por allí, creyéndolo factible, cuando oyó que le decían:

—Señor ladrón, ¿por qué no roba usted los diamantes que están sobre esa mesa?

Al oír esto, volvióse Martín Paz rápidamente y vio a un hombre de altiva fisonomía que le mostraba con el dedo un estuche lleno de diamantes.

Martín Paz, insultado de aquel modo, acercóse al español, cuya serenidad parecía inalterable, sacó su puñal y, volviendo la punta contra su pecho, dijo sordamente:

—Señor, si repite usted semejante insulto, me daré muerte a sus pies.

El español, admirado, contempló con atención al indio, y sintió hacia él una especie de simpatía, en virtud de lo cual dirigióse a la ventana, la cerró suavemente y, volviéndose hacia el indio, cuyo puñal había caído en tierra, le preguntó:

—¿Quién es usted?

—El indio Martín Paz. Me persiguen los soldados porque me he defendido contra un mestizo que me atacaba y lo he derribado a tierra de una puñalada. Mi adversario es el novio de una joven a quien amo; y ahora, que sabe ya quién soy, puede usted entregarme a mis enemigos, si lo cree conveniente.

—Muchacho —replicó simplemente el español—, mañana salgo para los baños de Chorrillos. Puedes acompañarme si quieres, y estarás por el momento al abrigo de toda persecución. Si lo haces, no tendrás nunca que quejarte de la hospitalidad del marqués de Vegal.

Martín Paz se limitó a inclinarse con respeto.

—Puedes acostarte en esa cama y descansar esta noche —añadió

el marqués—, sin que nadie sospeche que te encuentras aquí.

El español salió de la estancia dejando al indio conmovido con su generosa confianza. Después, Martín Paz, abandonándose a la protección del marqués, se durmió tranquilamente.

Al día siguiente, al salir el sol, el marqués dio las órdenes necesarias para la partida, y envió recado al judío Samuel de que fuese a verlo; pero antes fue a oír la primera misa de la mañana.

Ésta era una piadosa práctica que no dejaban de observar todos los miembros de la aristocracia peruana, porque Lima, desde su fundación, había sido siempre muy católica, y además de sus muchas iglesias, contaba todavía veintidós conventos de frailes, diecisiete de monjas y cuatro casas de retiro para las mujeres que no pronunciaban votos religiosos. Como cada uno de estos establecimientos tenía una iglesia particular, existían en Lima más de cien edificios dedicados al culto, donde ochocientos clérigos seculares o regulares, trescientas religiosas y hermanos legos, celebraban las ceremonias del culto católico.

Al entrar en Santa Ana, el marqués de Vegal vio a una joven arrodillada, que oraba fervorosamente y lloraba con desconsuelo. Parecía presa de dolor tal que el marqués no pudo contemplarla sin cierta emoción, y ya se disponía a dirigirle algunas palabras de conmiseración, cuando llegó el padre Joaquín, y le dijo en voz baja:

—Señor marqués, por favor, no se le acerque usted.

Luego, el fraile hizo una señal a Sara y ésta lo siguió a una capilla oscura y desierta.

El marqués dirigióse al altar y oyó la misa, después de lo cual regresó a su casa, pensando involuntariamente en aquella joven, cuya imagen había quedado profundamente grabada en su imaginación.

En el salón de su casa encontró al judío Samuel, que estaba esperándole, y parecía haber olvidado los sucesos de la noche anterior. Su semblante estaba iluminado por la esperanza del lucro.

—¿Qué manda usía? —preguntó al español.

—Necesito treinta mil duros antes de una hora.

—¡Treinta mil duros! ¿Y quién los tiene? Por el santo rey David, señor marqués, va a costarme más trabajo encontrarlos que lo que usía se imagina.

—Aquí tengo joyas de gran valor —repuso el marqués, sin hacer

caso de las palabras del judío—, y además puedo vender a usted por poco precio un terreno muy extenso que tengo cerca de Cuzco.

—¡Ah, señor! —exclamó Samuel—, las tierras nos arruinan, porque nos faltan brazos para cultivarlas. Los indios se retiran a las montañas y las cosechas no producen lo que cuesta la recolección.

—¿En cuánto valora usted esos diamantes? —preguntó el marqués.

Samuel sacó del bolsillo una balanza pequeña de precisión, y púsose a pesar las piedras con minuciosa detención, pero sin dejar de hablar, despreciando, como de costumbre, la prenda que se le ofrecía.

—¡Los diamantes...! ¡Mala hipoteca...! No producen nada. Es lo mismo que enterrar el dinero... Observará usía, señor, que el agua de este diamante no es de una limpieza perfecta... Ya sabe usía que estos adornos tan costosos no son fáciles de vender, por lo que me vería obligado a enviarlos a las provincias de la Gran Bretaña. Los norteamericanos me los comprarán seguramente; pero será para cederlos a los hijos de Albión. Quieren, por consiguiente, y es justo, ganar una comisión honrosa, que cae sobre mis costillas... Supongo que diez mil duros contentarán a usía. Es poco, sin duda, pero...

—Ya he dicho —repuso el español despectivamente— que necesito mucho más de diez mil duros.

—Señor, no puedo dar un centavo más.

—Llévese las joyas y envíeme inmediatamente el dinero. Para completar los treinta mil duros que necesito, le daré esta casa en hipoteca. ¿No le parece bastante sólida?

—¡Ah, señor, en esta ciudad, donde son tan frecuentes los terremotos, no se sabe quién vive ni quién muere, ni quién cae ni quién se mantiene en pie!

Y mientras decía esto, Samuel empinábase sobre la punta de los pies, dejándose luego caer sobre los talones varias veces, para apreciar la solidez del piso.

—En fin, como tengo verdaderos deseos de servir a usía —dijo—, pasaré por lo que quiera, aunque en este momento no me conviene desprenderme de metálico, porque voy a casar a mi hija con el caballero Andrés Certa... ¿Lo conoce usía?

—No lo conozco, y le ordeno a usted de nuevo que me envíe en seguida la cantidad que le he pedido. Llévese esas joyas.

—¿Quiere usía un recibo? —preguntó el judío.

El marqués, sin responderle, pasó a la habitación inmediata.

—¡Orgulloso español...! —murmuró Samuel, entre dientes—. Quiero confundir tu insolencia del mismo modo que voy a disipar tus riquezas. ¡Por Salomón, soy hombre hábil, porque mis intereses corren parejas con mis sentimientos!

El marqués, al separarse del judío, encontró a Martín Paz profundamente abatido.

—¿Qué tienes? —le preguntó cariñosamente.

—Señor, la joven a quien amo es la hija de ese judío.

—¡Una judía! —exclamó el marqués, con sentimiento de repulsión que le fue imposible dominar.

Pero, al advertir la tristeza del indio, añadió:

—Marchemos, amigo mío, ya hablaremos de esas cosas con detenimiento.

Una hora más tarde, Martín Paz, disfrazado, salía de la ciudad en compañía del marqués, que no llevaba consigo a ninguno de sus criados.

Los baños de mar de Chorrillos encuéntrase a dos leguas de Lima. Es una parroquia india que posee una bonita iglesia, y durante la estación del calor es el punto de reunión de la sociedad elegante limeña. Los juegos públicos, prohibidos en Lima, están abiertos en Chorrillos durante el verano, y a ellos concurren las señoras de dudosa moralidad, que, actuando de diablillos, hacen perder a más de un rico caballero su caudal en pocas noches.

Como Chorrillos estaba a la sazón poco frecuentado aún, el marqués y Martín Paz, retirados en una casita edificada a orillas del mar, pudieron vivir en paz, contemplando las vastas llanuras del Pacífico.

El marqués, miembro de una de las más antiguas familias del Perú, era el último descendiente de la soberbia línea de antepasados, de la que con razón se mostraba orgulloso; pero en su rostro advertíanse las huellas de una profunda tristeza. Después de haber intervenido durante algún tiempo en los asuntos políticos, había experimentado repugnancia infinita hacia las revoluciones incesantes, hechas en beneficio de ambiciones personales, y habíase retirado de la política y apartado de la sociedad, viviendo casi en retiro, sólo interrumpido a raros intervalos por deberes de estricta

cortesía.

Su inmenso caudal íbase disipando poco a poco. El abandono en que quedaban sus tierras, por la falta de brazos, obligábale a tomar empréstitos onerosos; pero la perspectiva de una ruina próxima no le espantaba. La indolencia natural de la raza española, unida al aburrimiento de su existencia inútil, le había hecho insensible a las amenazas del porvenir. Esposo en otro tiempo de una mujer adorable, y padre de una niña encantadora, habíase encontrado de pronto solo, a consecuencia de una horrible catástrofe que le arrebató aquellos dos objetos de su amor... Desde entonces, ningún afecto le unía al mundo, y dejaba deslizarse su vida al impulso de los acontecimientos.

Creía que su corazón había muerto por completo, cuando lo sintió palpar de nuevo al contacto de Martín Paz. Aquella naturaleza ardiente despertó el fuego encubierto bajo la ceniza; la orgullosa presencia de ánimo del indio repercutía en el noble caballero, que, cansado de los españoles de su clase, en quienes no tenía ya confianza, y disgustado de los mestizos egoístas, que querían equipararse con él, complaciase en aproximarse a aquella raza primitiva, que tan valientemente había disputado el suelo americano a los soldados del conquistador Pizarro.

El indio pasaba por muerto en Lima, según las noticias que el marqués había recibido; pero éste, considerando el amor de Martín Paz hacia una judía como cosa peor que la muerte misma, resolvió salvarlo de nuevo, dejando casar a la hija de Samuel con Andrés Certa.

Así, mientras que Martín Paz estaba profundamente apenado y la tristeza le invadía el corazón, el marqués evitaba toda alusión a lo pasado, y hablaba al joven indio de cosas sin importancia.

Un día, sin embargo, agitado por sus tristes pensamientos, le preguntó:

—¿Por qué, amigo mío, una pasión vulgar te ha de hacer renegar de la nobleza de tus abuelos? ¿No descendes del valiente Manco Cápac, a quien su patriotismo elevó a la categoría de héroe? ¿Qué papel representaría un hombre que se dejara abatir por una pasión indigna? ¿Acaso habéis desistido los indios de reconquistar algún día vuestra independencia?

—Para eso trabajamos, señor —contestó Martín Paz—, y no está

lejos el día en que mis hermanos se levantarán en masa.



«No está lejos el día en que mis hermanos se levantarán en masa.»

—Ya te entiendo. Aludes a esa guerra sorda que tus hermanos están preparando en las montañas. A una señal bajarán a la ciudad con las armas en la mano; pero serán vencidos, como lo han sido siempre. Ya ves cómo vuestros intereses desaparecen en medio de las revoluciones perpetuas de las que es teatro el Perú; revoluciones que perderán al mismo tiempo a los indios y a los españoles, en beneficio de los mestizos.

—Nosotros salvaremos al país —repuso Martín Paz.

—Sí, lo salvaréis, si comprendéis vuestra misión —dijo el marqués—. Óyeme, pues que te amo como a un hijo. Lo digo con dolor, pero a nosotros, los españoles, hijos degenerados de una raza poderosa, nos falta la energía necesaria para levantar un Estado, y, por consiguiente, a vosotros os toca triunfar de este desdichado *americanismo* que tiende a rechazar a los colonos extranjeros. Sí, sábelo; sólo una inmigración europea puede salvar el antiguo Imperio peruano, y, en vez de esa guerra intestina que preparáis, y que tiende a excluir todas las castas, a excepción de una sola, debéis tender francamente la mano a los hombres trabajadores del Viejo Mundo.

—Los indios, señor, considerarán siempre como enemigos a los extranjeros, cualesquiera que sean, y jamás han de permitir que respiren impunemente el aire de sus montañas. El dominio que ejerzo sobre ellos quedaría sin efecto el día en que no jurase la muerte de sus opresores. Además, ¿qué soy ahora? —añadió Martín Paz con gran tristeza—. Un fugitivo que no viviría tres horas si me encontraran en Lima.

—Amigo, es preciso que me prometas que no has de volver.

—¡Ah! No puedo prometérselo a usted, señor marqués, porque si lo prometiese mentiría.

El marqués enmudeció; la pasión del joven indio acrecentábase de día en día, y el noble caballero temblaba ante la idea de verlo correr a una muerte cierta, si volvía a presentarse en Lima, por lo que deseaba que se celebrara cuanto antes el matrimonio de la judía, matrimonio que, si le hubiera sido posible, habría él apresurado, según sus deseos.

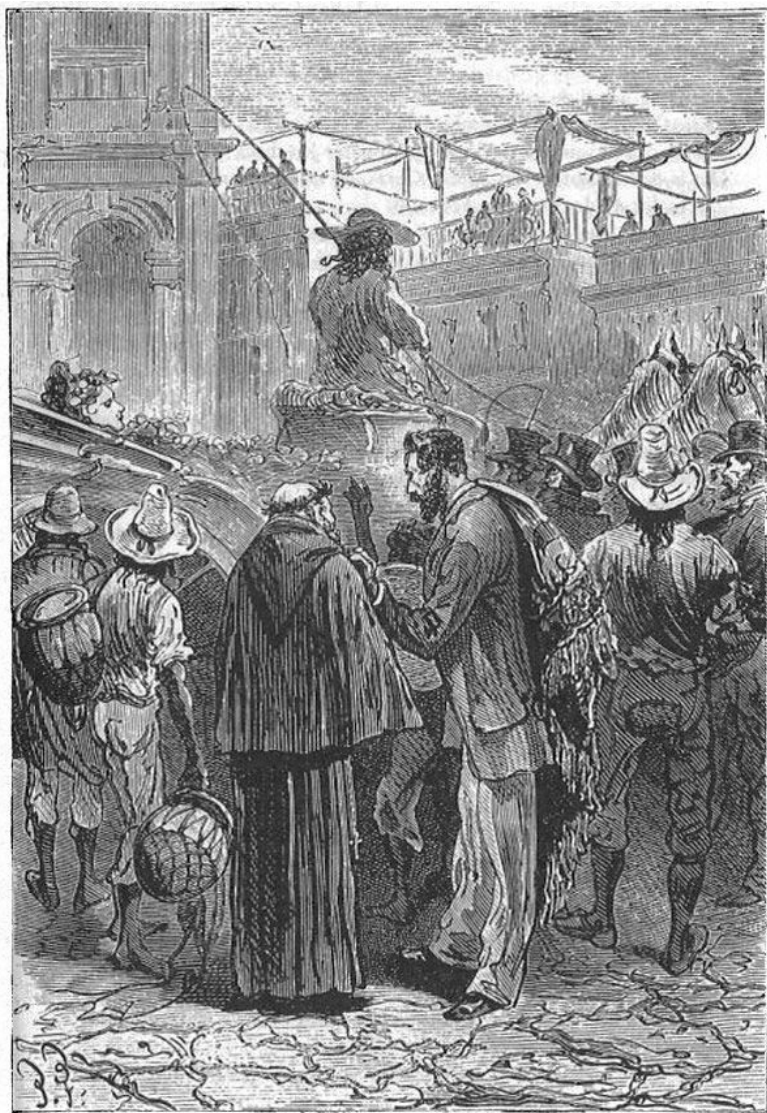
Para cerciorarse del estado de las cosas, salió de Chorrillos una mañana y fue a la ciudad, donde supo que Andrés Certa, restablecido de su herida, salía ya a la calle, y que su próximo

matrimonio era el objeto de todas las conversaciones.

El marqués quiso conocer a la joven amada por Martín Paz, y con este objeto dirigióse a la plaza Mayor, donde a ciertas horas había siempre una gran multitud, y donde encontró al padre Joaquín, su antiguo amigo. El venerable fraile quedóse profundamente sorprendido cuando el marqués le dijo que Martín Paz no había muerto, apresurándose a prometer que velaría por la vida del joven indio, y que le daría todas las noticias que le interesaran.

De improviso, las miradas del caballero se dirigieron a una joven arrebujaada en un manto negro que iba sentada en una carretela.

—¿Quién es esa hermosa muchacha? —preguntó al padre Joaquín.



«¿Quién es esa hermosa muchacha?»

—La hija del judío Samuel, prometida de Andrés Certa.

—¡Ella! ¡La hija de un judío!

El marqués quedóse profundamente admirado y, estrechando la mano del padre Joaquín, volvió a tomar el camino de Chorrillos.

Su sorpresa era natural, porque había reconocido en la pretendida judía a la joven a quien había visto orar fervorosamente en la iglesia de Santa Ana.

CAPÍTULO V

PREPARATIVOS DE INSURRECCIÓN

CUANDO las tropas de Colombia, que Bolívar puso a las órdenes del general Santa Cruz, fueron arrojadas del Bajo Perú, cesaron las sediciones militares en este país, que empezó a disfrutar de calma y tranquilidad; las ambiciones particulares no volvieron a turbar el reposo público, y el presidente Gamarra habíase afianzado en su palacio de la plaza Mayor. Sin embargo, el peligro verdadero, inminente, no procedía de las sediciones, que se extinguían tan pronto como estallaban y que parecían complacer a los americanos por sus ostentaciones militares.

El peligro no lo veían los españoles, demasiado altos para poder verlo, ni tampoco los mestizos, que jamás descendían a mirar lo que se hallaba por debajo de ellos.

Esto no obstante, agitábanse de un modo extraordinario los indios de la ciudad, mezclándose con frecuencia con los habitantes de las montañas, como si hubieran sacudido su apatía natural. En vez de envolverse en su poncho con los pies hacia el sol, extendíanse por el campo, se detenían uno a otro, se entendían por señales particulares y frecuentaban las posadas más desiertas, en las que podían hablar sin peligro de ser escuchados.

Aquel movimiento era más visible en una de las plazas apartadas de la ciudad, en donde había una casa que sólo tenía una habitación baja, y cuya apariencia miserable llamaba la atención de las gentes.

Era una taberna de ínfima categoría, propiedad de una vieja india, que servía a sus parroquianos cerveza de maíz y una bebida hecha con caña de azúcar.

Los indios no se reunían en esta plaza sino cuando en el techo de

la citada taberna se ponía un palo largo, que servía de señal. Entonces, los indígenas de todas profesiones, conductores de carros, arrieros y cocheros entraban uno a uno y desaparecían inmediatamente en la gran sala. La tabernera dejaba entonces a su criada el cuidado de la taberna, y corría a servir personalmente a sus parroquianos.

Pocos días después de la desaparición de Martín Paz, celebróse una asamblea numerosa en la sala de la taberna, donde apenas podían distinguirse los rostros de los concurrentes, a causa de la oscuridad que en ella reinaba y que el humo del tabaco hacía aumentar. En torno de una larga mesa, había irnos cincuenta individuos, mascando los irnos una especie de hoja de té mezclada con tierra odorífera, y bebiendo los otros en grandes jarros el licor de maíz fermentado; pero estas ocupaciones no les distraían de la principal, que era escuchar atentamente el discurso que les estaba pronunciando un indio.

El orador era el Zambo, cuyas miradas tenían extraña fijeza.

Después de examinar uno por uno a todos sus oyentes, el Zambo tomó la palabra y dijo:

—Los hijos del Sol pueden hablar de sus asuntos, porque no hay aquí oídos pérfidos que puedan escucharnos. En la plaza, algunos de nuestros amigos, disfrazados de cantores, distraen a los transeúntes para que nos dejen disfrutar de entera libertad en esta casa.

Y así era, efectivamente, porque fuera de la taberna resonaban los acordes de una guitarra.

Los indios, satisfechos de encontrarse seguros, prestaron gran atención a las palabras del Zambo, en quien ponían toda su confianza.

—¿Qué noticias puede darnos el Zambo, de Martín Paz? —preguntó uno.

—Ninguna. Únicamente el Gran Espíritu puede saber si ha muerto o no; pero estoy esperando a algunos hermanos que han bajado por el río hasta su embocadura, y quizás hayan encontrado el cuerpo de Martín Paz.

—Era un buen jefe —dijo Manangani, indio feroz y muy temido—. Pero ¿por qué no se encontraba en su puesto el día en que la goleta nos traía las armas?

El Zambo, sin responder, inclinó la cabeza.

—¿No saben mis hermanos —continuó diciendo Manangani— que la *Anunciación* ha sido atacada por los guardacostas y que la captura de ese buque habría frustrado todos nuestros proyectos?

Un murmullo de asentimiento acogió las palabras del indio.

—Harán bien —dijo entonces el Zambo— los que esperan para juzgar. ¡Quién sabe si mi hijo Martín Paz se presentará entre nosotros dentro de pocos días...! Oíd ahora lo que tengo que deciros: las armas que nos han enviado de Sechura han llegado a nuestro poder; están escondidas en las montañas de la cordillera y dispuestas para desempeñar su oficio cuando vosotros estéis preparados para cumplir vuestro deber.

—¿Acaso hay algo que nos detenga? —preguntó un joven indio—. Hemos afilado nuestros puñales y esperamos.

—Esperad, pues, que llegue la hora —respondió el Zambo—. ¿Saben mis hermanos cuál es el enemigo a quien primero deben herir?

—Los mestizos, que nos tratan como esclavos —repuso uno de los asistentes—. Esos insolentes que nos azotan con la mano y con el látigo, como a mulas falsas.

—De ningún modo —repuso otro—. Nuestros mayores enemigos son los que acaparan todas las riquezas del suelo.

—Estáis equivocados. Nuestros primeros golpes deben herir a otros —dijo el Zambo, animándose—. Esos hombres no son los que se atrevieron, hace trescientos años, a poner el pie en la tierra de vuestros antepasados. Esos ricos no son los que han hecho sucumbir a los hijos de Manco Cápac. Los orgullosos españoles son los verdaderos vencedores y los que os han reducido a la esclavitud. Si no tienen ya riquezas, tienen autoridad y, a pesar de la emancipación peruana, pisotean nuestros derechos naturales. Olvidemos, pues, lo que somos, para recordar lo que nuestros padres fueron.

—Sí, sí —prorrumpió la asamblea, con murmullo de aprobación.

Al asentimiento general de los concurrentes sucedieron algunos momentos de silencio que interrumpió el Zambo para preguntar a diversos conjurados si sus amigos de Cuzco y de toda Bolivia estaban dispuestos a levantarse como un solo hombre.

Después, prosiguiendo su discurso, dijo:

—Valiente Manangani, si todos nuestros hermanos de la

montaña tienen en el corazón el mismo odio y valor que tú, ¿no caerán sobre Lima como una tromba desde lo alto de las cordilleras?

—El Zambo no se quejará de su audacia el día señalado —respondió Manangani—. Si el Zambo sale de la ciudad, no necesitará ir muy lejos para ver surgir en tomo suyo indios que arden en deseos de venganza. En las gargantas de San Cristóbal y de los Amancaes, más de uno, envueltos en su poncho y con el puñal en la cintura, están esperando que se confíe a sus manos una carabina, porque tampoco han olvidado ellos que tienen que vengar en los españoles la derrota de Manco Cápac.

—Perfectamente, Manangani —repuso el Zambo—. El dios de la venganza habla por tu boca. Mis hermanos no tardarán en saber quién es el elegido de sus jefes, y como el presidente Gamarra sólo trata de consolidarse en el poder, Bolívar está lejos y Santa Cruz ha sido derrotado, podemos obrar sobre seguro. Dentro de pocos días se entregarán nuestros opresores al placer, con motivo de la fiesta de los Amancaes, y, por consiguiente, deben disponerse todos nuestros hermanos a marchar, haciendo antes que la noticia llegue hasta las aldeas más remotas de nuestra raza.

En aquel momento entraron tres indios en el salón, e inmediatamente acercóse el Zambo a ellos.

—¿Qué noticias traéis? —les preguntó.

—El cuerpo de Martín Paz no ha sido hallado —respondió uno de aquellos indios—. Hemos sondeado el río en todos sentidos; nuestros más hábiles nadadores lo han explorado detenidamente y creemos que el hijo del Zambo no ha muerto en las aguas del Rímac.

—¡Lo habrán asesinado! ¿Qué habrá sido de él? ¡Oh, desdichados los que hayan dado muerte a mi hijo...! Sepárense mis hermanos en silencio, y vuelva cada cual a su puesto, mire, vigile y espere.

Los indios salieron y se dispersaron. El Zambo quedóse con Manangani, que le preguntó:

—¿Sabe el Zambo por qué había ido aquella noche su hijo al barrio de San Lázaro? ¿Está el Zambo seguro de su hijo?

Los ojos del indio despidieron tales relámpagos de cólera, que Manangani retrocedió asustado.

Pero el Zambo se contuvo, y dijo:

—Si Martín Paz traicionara a sus hermanos, yo mataría a todos aquellos a quienes ha dado su amistad y a todas aquellas a quienes hubiese dado su amor; después lo mataría a él y, por último, me mataría yo, para no dejar en este suelo un solo miembro de una raza deshonrada.

En aquel momento abrió la tabernera la puerta de la sala, acercóse al Zambo y le entregó un billete.



La tabernera le entregó un billete al Zambo.

—¿Quién te ha encargado esto? —preguntó.

—No lo sé —respondió la tabernera—. Este papel ha debido quedársele olvidado a algún bebedor, porque lo he encontrado sobre una mesa.

—¿No han venido aquí más que indios?

—Nadie más que indios.

La tabernera salió, y el Zambo desdobló el billete, que leyó en alta voz:

«Una joven ha orado por Martín Paz, porque no olvida al indio que ha expuesto su vida por ella. Si el Zambo tiene noticias de su hijo o esperanza de encontrarlo, átese al brazo un pañuelo encamado como señal. Hay ojos que lo ven pasar todos los días».

El Zambo estrujó el billete entre sus manos.

—El desgraciado se ha dejado seducir por una mujer.

—¿Y quién es esa mujer? —preguntó Manangani.

—No es india —respondió el Zambo, mirando el billete—. Es, sin duda, una mujer elegante... ¡Ah, Martín Paz, estás desconocido!

—¿Harás lo que esa mujer te pide?

—No —respondió rápidamente el indio—. Debe perder toda esperanza de volver a ver a mi hijo, para que muera de dolor.

Y, dicho esto, el Zambo rompió el billete con rabia.

—Sin duda alguna, ha sido un indio quien ha traído este billete —observó Manangani.

—¡Oh, no puede ser de los nuestros! Se habrá sabido que yo venía con frecuencia a esta taberna, pero no volveré a poner los pies en ella. Regrese mi hermano a las montañas, mientras yo vigilo en la ciudad. Veremos para quiénes resultará alegre la fiesta de los Amancaes, si para los opresores o para los oprimidos.

Los dos indios se separaron.

El plan no podía estar mejor combinado, ni la hora de la ejecución mejor elegida. El Perú, casi despoblado entonces, sólo contaba con un reducido número de españoles y de mestizos. La invasión de los indios, que acudirían desde los bosques del Brasil y desde las montañas de Chile, como de las llanuras del Río de la Plata, debía cubrir con un ejército formidable el teatro de la rebelión. Después que quedaran destruidas las grandes ciudades, Lima, Cuzco y Puno, no era de temer que las tropas de Colombia, recientemente vencidas por el Gobierno peruano, acudieran en

socorro de sus enemigos, por grave que fuese el peligro en que éstos se encontraran.

Aquel trastorno social debía, por consiguiente, efectuarse sin resistencia, si los indios guardaban fielmente el secreto, y así debía ocurrir, porque entre ellos no había traidores.

Sin embargo, ignoraban que un hombre había obtenido una audiencia particular del presidente Gamarra; ignoraban que aquel hombre le había notificado que la goleta *Anunciación* había desembarcado en la embocadura del Rúnac armas de toda especie en piraguas indias, y que aquel hombre iba a reclamar una fuerte indemnización por el servicio que había prestado al Gobierno peruano, denunciando aquellos hechos.

Indudablemente, aquel hombre jugaba con cartas dobles, porque después de haber alquilado su buque a los agentes del Zambo a un precio muy elevado, había vendido al presidente el secreto de los conjurados.

El hombre que tal infamia había cometido no era otro que el judío Samuel, a quien suponemos que el lector habrá reconocido en este rasgo.

CAPÍTULO VI

EL JUEGO Y LAS CONFIDENCIAS

ANDRÉS Certa, completamente restablecido y creyendo que Martín Paz había dejado de existir, apresuraba su matrimonio, deseando que llegara el día de pasear por las calles de Lima a la joven judía.

Sara no dejaba de tratarlo con altiva indiferencia, pero él no hacía caso, porque consideraba a la joven como un objeto de valor que había comprado por cien mil duros.

Sin embargo, Andrés Certa desconfiaba del judío, y no le faltaba motivo para ello, porque si el contrato era poco honrado, los contratantes lo eran menos.

El mestizo, pues, quiso tener con Samuel una entrevista secreta, a cuyo fin lo llevó un día a Chorrillos, deseando también probar su suerte en el juego antes de la boda.

Los juegos habían empezado pocos días después de la llegada del marqués de Vegal, y desde entonces veíase constantemente concurrido el camino de Lima. Algunos, que iban a Chorrillos a pie, volvían en carruaje, mientras otros dejaban allí los últimos restos de su fortuna.

El marqués y Martín Paz no tomaban parte en aquellos placeres; el joven indio estaba profundamente preocupado por causas más nobles.

Después de pasear con el marqués, volvía todas las noches a su aposento y se ponía de codos en la ventana, donde pasaba largas horas meditando.

El marqués no olvidaba a la hija de Samuel, a quien había visto orar en el templo catóúco; pero no se había atrevido a revelar aquel

secreto a Martín Paz, aunque le iba instruyendo poco a poco en las verdades cristianas. Temía reanimar en su corazón sentimientos que deseaba extinguir, porque el indio proscrito debía renunciar a toda esperanza de contraer matrimonio con la hija del judío. Mientras tanto, la Policía había concluido por abandonar la persecución de Martín Paz, y, transcurrido algún tiempo, merced a la influencia de su protector, el indio quizá lograra ocupar un puesto en la sociedad peruana.

Pero sucedió que, Martín Paz, desesperado, resolvió averiguar qué había sido de la joven, y, con este propósito, introdújose, vestido con un traje español, en una sala de juego para escuchar las conversaciones de los concurrentes. Andrés Certa, que era hombre muy conocido, y su matrimonio, que seguramente estaría ya próximo, debían ser objeto de alguna conversación.

Así, pues, una noche, en vez de encaminarse, como de ordinario, a la orilla del mar, dirigióse a las altas rocas donde están situadas las principales casas de Chorrillos, y entró en una de ellas, dotada de una ancha escalera de piedra.

Aquélla era una casa de juego, donde aquel día habían perdido grandes cantidades algunos limeños, y donde otros, fatigados de la tarea de la noche precedente, descansaban en el suelo, envueltos en sus ponchos.

A la sazón, no faltaban jugadores sentados delante del tapete verde, dividido en cuatro cuadros por dos líneas, que se cortaban en el centro en ángulo recto. En cada uno de estos cuadros hallábanse las primeras letras de las palabras «azar» y «suerte»: A. S. Los jugadores apuntaban a una u otra de aquellas letras, y el banquero tenía las puestas, mientras arrojaba sobre la mesa dos dados, cuyos puntos combinados hacían ganar a la A o a la S.

La partida estaba muy animada, y un mestizo apuntaba al azar con ardor febril.

—¡Dos mil duros! —exclamó.

El banquero agitó los dados y el jugador estalló en imprecaciones.

—¡Cuatro mil duros! —dijo de nuevo, y volvió a perder.

Martín Paz, protegido por la sombra del salón, pudo ver el rostro del jugador.

Era Andrés Certa.

Al lado de éste se encontraba el judío Samuel.

—Bastante ha jugado usted, señor —le dijo Samuel—, y ya ha podido convencerse de que hoy no tiene suerte.



«Bastante ha jugado usted, señor», le dijo Samuel.

—¿A usted qué le importa? —respondió con acritud el mestizo.

Samuel se inclinó a su oído para decirle:

—Si a mí no me importa, a usted le interesa abandonar esas costumbres en los días que preceden a su matrimonio.

—¡Ocho mil duros! —gritó Andrés Certa, apuntando a la S.

Salió la A y el mestizo lanzó una blasfemia.

—¡Juego! —volvió a decir el banquero.

Andrés Certa sacó un puñado de billetes de su bolsillo para aventurar una suma considerable al juego, llegando a ponerla en uno de los cuadros. El banquero agitaba ya los dados, cuando una seña de Samuel lo detuvo. El judío volvió a inclinarse al oído del mestizo, y le dijo:

—Si no le queda a usted la cantidad necesaria para llevar a efecto nuestro contrato, esta noche quedará roto.

Andrés Certa encogióse de hombros, hizo un gesto de rabia y, recobrando su dinero, salió rápidamente de la estancia.

—Continúe usted ahora —dijo Samuel al banquero—; ya arruinará a este señor después que se haya casado.

El banquero se inclinó con sumisión ante Samuel, que era fundador y propietario de los juegos de Chorrillos. Dondequiera que había algo que ganar, se encontraba aquel hombre.

Samuel siguió al mestizo, y cuando hubieron llegado a la escalinata, le dijo:

—Tengo cosas muy graves que decirle. ¿Dónde podemos hablar sin que nos oigan?

—Donde usted quiera —respondió bruscamente Andrés Certa.

—Tenga calma y no pierda el porvenir por un momento de mal humor. No me inspiran confianza los aposentos mejor cerrados, ni las llanuras más desiertas, porque lo que tengo que decir a usted es un secreto que vale la pena de que se guarde.

Mientras hablaban, los dos hombres habían llegado a la playa, frente a las casetas destinadas a los bañistas; pero ignoraban que tras ellos iba Martín Paz, deslizándose en la oscuridad como una serpiente.

—Tomemos una canoa y salgamos al mar —dijo Andrés Certa.

Andrés Certa desató de la orilla una pequeña embarcación, después de dar algunas monedas al guarda; Samuel y el mestizo se embarcaron, y el último empujó la barca mar adentro.

Martín Paz, al verla alejarse, se ocultó en el hueco de unas peñas, se desnudó apresuradamente, se arrojó al agua y nadó hacia la canoa, llevando consigo su cinturón y su puñal.

El sol acababa de sepultar sus últimos rayos en las olas del Pacífico, y el cielo y el mar estaban envueltos en las tinieblas.

Martín Paz no había pensado siquiera en el peligro que corría, a causa de los tiburones que surcaban aquellos funestos parajes.

Detúvose, no lejos de la embarcación en que iban el mestizo y el judío y al alcance de su voz.

—Pero ¿qué prueba de la identidad de la joven puedo yo dar a su padre? —preguntaba en aquel momento Andrés Certa al judío.

—Puede usted recordarle las circunstancias en que perdió a la niña.

—¿Y cuáles son?

—Voy a decírselo.

Martín Paz, sosteniéndose sobre las olas, escuchaba, pero sin comprender por completo lo que hablaban.

—El padre de Sara, que es el gran señor que usted conoce —dijo el judío—, vivía en la Concepción, comarca de Chile; pero entonces su caudal corría parejas con su nobleza. Obligado a venir a Lima para asuntos de interés, salió solo de la Concepción, dejando allí a su mujer y a su hija; esta última, de quince meses de edad. Como el clima del Perú le convino, envió a la marquesa orden de que viniera a unirse con él. La marquesa se embarcó en el *San José*, de Valparaíso, con algunos criados de su confianza, y en el mismo buque venía yo al Perú. El *San José* debía hacer escala en Lima; pero a la altura de la isla de Juan Fernández, se desató un huracán terrible que lo desarboló y lo arrojó sobre la costa. Los hombres de la tripulación y los pasajeros refugiáronse en la chalupa; pero al ver el mar tan enfurecido, la marquesa se negó a embarcarse en ella; estrechó a su hija entre sus brazos y quedóse en el buque; yo me quedé con ella. La chalupa se alejó, y a cien brazas del *San José* sepultóse en el mar con toda la gente que llevaba y nos quedamos solos. La tempestad rugía cada vez con mayor violencia; pero como mi caudal no iba a bordo, no perdí la esperanza de salvarme. El *San José*, que tenía cinco pies de agua en la cala, fue arrastrado por la corriente y se estrelló contra las rocas de la costa. La marquesa fue arrojada al mar con la niña: pero, afortunadamente, pude

apoderarme de ésta, y, mientras la madre perecía a mi vista, yo, sano y salvo, con la niña, pude ganar la orilla.

—Todos esos detalles ¿son exactos?

—Completamente éxactos, y el padre no lo desmentirá. Yo realicé aquel día un buen negocio, porque me va a valer los cien mil duros que usted ha de entregarme.

«¿Qué quiere decir esto?», preguntábase asombrado Martín Paz.

—Aquí tiene mi cartera con los cien mil duros —respondió Andrés Certa.

—Gracias, señor —dijo Samuel, apoderándose del tesoro—. Tome usted este recibo, en el que me comprometo a restituirle doble cantidad de la que me ha entregado si en virtud de su matrimonio no llega usted a formar parte de una de las primeras familias de España.

El indio, obligado a sumergirse para evitar el choque de la embarcación, no había oído esta última frase; pero al ocultarse bajo las aguas, sus ojos pudieron ver una masa informe que se deslizaba rápidamente hacia donde él estaba.

Era una tintorera, tiburón de la especie más cruel.

Martín Paz vio que el animal se aproximaba y se sumergió profundamente, mas pronto viose obligado a volver a la superficie del agua para respirar. El tiburón dio entonces un coletazo a Martín Paz, que sintió que las escamas viscosas del monstruo le rozaban el pecho. El tiburón volvióse sobre la espalda, entreabriendo su mandíbula, armada de una triple fila de dientes, para morder su presa; pero Martín Paz, al ver brillar el vientre blanco del animal, lo hirió con su puñal.

La sangre del monstruo marino tiñó de rojo las aguas, y Martín Paz, al advertirlo, volvió a sumergirse.

Cuando, algunos instantes después, salió de nuevo a la superficie, a diez brazas de allí, la embarcación del mestizo había desaparecido. El indio dirigióse entonces a la costa, a la que no tardó en llegar, pero después de haber olvidado que acababa de librarse de una muerte terrible.

Al amanecer del día siguiente abandonó Martín Paz la quinta de Chorrillos sin despedirse de su protector, y el marqués, lleno de inquietud, volvió a toda prisa a Lima para buscarlo.

CAPÍTULO VII

LA BODA INTERRUMPIDA

EL matrimonio de Andrés Certa con la hija del judío Samuel era un verdadero acontecimiento, y las señoras no se daban punto de reposo, confeccionando los lujosos trajes que se proponían lucir en la fastuosa ceremonia.

En casa del judío Samuel, que deseaba celebrar con gran pompa el matrimonio de Sara, hacíanse también grandes preparativos. Los frescos que adornaban su morada, según la costumbre española, habían sido restaurados suntuosamente; los tapices más ricos caían en anchos pliegues sobre los huecos de las ventanas y las paredes de la habitación; los muebles, esculpidos de maderas preciosas odoríferas, amontonábanse en los grandes salones impregnados de deliciosa frescura; los arbustos exóticos y los productos de las tierras calientes elevábanse serpenteando a lo largo de las balaustradas y de las azoteas.

La joven había perdido la esperanza de volver a ver a Martín Paz, puesto que el Zambo no la tenía, como lo demostraba el hecho de no llevar en el brazo la señal de la esperanza. Liberto había espiado los pasos del viejo indio, pero no había logrado descubrir nada.

¡Ah! Si la pobre Sara hubiera podido realizar sus deseos, se habría refugiado en un convento para acabar en él su vida. Impulsada por atracción misteriosa e irresistible hacia los dogmas del catolicismo y convertida secretamente por el padre Joaquín a la única religión verdadera, había ingresado en el seno de nuestra santa madre la Iglesia, que tanto simpatizaba con las creencias de su alma.

El padre Joaquín, a fin de evitar todo escándalo, y sabiendo leer mejor en su breviario que en el corazón humano, había dejado a Sara en la creencia de que Martín Paz había muerto, porque lo más importante para él era la conversión de la joven, que creía asegurada con el matrimonio con Andrés Certa, ignorando, naturalmente, las condiciones en que se había concertado.

El día, pues, de la boda, tan alegre para unos y tan triste para otros, había llegado. Andrés Certa había invitado a la ceremonia a toda la ciudad; pero sus invitaciones no fueron atendidas por las familias nobles, que se excusaron, pretextando motivos más o menos plausibles.

Llegada la hora en que debía efectuarse el contrato, la joven no compareció.

El judío Samuel estaba profundamente disgustado, y Andrés Certa fruncía el ceño, mostrando su impaciencia. Una especie de confusión se reflejaba en los rostros de los invitados, mientras millares de bujías, cuya imagen multiplicaban los espejos, inundaban los salones de resplandeciente luz.

En la calle, un hombre se paseaba presa de una ansiedad mortal. Era el marqués de Vegal.

CAPÍTULO VIII

LA FUGA

MIENTRAS tanto, Sara, profundamente angustiada, permanecía sola en su habitación, de donde no se atrevía a salir. Sofocada por la emoción, apoyóse en el balcón que daba a los jardines interiores, y allí estaba abismada en sus pensamientos cuando vio, de pronto, a un hombre que procuraba ocultarse en las calles de magnolias. Aquel hombre era Liberto, su servidor, que parecía espiar a algún enemigo invisible, ya ocultándose detrás de una estatua, ya echándose a tierra.

De repente, Sara palideció. Liberto luchaba con un hombre de alta estatura, que lo había derribado a tierra, y algunos suspiros ahogados, que se escapaban de la boca del negro, revelaban que una mano robusta le apretaba el cuello.

La joven iba a gritar en demanda de socorro, cuando vio levantarse a los dos hombres: el negro miraba a su adversario y le decía:

—¡Usted, usted! ¿Es usted?

Y siguió a aquel hombre, que, antes que Sara pudiera lanzar un solo grito, presentóse ante ella como un fantasma del otro mundo. Así como el negro, derribado bajo las rodillas del indio, no había podido hablar sino lo que hemos anotado arriba, la joven, bajo la mirada de Martín Paz, no pudo a su vez decir sino las mismas palabras:

—¡Usted, usted! ¿Es usted?

Martín Paz, con los ojos clavados en ella, dijo:

—¿Oye la novia los ruidos de la fiesta? Los invitados se congregan en los salones para ver irradiar la felicidad en su rostro.

¿Es por ventura una víctima destinada al sacrificio la que va a presentarse a sus ojos? ¿Puede la novia mostrarse a su prometido con ese rostro pálido y fatigado por el dolor?

Sara apenas oía lo que Martín Paz estaba diciéndole.

El joven indio prosiguió:

—Puesto que la joven llora, mire más allá de la casa de su padre, más allá de la ciudad donde padece.



«Puesto que llora, mire más allá de la casa de su padre.»

Sara levantó la cabeza, y Martín Paz, adoptando una actitud altiva, con el brazo extendido hacia las cordilleras, mostrábale el camino de la libertad.

Sara sintióse arrastrada por un poder irresistible; las voces de algunas personas que se acercaban a su habitación llegaron hasta ella; su padre iba a entrar sin duda, y tal vez su novio lo acompañaba. Martín Paz apagó de repente la lámpara suspendida sobre su cabeza, y oyóse un silbido, semejante al que se había oído ya en la plaza Mayor.

De pronto, abrióse la puerta de la estancia y entraron en ésta Samuel y Andrés Certa. La oscuridad era profunda; acudieron algunos servidores con luces y encontraron el aposento vacío.

—¡Maldición! —exclamó el mestizo.

—¿Dónde está? —preguntó Samuel.

—Usted me responde de ella —dijo brutalmente Andrés Certa.

Al oír esto, el judío sintióse inundado de un sudor frío que le penetraba hasta los huesos.

—¡Venid conmigo! —gritó.

Y, seguido por sus criados, lanzóse corriendo fuera de la casa.

Mientras tanto, Martín Paz huía por las calles de la ciudad con cuanta rapidez era posible. A doscientos pasos de la casa del judío encontró a varios indios, a quienes el silbido lanzado por él había reunido allí.

—¡A nuestras montañas! —exclamó.

—¡A casa del marqués de Vegal! —dijo una voz detrás de él.

Volvióse Martín Paz, al oír esto, y vio al español detrás de él.

—¿No quieres confiarme esa joven? —preguntó el marqués.

El indio inclinó la cabeza y dijo sorprendido:

—¡A casa del marqués de Vegal!

Martín Paz, cediendo al ascendiente del marqués, habíale confiado la joven, seguro de que en casa del español no corría el menor riesgo; pero, comprendiendo lo que el honor exigía, no quiso pernoctar bajo el techo del marqués.

Salió, pues, presa de violenta excitación, que le hacía hervir la sangre en las venas.

Pero no había andado aún cien pasos, cuando cinco o seis hombres se arrojaron sobre él y, a pesar de su tenaz resistencia, lograron atarlo. Martín Paz lanzó un rugido de desesperación; creía

haber caído en poder de sus enemigos.

Pocos instantes después, le quitaron la venda con que le habían cubierto los ojos, y se encontró en la sala baja de la taberna en que sus hermanos habían organizado la rebelión.

El Zambo, que había presenciado el rapto de la joven, encontrábase allí, rodeado por Manangani y los demás indios sediciosos. Los ojos de Martín Paz despidieron relámpagos de cólera:

—Mi hijo no se apiada de mis lágrimas —dijo el Zambo—, puesto que durante tanto tiempo me deja en la incertidumbre de si está vivo o muerto.

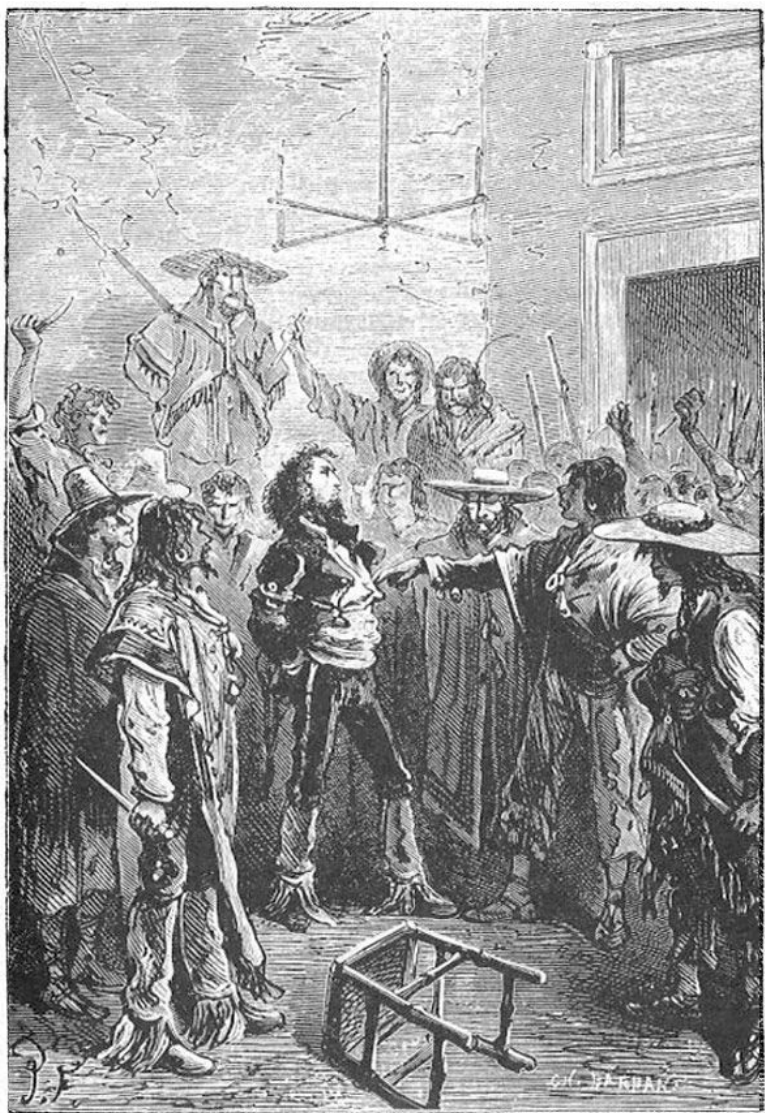
—¿Es acaso la víspera de una insurrección cuando Martín Paz, nuestro jefe, debe encontrarse en el campo de nuestros enemigos? —preguntó Manangani.

Martín Paz no respondió a su padre ni al indio.

—Es decir, ¿que nuestros más graves intereses han sido sacrificados en holocausto de una mujer?

Y, mientras decía esto, Manangani se acercó a Martín Paz con el puñal en la mano; pero Martín Paz no lo miró siquiera.

—Hablemos primero —dijo el Zambo—; después de las palabras vendrán los hechos. Si mi hijo ha faltado a sus hermanos, sabré castigar su traición; pero que tenga cuidado, porque la hija del judío Samuel no está tan oculta que se nos pueda escapar. Mi hijo reflexionará: está condenado a muerte, y no hay en la ciudad una piedra donde pueda reclinar su cabeza. Si, por lo contrario, liberta a su país, para él serán el honor y la libertad.



«Si mi hijo ha faltado a sus hermanos...»

Martín Paz guardó silencio, pero en su corazón librábase un terrible combate, porque el Zambo había hecho vibrar las cuerdas de su altiva naturaleza.

Los insurgentes tenían necesidad de Martín Paz para llevar a la práctica sus proyectos de rebelión, porque él ejercía la autoridad suprema entre los indios de la ciudad, los manejaba a su capricho, y una sola señal suya podía llevarlos a la muerte.

Quitáronsele las ligaduras por orden del Zambo y Martín Paz se levantó.

—Hijo mío —le dijo el indio, que lo observaba con atención—, mañana, durante la fiesta de los Amancaes, nuestros hermanos caerán como una tromba sobre los limeños desarmados. Éste es el camino de las cordilleras, y este otro el de la ciudad; eres libre, y puedes ir adonde te plazca.

—¡A las montañas...! —exclamó Martín Paz—. ¡A las montañas, y ay de nuestros enemigos!

Y cuando, aquel amanecer, apareció el sol por el Oriente, iluminó con sus primeros rayos el conciliábulo que los jefes indios celebraban en el seno de la cordillera.

CAPÍTULO IX

EL COMBATE

Y como todo llega al fin en la vida cuando debe llegar, también llegó el 24 de junio, día de la gran fiesta de los Amancaes, en el que todos los habitantes de Lima, a pie, a caballo o en carruaje, se dirigieron a la célebre meseta, situada a media legua de distancia de la ciudad. Mestizos e indios mezclábanse en la fiesta común y marchaban alegremente por grupos de parientes o de amigos. Cada uno de estos grupos llevaba sus provisiones e iba precedido por un tocador de guitarra que cantaba los aires más populares. Avanzaban a través de los campos de maíz, cruzando los bosques de bananeros o por entre las calles de sauces en busca de los bosques de limoneros y naranjos, cuyos perfumes se confundían con los aromas suaves de la montaña. A lo largo del camino, había puestos ambulantes que ofrecían a los paseantes aguardiente y cerveza, siendo tan numerosas las libaciones de estos líquidos, que indios y mestizos reían a carcajadas, medio ebrios. Los que iban a caballo hacían caracolear sus monturas en medio de la multitud, compitiendo unos con otros en celeridad, habilidad y destreza.

Reinaban en la fiesta, que toma el nombre de las florecillas de la montaña, un ardor y una libertad inconcebibles, a pesar de lo cual jamás se promovía una disputa que turbara la alegría pública. Algunos lanceros a caballo, con corazas resplandecientes, mantenían el orden.

Cuando la multitud llegó a la meseta de los Amancaes, oyóse un inmenso clamor de admiración, que fue repetido por los ecos de la montaña.

A los pies de los espectadores extendíase la antigua Ciudad de

los Reyes, cuyas torres y campanarios, llenos de sonoras campanas, elevábanse osadamente hacia el cielo. San Pedro, San Agustín y la catedral atraían las miradas hacia sus torres, que brillaban heridas por los rayos del sol. Santo Domingo, la rica iglesia cuya Virgen no lleva jamás dos días seguidos el mismo manto, levantaba más que sus vecinas la flecha elegante de su campanario. A la derecha, el océano Pacífico hacía ondular sus extensas llanuras azules al soplo de la brisa, y la vista, volviendo del Callao a Lima, deleitábase en la contemplación de todos aquellos monumentos funerarios que contenían los restos de la gran dinastía de los Incas. En la lejanía, el cabo Morro-Solar encerraba como en un cuadro los esplendores de aquel espectáculo.

Pero mientras los limeños contemplaban admirados tan espléndidos panoramas, preparábase un drama sangriento en las heladas cumbres de la cordillera.

Efectivamente, al paso que los habitantes de la ciudad la iban abandonando, penetraban gran número de indios, que vagaban por sus calles. Los hombres, que, por lo general, tomaban parte activa en la fiesta de los Amancaes, paseábanse entonces silenciosamente y con aire singularmente pensativo. De vez en cuando, algún jefe dábales apresuradamente una orden secreta y reanudaban su marcha; pero todos se iban reuniendo poco a poco en los barrios más ricos de la ciudad.

Cuando el sol comenzó a desaparecer en el horizonte, la aristocracia limeña emprendió el camino de los Amancaes, luciendo sus trajes más costosos y sus más valiosas alhajas. Una interminable fila de coches desfilaron entre los árboles, confundidos con las gentes que marchaban a caballo o a pie.

En el reloj de la catedral dieron las cinco.

Un griterío inmenso resonó en la ciudad. De todas las plazas, de todas las calles, de todas las casas, salieron indios con las armas en la mano. Los barrios más hermosos fueron inundados de insurrectos, algunos de los cuales agitaban por encima de sus cabezas teas encendidas.

—¡Mueran los españoles! ¡Mueran nuestros opresores! —Oíase gritar con voces estentóreas.

Casi al mismo tiempo, cubriéronse las cimas de los cerros también de indios, que se dispusieron a unirse a sus hermanos de la

ciudad.

Lima ofrecía en aquel momento un aspecto extraño. Los insurrectos habíanse esparcido por todos los barrios y a la cabeza de una de sus columnas iba Martín Paz, agitando la bandera negra, en dirección a la plaza Mayor, mientras los demás indios atacaban las casas previamente designadas para ser demolidas. Cerca de él, Manangani lanzaba feroces aullidos.

En la plaza, los soldados del Gobierno, prevenidos contra la rebelión, habíanse formado en orden de batalla delante del palacio del presidente, y los insurgentes, al entrar en la plaza, fueron recibidos por una nutrida granizada de balas.

Sorprendidos al principio por aquella descarga, que estaban muy lejos de esperar, y que arrebató a muchos la vida, se lanzaron contra la tropa con ímpetu insuperable, produciéndose una horrible confusión en que los contendientes llegaron a pelear cuerpo a cuerpo. Martín Paz y Manangani hicieron prodigios de valor; pero sólo por milagro se libraron de la muerte.

Necesitaban tomar el palacio y fortificarse en él a todo trance.

—¡Adelante! —gritó Martín Paz.

Y a su voz precipitáronse los indios al asalto.

Aunque de todas partes eran rechazados, lograron los indios a su vez hacer retroceder a la tropa que rodeaba el palacio, y ya Manangani se lanzaba a los primeros escalones del pórtico, cuando se detuvo repentinamente.

Las filas de los soldados se habían abierto y por el espacio que habían dejado libre asomaban sus bocas dos piezas de artillería, colocadas allí para ametrallar a los sitiadores.

No había tiempo que perder. Era absolutamente preciso saltar sobre la batería y apoderarse de ella, antes que disparase.

—¡Vamos los dos! —exclamó Manangani, dirigiéndose a Martín Paz.

Pero éste acababa de agacharse y no escuchaba ya nada, porque un negro le estaba diciendo al oído estas palabras:

«Están saqueando la casa del marqués de Vegal, y quizás asesinándolo».

Al oír esto, Martín Paz retrocedió; y Manangani quiso arrastrarlo consigo hacia delante; pero, en aquel momento, los cañones dispararon y la metralla diezmó las filas de los indios.

—¡Seguidme! —gritó Martín Paz.

Varios compañeros, que le eran muy adictos, se unieron a él, y con la ayuda de éstos consiguió el indio abrirse paso entre los soldados.

Aquella fuga tuvo todas las apariencias y resultado de una traición, porque, creyéndose los indios abandonados por su jefe, fue imposible reunirlos de nuevo, a pesar de los esfuerzos que realizó Manangani para llevarlos al combate. Envueltos en una nube espesa de tropas que los fusilaban sin piedad, prodújose una espantosa confusión y su derrota completa. Las llamas, que se elevaban al cielo en ciertos barrios, atraieron a algunos fugitivos sedientos de pillaje; pero los soldados los persiguieron espada en mano, dando muerte a gran número de ellos.

Entretanto, Martín Paz llegó a casa del marqués, donde se sostenía una lucha encarnizada, dirigida por el mismo Zambo. El indio tenía sumo interés en entrar allí, porque, combatiendo al español, deseaba al mismo tiempo apoderarse de Sara, prenda de la fidelidad de su hijo.

Derribadas la puenca y las paredes del patio, presentóse el marqués con la espada en la mano, rodeado por sus servidores para rechazar a la turba que invadía su palacio. La altivez de aquel hombre y su valor tenían algo de sublimes. No sólo no trataba de evitar el peligro, sino que parecía buscarlo con tal de sembrar la muerte en su derredor.

Pero ¿qué podía hacer contra aquella multitud de indios que, lejos de disminuir, aumentaba por momentos con la llegada de los vencidos de la plaza Mayor?

Viendo el marqués disminuir sus fuerzas y sus defensores, estaba ya decidido a dejarse matar sin oponer resistencia, en vista de la inutilidad de sus esfuerzos, cuando Martín Paz, con la rapidez del rayo, acometió a los agresores, obligándolos a volverse contra él, y consiguiendo llegar hasta el marqués, en medio de las balas, para servirle de escudo con su cuerpo.

—¡Bien, hijo mío, bien! —dijo el marqués a Martín Paz, estrechándole la mano.

Pero el joven indio estaba triste y no desarrugaba el ceño.

—¡Bien, Martín Paz! —repitió otra voz que le llegó al alma.

Reconoció a Sara, y su brazo trazó un ancho círculo de sangre en

tomo suyo. La tropa de Zambo empezaba a ceder. Aquel nuevo Bruto había dirigido por segunda vez los golpes contra su hijo sin poder alcanzarlo, en tanto que Martín Paz, cuando en el ardor de la lucha veía que el enemigo sobre quien iba a descargar el hacha era su padre, desviaba el arma para no herirlo.

De repente, Manangani, cubierto de sangre, púsose al lado de Zambo, diciéndole:

—Has jurado vengar la traición de un infame en sus parientes, en sus amigos y en él mismo, y ha llegado el momento de que cumplas tu palabra, porque los soldados se acercan y el mestizo Andrés Certa viene con ellos.

—Ven, pues, Manangani —dijo el Zambo, riéndose ferozmente—; ven.

Y saliendo ambos de la casa del marqués, corrieron hacia la tropa que llegaba al paso de carga. Las tropas les apuntaron, pero el Zambo, sin intimidarse, se fue derecho al mestizo:

—Si es usted Andrés Certa —le dijo—, sepa que su novia se encuentra en casa del marqués, y Martín Paz va a llevársela a las montañas.

Y, dicho esto, los indios desaparecieron.

El Zambo había puesto frente a frente a los dos enemigos mortales, y los soldados, engañados por la presencia de Martín Paz, precipitáronse contra la casa del marqués.

Andrés Certa, loco de furor y de celos, arrojóse contra Martín Paz, tan pronto como lo vio.

—Ahora nos las entenderemos nosotros dos —gritó el joven indio, y, abandonando la escalera de piedra que tan valientemente había defendido, corrió hacia donde se encontraba el mestizo.

Allí se encontraron pecho contra pecho, tocándose las caras y confundiéndose las miradas en un relámpago de odio. Ni amigos ni enemigos podían acercarse a ellos, que, estrechamente abrazados, ni respiraban siquiera.

Andrés Certa irguióse contra Martín Paz, a quien se le había caído el puñal; pero, al levantar el brazo el mestizo, logró el indio asirlo antes que le hiriese. Andrés Certa intentó inútilmente desprenderse de su enemigo, quien, volviendo el puñal contra aquél, se lo clavó hasta el puño en el corazón.

Después, se arrojó en brazos del marqués de Vegal.

—¡A las montañas, hijo mío! —exclamó el marqués—. Huye a las montañas, te lo ordeno.

En aquel momento, presentóse el judío Samuel y se precipitó sobre el cadáver de Andrés Certa, arrancándole la cartera que llevaba en el bolsillo; pero Martín Paz, que lo había visto, se apresuró a apoderarse de ella, la abrió, la hojeó, exhaló un grito de alegría y, lanzándose hacia el marqués, le puso en la mano un papel que decía lo siguiente:

«He recibido del señor Andrés Certa cien mil duros, cantidad que me comprometo a devolverle si Sara, a quien salvé del naufragio del *San José*, no es hija y única heredera del marqués de Vegal.

»SAMUEL».

—¡Mi hija! —exclamó el español, y se precipitó en el aposento de Sara; pero ésta no estaba allí. El padre Joaquín, que, bañado en su propia sangre, se encontraba en aquella estancia, no pudo articular más que estas palabras:

—El Zambo..., robada..., río de Madera.

CAPÍTULO X

EL RAPTO Y SUS CONSECUENCIAS

EN marcha! —dijo Martín Paz.

Y el marqués siguió en silencio al indio. Le habían robado a su bija y necesitaba encontrarla.

Pusiéronse, ambos, calzones con correas en las rodillas, se cubrieron con grandes sombreros de paja, montó cada uno en una mula, después de haber puesto en las pistoleras buenas pistolas, y emprendieron la marcha, llevando, además, al costado una carabina. Martín Paz llevaba también un lazo, cuyo extremo iba sujeto al arzón de la silla.

Martín Paz conocía las llanuras y las montañas que iban a atravesar y sabía a qué país perdido llevaba el Zambo a su novia. ¡Su novia...! ¿Se atrevería a dar este nombre a la hija del marqués?

El español y el indio, sin más que una sola idea y con un solo propósito, penetraron en las gargantas de la cordillera, donde crecían los cocoteros y los pinos. Los cedros, los algodonereros, los álces quedaban tras ellos en las llanuras cubiertas de maíz. Algunos cactus espinosos picaban a veces a sus cabalgaduras, haciéndolas vacilar sobre la pendiente de los precipicios.

A la sazón era empresa difícilísima atravesar las montañas, porque las nieves se derretían a los rayos del sol de junio, el agua formaba cataratas espumeantes y estruendosas que se desprendían de las cumbres de los montes y rodaban hasta insondables abismos.



Era empresa difícilísima cruzar las montañas.

Esto no obstante, el marqués y Martín Paz corrían día y noche sin descanso un solo instante, hasta que llegaron a la cumbre de los Andes, a catorce mil pies sobre el nivel del mar. Allí no había ya árboles ni vegetación, y con frecuencia se veían envueltos en las terribles tempestades de la cordillera que levantaban torbellinos de nieve sobre los picos más elevados. El marqués deteníase a veces a su pesar, pero Martín Paz lo sostenía y lo abrigaba contra las inmensas ventiscas de nieve.

En aquel punto, el más elevado de los Andes, sometidos a un estado enfermizo, que hace temblar al hombre más intrépido, necesitaron hacer grandísimos esfuerzos de voluntad para resistir a la fatiga.

En la vertiente oriental de la cordillera encontraron, al fin, las huellas de los indios, y bajaron de las montañas.

Al llegar a las inmensas selvas vírgenes que tanto abundan en las llanuras situadas entre el Perú y el Brasil, Martín Paz tuvo necesidad de hacer uso de su extraordinaria sagacidad india para caminar a través de aquellos bosques inextricables.

Un fuego medio apagado, señales de pasos, la rotura de algunas ramas, la naturaleza de los vestigios, todo era para él objeto de un detenido examen.

El marqués temía que a su desgraciada hija la hubieran obligado a caminar a pie por las piedras y las arenas; pero el indio le mostró algunos guijarros incrustados en tierra que revelaban la presión del pie de un animal; por cima de sus cabezas vieron ramas que habían sido desviadas en la misma dirección, y que no podían ser alcanzadas sino por una persona a caballo. El marqués cobraba esperanzas, y Martín Paz iba tan confiado y era tan hábil que no había para él ni obstáculos insuperables ni peligros invencibles.

Una noche, Martín Paz y el marqués viéronse obligados a detenerse a causa del cansancio.

Habían llegado a las orillas de un río: eran las primeras corrientes del Madera, que el indio reconoció al punto. Inmensos manglares se inclinaban por encima de las aguas, uniéndose a los árboles de la otra orilla por medio de bejucos entrelazados de modo caprichoso.

¿Habían subido los raptores por la orilla? ¿Habían bajado la corriente del río o lo habían atravesado en línea recta? Éstas eran

las preguntas que se hacía Martín Paz. Siguiendo con pena infinita algunas huellas que había encontrado, llegó, costearo la orilla, hasta una explanada, algo menos oscura que el resto del bosque, donde encontraron huellas que revelaban que una partida de hombres había atravesado el río en aquel paraje.

Cuando Martín Paz trataba de orientarse, vio que se movía detrás de un matorral una especie de masa negra; preparó su lazo y se dispuso al ataque; pero, adelantándose algunos pasos, encontró una mula tendida en tierra y presa de las convulsiones de la agonía. El pobre animal, expirante, debía haber sido herido lejos del sitio adonde había llegado, como lo revelaba el largo rastro de sangre que encontró Martín Paz. Este hallazgo le hizo suponer que los indios, no pudiendo obligarla a atravesar el río, habían tratado de matarla a puñaladas. Desde aquel momento, ya no vaciló acerca de la dirección de sus enemigos y volvió al lado del marqués, a quien dijo:

—Mañana llegaremos.

—Marchemos en seguida —respondió el español.

—Pero tenemos que atravesar ese río.

—Lo atravesaremos a nado.

Ambos se desnudaron; Martín Paz reunió en un lío los vestidos, púsose éste sobre su cabeza, y los dos entraron silenciosamente en el agua para no despertar la atención de los peligrosos caimanes, que en gran número frecuentan los ríos del Brasil y del Perú.

Al llegar a la otra orilla, apresuróse Martín Paz a buscar las huellas de los indios; pero, por más que examinó las hojas y las piedras, no descubrió nada. Como la rapidísima corriente del río los había llevado bastante abajo, subieron por la orilla, donde encontraron señales evidentes del paso de los indios.

El Zambo había atravesado por allí el Madera con su tropa, que se había acrecentado al paso. Efectivamente, los indios de las llanuras y de las montañas, que esperaban impacientemente el triunfo de la rebelión, al conocer la traición de que habían sido objeto, lanzaron rugidos de cólera y siguieron a la tropa del viejo indio para sacrificar la víctima de la que se habían apoderado.

La joven, casi sin conciencia de lo que pasaba en tomo suyo, andaba porque las manos de los indios la empujaban hacia delante; pero, si la hubieran abandonado en aquellas soledades, no habría

avanzado un paso para librarse de la muerte. A veces recordaba al joven indio, y entonces caía como una masa inerte sobre el cuello de su mula. Cuando al otro lado del río viose precisada a seguir a pie a sus raptos, dos indios la obligaron a andar rápidamente, dejando tras de sí una huella de sangre.

Al Zambo le importaba poco que aquella sangre revelase la dirección que había tomado, porque estaba ya cerca del objeto de su excursión y pronto las cataratas del río resonaron con fuerza cerca de ellos.

Los indios llegaron a una especie de pueblecillo, compuesto de un centenar de cabañas de juncos entrelazados y de tierra.

Al verlos acercarse, salió del pueblo una multitud de mujeres y niños, dando grandes gritos de alegría; pero la alegría se trocó en cólera cuando se enteraron de la defección de Martín Paz.

Sara, inmóvil ante sus enemigos, miraba, casi sin verlos, todos aquellos rostros horribles que gesticulaban en tomo suyo, profiriendo en sus oídos las más terribles amenazas.

—¿Dónde está mi esposo? —decía una—. Tú eres quien lo ha matado.

—¿Qué has hecho de mi hermano, que no volverá ya a su cabaña?

—¡Que muera! ¡Cada uno de nosotros debe tener un pedazo de su carne! ¡Que muera!

Y aquellas mujeres, blandiendo puñales, agitando teas encendidas y levantando piedras enormes, acercábanse terriblemente amenazadoras a la joven.

—¡Atrás! —gritó el Zambo—. Que esperen todos la decisión de los jefes.

Las mujeres retrocedieron al oír las palabras del viejo indio, lanzando terribles miradas a la joven.

Sara, cubierta de sangre, encontrábase tendida sobre los guijarros de la orilla.

Más abajo de la aldea, estrechábase el Madera, en un lecho profundo, precipitando sus masas de agua con rapidez fulminante desde una altura de más de cien pies. Los jefes condenaron a Sara a ser arrojada a aquellas cataratas, sentencia que debía ejecutarse al salir el sol, a cuya hora la víctima sería atada a una canoa de corteza y abandonada a la corriente del Madera.

Así lo decidió el consejo, y si retardó hasta la mañana siguiente el suplicio de la víctima, fue con el propósito de ocasionarle mayor sufrimiento, haciéndole pasar una noche de angustias y de terrores.

Cuando se conoció la sentencia, fue acogida con aullidos de júbilo por todos los indios, de quienes se apoderó un delirante regocijo.

Fue una noche de orgía. El aguardiente fermentó en aquellas cabezas exaltadas, y una multitud de indios danzando y gritando rodearon a la joven, mientras otros corrían a través de los campos incultos, blandiendo teas de pino inflamadas.

Cuando el sol, disipando las sombras de la noche, mostró su disco de oro por Oriente, la mayoría de los indios se encontraban completamente borrachos.

La joven fue desatada del poste en que había pasado la noche y cien brazos quisieron a la vez arrastrarla al suplicio.

Cuando el nombre de Martín Paz se escapaba de sus labios, respondíanle inmediatamente gritos de odio y de venganza. Fue preciso subir por entre una inmensa aglomeración de rocas los senderos abruptos que conducían al nivel superior del río, adonde llegó la víctima toda ensangrentada. Una canoa de corteza de árbol la esperaba a cien pasos de la catarata, y en ella fue puesta y atada con ligaduras que le penetraban en las carnes.

—¡Venganza! —exclamó la tribu entera a una voz.

La canoa fue arrojada a las aguas y, arrastrada rápidamente por la corriente, giró sobre sí misma...

Dos hombres aparecieron en aquel momento en la orilla opuesta. Eran Martín Paz y el marqués.

—¡Mi hija, mi hija! —exclamó el marqués, cayendo de rodillas sobre la playa.

La canoa estaba ya a punto de precipitarse en la catarata, hacia donde corría con extraordinaria rapidez.

Martín Paz, de pie sobre una roca, lanzó su lazo, que giró en tomo de su cabeza en el instante preciso en que la embarcación iba a ser precipitada; se desarrolló la larga correa de cuero y su nudo corredizo apresó la canoa.

—¡Muera! —rugió la horda salvaje de los indios.

Martín Paz se levantó, y la canoa, suspendida sobre el abismo, no tardó en llegar hasta él.

Silbó una flecha en los aires y Martín Paz cayó sobre la barca de la víctima, yendo a sumergirse con Sara en el torbellino de la catarata.

Casi en el mismo instante cayó el marqués con el corazón atravesado por otra flecha.

El indio Martín Paz y Sara, hija del marqués de Vegal, habíanse desposado en el seno de las espumosas aguas de la catarata, para entrar en la vida eterna.

En su suprema reunión, la joven cristiana había impreso, con un ademán, en la frente del indio regenerado, el sello del bautismo.

EL MAESTRO ZACARÍAS

CAPÍTULO PRIMERO

UNA NOCHE DE INVIERNO

EN la punta occidental del lago a que debe su nombre, encuéntrase situada la ciudad de Ginebra, dividida en dos barrios distintos por el Ródano, que la atraviesa al salir del lago. El mismo río está separado por una isla fondeada entre sus dos orillas, en el centro de la población; pero esta disposición topográfica no es privativa de Ginebra, pues se ve reproducida frecuentemente en los grandes centros de comercio e industriales. Sin duda sedujo a los primeros habitantes la facilidad de transporte que les ofrecía el curso de los ríos, «camino que anda solo», según la frase de Pascal, y que, tratándose del Ródano, son caminos que corren.

Cuando no existían aún construcciones nuevas y regulares en la citada isla, especie de galeota holandesa en el centro del río, la maravillosa agrupación de edificios, apiñados unos sobre otros, ofrecía a la vista un aspecto encantador. La pequeña extensión de la isla había obligado a algunas de dichas construcciones a sobresalir sobre las estacas clavadas en las rudas corrientes del Ródano, que las sostenían. Aquellos gruesos maderos, ennegrecidos por el tiempo y roídos por las aguas, asemejábanse a las patas de un crustáceo gigantesco y producían un efecto fantástico. Algunas redes amarillentas, verdaderas telas de araña extendidas en el seno de aquella sustancia secular, se agitaban en la sombra como si fueran el follaje de antiguas selvas de robles; y el río, al pasar por el bosque de estacas, mugía lúgubremente.

El raro carácter de vetustez que tenía una de las casas de la isla llamaba poderosamente la atención. Esta casa era la vivienda del viejo relojero, el maestro Zacarías, que la habitaba con Geranda, su

hija, Alberto Thun, su aprendiz, y Escolástica, su anciana sirvienta.

El maestro Zacarías era un hombre extraordinario bajo cualquier aspecto que se le considerase. Su edad era un enigma para todo el mundo, pues nadie en Ginebra, por muy anciano que fuese, podía decir cuánto tiempo hacía que su cabeza, flaca y puntiaguda, vacilaba sobre sus hombros, ni qué día fue el primero en que se le vio andar por las calles de la población, con sus largos cabellos blancos flotando al aire. Más que vivir, aquel hombre oscilaba a la manera de los volantes de los relojes. Su rostro enjuto y cadavérico, que afectaba matices sombríos, tiraba a negro, como los cuadros de Leonardo de Vinci.

Geranda, la hija, ocupaba el aposento mejor de la vieja casa, de donde, por una ventana estrecha, contemplaba melancólicamente las nevadas cumbres del Jura; la alcoba y el taller del viejo ocupaban una especie de cueva situada casi al nivel del río, y cuyo piso descansaba directamente sobre las mismas estacas. Desde tiempo inmemorial, el maestro Zacarías no abandonaba sus habitaciones sino a la hora de comer y cuando iba a la ciudad a arreglar algún reloj. El resto del tiempo lo pasaba sentado frente a un banco cubierto de numerosas herramientas de relojería, de las cuales la mayor parte habían sido inventadas por él mismo.

Era hombre tan entendido que sus obras eran muy apreciadas en toda Francia y Alemania, y los operarios más industrioses de Ginebra reconocían su superioridad, hasta tal punto que, considerado como un honor para la población, lo mostraban a los extranjeros diciendo:

—A él pertenece la gloria de haber inventado la rueda de escape.

Efectivamente, con esta invención del maestro Zacarías nació el verdadero arte de la relojería, que tan extraordinaria importancia llegó más tarde a adquirir en Ginebra.

Terminado el trabajo, tan prolongado como maravilloso, el anciano colocaba todos los días, lentamente, las herramientas en su sitio, cubría con pequeños fanales las piezas finas que acababa de ajustar y dejaba en reposo la activa rueda de su torno; luego, alzaba una trampilla, practicada en el suelo de su taller, y pasaba allí horas enteras contemplando los brumosos vapores del Ródano, que se precipitaba a su vista.



«Y pasaba allí horas enteras...»

Una noche de invierno, al servir la anciana Escolástica la cena, en la que, siguiendo la antigua costumbre, tomaba parte el joven aprendiz, el maestro Zacarías permaneció impasible, y a pesar de ofrecérsele manjares cuidadosamente aderezados, se abstuvo de comer. Geranda, a quien preocupaba visiblemente la taciturnidad sombría de su padre, intentó distraerlo, pero ni las frases cariñosas de la hija ni la charla de Escolástica produjeron al anciano más impresión que los murmullos de la corriente, de los que, por lo común, no solía hacer caso.

Terminada la silenciosa cena, el maestro Zacarías se levantó de la mesa sin besar a su hija ni pronunciar una palabra, desapareció por la angosta puerta que conducía a sus habitaciones y bajó lentamente la escalera, que rechinó bajo sus pasos.

Geranda, Alberto y Escolástica permanecieron algunos instantes sin hablar.

Los tres estaban sumamente preocupados; pero, aunque no pronunciaban una palabra, no cesaban de pensar.

Aquella noche el tiempo era desapacible; las nubes se arrastraban pesadamente a lo largo de los Alpes, amenazando lluvia; los vientos del Mediodía rodaban en derredor, despidiendo siniestros silbidos, y el alma estaba inundada de tristeza.

Como Geranda, Alberto y Escolástica guardaban silencio, no se percibía en la estancia otro ruido que el que, promovido por los elementos, llegaba desde el exterior.

—¿Sabe usted, mi querida señorita —dijo, por fin, Escolástica—, que el señor está, desde hace unos días, muy ensimismado? ¡Virgen Santísima! Comprendo que no haya tenido apetito, porque las palabras se le han quedado en el vientre, y muy hábil tenía que ser el diablo para sacarle alguna.

—Mi padre tiene una pesadumbre cuya causa no sospecho siquiera —respondió Geranda, en cuyo rostro se reflejaba una dolorosa inquietud.

—No se deje usted abatir por la tristeza, señorita. Ya conoce las singulares costumbres del señor Zacarías. ¿Quién puede adivinar los secretos pensamientos que lo embargan? Seguramente ha tenido algún disgusto; pero mañana no se acordará y lamentará haber hecho sufrir a su hija.

Alberto era quien hablaba de este modo, contemplando a

Geranda.

Alberto, que era el único operario admitido por Zacarías en la intimidad de sus trabajos, porque apreciaba su inteligencia, discreción y bondad de alma, habíase apasionado de Geranda con esa fe misteriosa que preside las adhesiones heroicas.

Geranda era una joven de dieciocho años de edad. El óvalo de su rostro recordaba el de las vírgenes candorosas que la piedad cristiana conserva todavía en las esquinas de las calles de las viejas poblaciones de Bretaña, y sus ojos reflejaban una gran ingenuidad. Se la amaba como a la dulce realización del sueño de un poeta. Vestía con tanta sencillez como elegancia, y su ropa tenía el matiz y olor especial de los ornamentos de iglesia. Hacía vida mística en aquella ciudad de Ginebra, que no se había entregado aún al calvinismo, y mañana y tarde leía las oraciones latinas de su breviario.

Había comprendido qué clase de sentimientos inspiraba al joven Alberto, y sabía que era profunda la adhesión que el obrero le profesaba. Este, por su parte, condensaba, efectivamente, el mundo entero en la vieja casa de Zacarías, y pasaba todo el tiempo que el trabajo le dejaba libre al lado de la joven.

La vieja Escolástica todo lo veía, pero no decía nada, empleando su locuacidad en comentar las desgracias de la época y las pequeñas miserias de las faenas domésticas. Nadie la contrariaba, pues con ella ocurría lo mismo que con las cajas de música que se fabricaban en Ginebra: después de montadas, tenían que romperse si no se querían oír todas las sonatas que contenían.

Al ver a Geranda sumida en doloroso abatimiento, Escolástica abandonó su asiento de madera, puso un cirio en un candelero, lo encendió y lo colocó cerca de una Virgen de cera, protegida por un nicho de piedra.

De ordinario, se arrodillaban ambas mujeres delante de la Virgen, protectora del hogar doméstico, para rogarle que extendiera su benéfica gracia sobre la noche próxima; pero, en esta ocasión, Geranda permaneció impasible en su puesto.

—Bueno, mi querida señorita —dijo Escolástica con asombro—, ya hemos concluido de cenar y es la hora de despedirse. ¿Quiere usted fatigarse la vista con vigiliass prolongadas? ¡Ah, Virgen Santísima! ¡Ha llegado el momento de dormir y soñar cosas

agradables! En la maldita época en que vivimos, ¿quién puede prometerse un día dichoso?

—¿No convendrá llamar a un médico para que vea a mi padre?
—preguntó Geranda.

—¡Un médico! —exclamó la anciana—. ¿Ha hecho caso alguna vez de los médicos el maestro Zacarías? ¿Ha seguido alguna vez sus prescripciones? Puede haber medicina para los relojes, pero no para los cuerpos.

—Es, sin embargo, preciso adoptar alguna determinación —repuso la joven—. No quiero ver enfermo a mi padre.

—Tampoco yo quiero ver enfermo al señor; pero, como tengo seguridad de que no ha de tomar ninguna medicina, es inútil molestar al médico.

—¿Qué hacemos, entonces? —preguntó Geranda—. ¿Ha reanudado el trabajo? ¿Reposará ya?

—Geranda —dijo entonces Alberto—, su padre sólo sufre una contrariedad moral.

—¿Sabe usted qué contrariedad lo apesadumbra, Alberto?

—Tal vez, Geranda.

—Pues dígala —exclamó vivamente Escolástica, apagando su cirio con parsimonia.

—Hace algunos días —explicó el joven— que sucede una cosa incomprensible. Todos los relojes que su padre ha fabricado y vendido de varios años a esta parte se paran de pronto; le han traído muchos para que los arregle: los ha desarmado cuidadosamente y ha visto que los muelles están en buen estado, lo mismo que las ruedas; pero, a pesar de eso, no le ha sido posible hacerlos andar, después de armarlos de nuevo.

—¡Eso es cosa del diablo! —exclamó Escolástica.

—¿Qué quieres decir? —replicó Geranda—. El hecho es muy natural. Todo está limitado en la tierra, y de las manos del hombre no puede salir una obra perfecta.

—No es menos cierto —dijo el obrero— que lo que sucede es algo extraordinario y misterioso. Yo mismo he ayudado al maestro Zacarías a buscar la causa del desarreglo de los relojes, sin poder encontrarla, y en más de una ocasión me he desesperado y se me han caído de las manos las herramientas. Realmente, lo que ocurre no tiene explicación ni obedece a una causa manifiesta.

—Entonces —replicó Escolástica—, ¿por qué se entregan ustedes a ese trabajo endemoniado? ¿Es natural que un pedazo de latón ande solo y señale las horas? ¿No es suficiente el reloj solar?

—No hablaría como lo hace, Escolástica —interrumpió Alberto—, si supiera que el reloj solar fue inventado por Caín.

—¡Dios mío! ¿Qué me dice?

—¿Cree —preguntó ingenuamente Geranda— que puede pedirse a Dios que devuelva la vida a los relojes construidos por mi padre?

—Sin duda alguna —respondió el joven obrero—. A Dios se le puede pedir todo cuanto contribuya a calmar nuestras aflicciones y a tranquilizar nuestro espíritu atribulado.

—Esas oraciones son inútiles —gruñó la vieja—; pero Dios la perdonará por la intención.

El cirio fue encendido de nuevo, y Escolástica, Geranda y Alberto se arrodillaron sobre las baldosas del piso, y la joven rezó por el alma de su madre, por la santificación de la noche, por los presos, por los viajeros, por los buenos, por los malos y, sobre todo, por las desconocidas tristezas de su padre.



Escolástica, Geranda y Alberto se arrodillaron.

Levantáronse luego los tres devotos con alguna esperanza en el corazón, satisfechos de haber depositado sus penas en el seno del Omnipotente.

La oración había reconfortado sus almas.

Alberto se fue a su habitación, Geranda sentóse, pensativa, junto a la ventana, en tanto que las últimas luces iban extinguiéndose en la ciudad de Ginebra, y Escolástica, después de apagar los tizones de la chimenea derramando agua sobre ellos, y de haber corrido los dos enormes cerrojos de la puerta, tendióse sobre la cama, donde no tardó en soñar que se moría de miedo.

La crudeza de aquella noche de invierno había aumentado. A veces, con los torbellinos del río, el viento introducíase entre las estacas, poniendo en conmoción toda la casa; pero la joven, absorta en su pensamiento, sólo se acordaba de su padre. Desde que Alberto le había notificado lo que él sabía, la enfermedad del relojero había adquirido proporciones fantásticas en su imaginación, pareciéndole que aquella existencia, simplemente mecánica, no se moría sino con esfuerzo sobre sus gastados ejes.

De pronto, la hoja exterior de la ventana, impelida violentamente por el viento, abatióse sobre el alféizar, y Geranda se estremeció y se puso en pie de un salto, sin reparar la causa del ruido que acababa de sacarla de su arrobamiento. Después, algo más tranquila, abrió la ventana. Llovía a torrentes, y el agua, al caer, resonaba en los tejados circunvecinos. Inclínose la joven hacia fuera para retener la hoja sacudida por el aire, pero tuvo miedo; le pareció que la lluvia y el río, confundiendo sus aguas tumultuosas, sumergían la frágil vivienda, cuyas maderas no cesaban de crujir. Quiso salir de su aposento; pero se contuvo al divisar bajó sus pies la reverberación de una luz que debía de proceder del taller de Zacarías, y, en uno de los intervalos brevísimos en que los elementos enmudecían, llegaron a su oído rumores plañideros. Intentó cerrar la ventana y no lo consiguió, porque el viento la empujaba con violencia, como al malhechor que penetra en una habitación.

Geranda creyó perder el juicio. ¿Qué estaba haciendo su padre? Abrió la puerta, que se le escapó de las manos, y se encontró en el oscuro corredor, logrando llegar, a tientas, a la escalera que conducía al taller del maestro Zacarías, en el que se deslizó pálida y

moribunda.

El anciano relojero estaba de pie en medio de la estancia, donde resonaban los bramidos del río. Sus erizados cabellos le daban un aspecto siniestro, y hablaba y gesticulaba sin ver ni oír.

Geranda se quedó escuchando.

—¡Es la muerte! —decía el maestro Zacarías con voz sorda—. ¡Es la muerte...! ¿Qué me queda de vida después de haber esparcido mi existencia por el universo? ¡Porque yo, el maestro Zacarías, soy el verdadero creador de todos los relojes que he fabricado! ¡Es una parte de mi alma lo que he encerrado en cada una de aquellas cajas de hierro, plata u oro! ¡Cada vez que uno de esos malditos relojes se para, advierto que mi corazón deja de latir, porque los regulé por mis pulsaciones!

Geranda, en cuyos oídos resonaban como una blasfemia las palabras que acababa de pronunciar su padre, no del todo comprensibles para eŪa, se estremecía de espanto.

Y, mientras hablaba, el anciano contemplaba su mesa de trabajo.

Sobre ella estaban todas las piezas de un reloj que había desarmado con sumo cuidado.

Cogió un barrilete, especie de cilindro hueco en el que está encerrado el muelle, y sacó la espiral de acero, que, en vez de estirarse con arreglo a las leyes de su elasticidad, permaneció enroscada como una víbora adormecida, semejante a esos viejos impotentes cuya sangre concluye por congelarse. El maestro Zacarías trató de desenvolverla con sus enflaquecidos dedos, cuya sombra se proyectaba, prolongándose desmesuradamente, en la pared; pero le fue imposible conseguido, y, dejando escapar un terrible grito de cólera, la arrojó por la ventanilla a las tumultuosas aguas del Ródano.

Geranda, con los pies clavados en el suelo, permanecía impasible, no atreviéndose ni aun a respirar. Anhelaba acercarse a su padre; pero no podía.

De repente oyó una voz que en la sombra le susurraba al oído:

—Geranda, querida Geranda. El dolor no os permite descansar. Acuéstese, se lo ruego, porque la noche está fría.

—¡Alberto! —murmuró la joven a media voz—. ¡Usted aquí!

—¿No debía inquietarme lo que la inquieta?

Estas dulces palabras devolvieron la sangre al corazón de la

joven, que se apoyó en el brazo del obrero diciéndole:

—Mi padre está muy enfermo, Alberto, y usted es el único que lo puede curar, porque esa afección del alma no cedería ante los consuelos de su hija. Hállase acometido por un accidente muy natural, y trabajando con él en el arreglo de sus relojes le devolverá el juicio. ¿No es verdad, Alberto —agregó aún impresionada—, que su vida se confunde con la de los relojes?

Alberto guardó silencio.

—¿Es, acaso, que el oficio de mi padre está condenado por Dios? —preguntó Geranda, estremeciéndose.

—No lo sé —respondió el obrero, que calentó con sus manos las de la joven—. Pero váyase a su aposento, querida amiga, y con el reposo recobre la esperanza.

Geranda se fue lentamente a su habitación, donde permaneció hasta que apareció la luz del nuevo día, sin que el sueño cerrase sus párpados, mientras el maestro Zacarías, siempre mudo e inmóvil, contemplaba el Ródano, cuyas aguas se deslizaban ruidosamente a sus pies.

Aquella noche tampoco fue muy profundo el sueño de Alberto, quien, antes de dormirse, pasó largo rato cavilando en lo que podría hacer para ayudar al maestro Zacarías a salir de la situación embarazosa que el injustificado desarreglo de los relojes le había creado.

CAPÍTULO II

EL ORGULLO DE LA CIENCIA

CONOCIDA la honradez con que en todos los negocios proceden los mercaderes ginebrinos, cuya rectitud y formalidad son proverbiales, debe suponerse la vergüenza que tendría el maestro Zacarías al ver que de todas partes le devolvían los relojes que con tanta solicitud había construido.

Desgraciadamente, era demasiado cierto que los relojes se paraban de pronto sin ninguna causa aparente, puesto que todas las ruedas y tomillos se encontraban en buen estado y perfectamente colocados. Indudablemente, los muelles habían perdido toda su elasticidad y el relojero trató de reponerlos, pero en vano: las ruedas continuaban inmóviles.

Estos inexplicables desarreglos produjeron un daño inmenso al maestro Zacarías, cuyas magníficas invenciones le habían hecho con frecuencia sospechoso de brujería, y estas sospechas fueron desde entonces tomando consistencia. Estos rumores llegaron a oídos de Geranda, quien tembló muchas veces por su padre, cuando advertía que lo miraban insistente e intencionadamente.

Sin embargo, al siguiente día de aquella noche de angustias, el maestro Zacarías pareció entregarse al trabajo con alguna confianza. El sol de la mañana le había infundido cierto valor. Alberto no tardó en presentarse en el taller, donde fue recibido y saludado con suma afabilidad.

—¿Cómo se encuentra hoy de salud? —preguntó el aprendiz con cariñosa solicitud.

—Ya estoy mejor —dijo el viejo relojero—. Anoche me acometieron unos extraños dolores, que el sol ha ahuyentado al

disipar las tinieblas.

—En realidad, maestro, no me agrada la noche ni para usted ni para mí —respondió Alberto.

—Y tienes razón, hijo. Si alguna vez llegas a ser hombre superior, comprenderás que la luz del día es tan necesaria al hombre como el alimento. Un sabio eminente se debe a los homenajes que el resto de la Humanidad le tributa.

—Maestro, ya se apodera otra vez de usted el pecado del orgullo.

—¡Orgullo, Alberto! Destruye mi pasado, aniquila mi presente, desvanece mi porvenir, y me será entonces permitido vivir en la oscuridad. Eres un infeliz que no comprendes las sublimidades con que todo mi arte se relaciona. ¿Acaso eres algo más que una herramienta entre mis manos?

—Sin embargo, maestro, he merecido más de una vez sus alabanzas por mi manera de ajustar las piezas más delicadas de sus relojes.

—Eres, sin duda alguna, un buen operario a quien aprecio; pero, cuando trabajas solo, crees tener entre las manos latón, oro o plata, y no comprendes que esos metales, animados por mi genio, palpitan como carne viva. No, tú no morirás de la muerte de tus obras.

Y como, después de decir esto, guardara silencio el maestro Zacarías, su operario Alberto trató de reanudar la conversación.

—Francamente, maestro, me agrada verlo trabajar de ese modo sin descanso, porque así, cuando llegue la fiesta del gremio, estará desocupado, a juzgar por lo adelantada que lleva la construcción de ese reloj de cristal.

—Seguramente, Alberto —dijo el anciano—; y no será honra despreciable para mí el haber conseguido tallar y recortar esta materia que posee la dureza del diamante. Luis Berghem ha obrado cuerdamente al perfeccionar el arte de los diamantistas, puesto que con ello he podido pulir y agujerear las piedras más duras.

El maestro Zacarías tenía en sus manos, en aquel momento, piecitas de relojería de cristal tallado y de una labor maravillosa. Las ruedas, los ejes, la caja de aquel reloj eran de la misma materia, obra de grandísima dificultad, en la que había desplegado un talento verdaderamente extraordinario.

—¿No es cierto —preguntó, enrojando hasta el extremo de

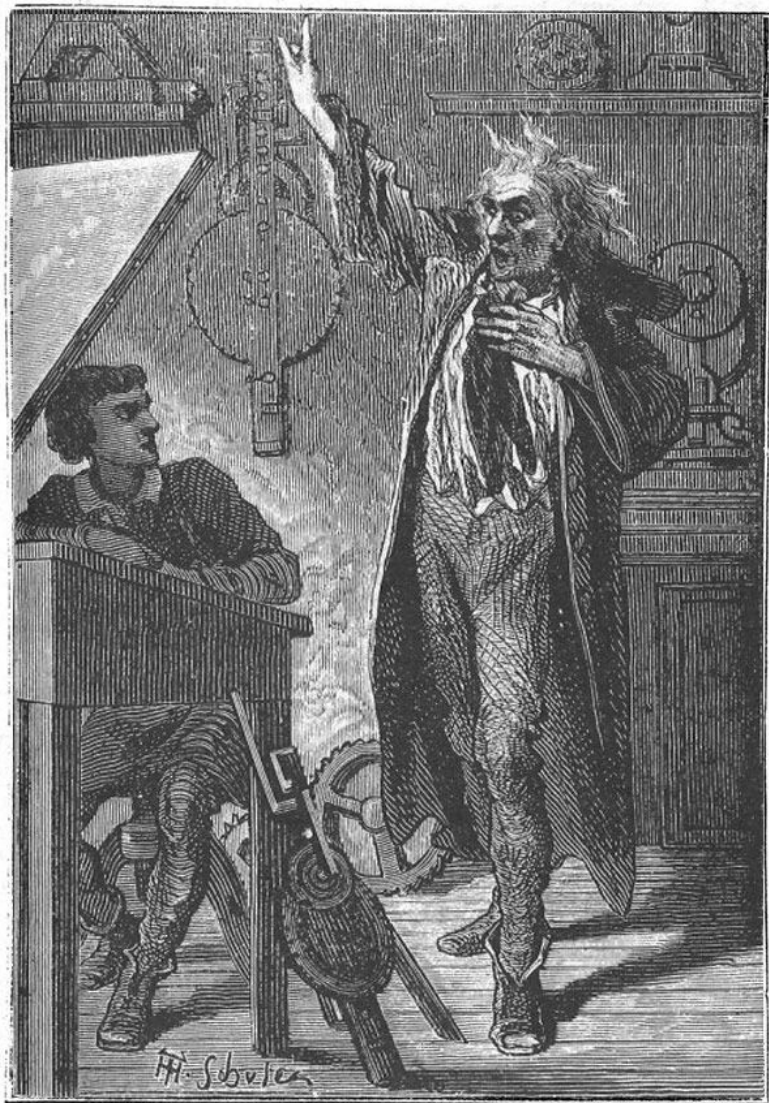
adquirir sus mejillas un intenso color púrpura— que será hermoso ver cómo palpita este reloj al través de su caja transparente y poder contar los latidos de su corazón?

—Seguramente, maestro, no discrepará un segundo por año.

—Así es, en efecto. ¿Por ventura no dejé ahí lo más puro de mí mismo? ¿Acaso varía mi corazón?

Alberto no se atrevió a mirar frente a frente al anciano.

—Háblame con franqueza —prosiguió Zacarías—. ¿No has creído alguna vez que estoy loco? ¿No crees a veces que me entrego a desastrosas demencias? ¿Verdad que sí? En los ojos de mi hija y en los tuyos he leído con frecuencia mi condenación. ¡Oh! —añadió entristecido—. ¡No ser comprendido siquiera por los seres más amados del mundo! Pero a ti, Alberto, te demostraré claramente que tengo razón. No muevas la cabeza, porque vas a quedarte asombrado. El día en que me comprendas, verás que he descubierto la existencia y los secretos de la misteriosa unión del alma con el cuerpo.



No muevas la cabeza, porque vas a quedarte asombrado.

Y, al decir esto, el maestro Zacarías mostrábase soberbio de fiereza. Brillaban sus ojos con fuego sobrenatural, y el orgullo le hinchaba las venas. Realmente, si la vanidad puede estar justificada alguna vez, la del anciano sería legítima, por el impulso grandísimo que había dado al arte de la relojería, con la invención de la rueda de escape. La relojería había permanecido casi en la infancia del arte hasta que él la hizo adelantar. Desde que Platón había inventado, 400 años antes de la Era cristiana, el reloj nocturno, especie de clepsidra que anunciaba las horas de la noche por medio del sonido y las notas de una flauta, la ciencia había permanecido poco menos que estacionaria. Los maestros trabajaron entonces más como artistas que como mecánicos, y aquélla fue la época en que se construyeron los magníficos relojes de hierro, cobre, madera, plata y otras materias, tan perfectamente esculpidos como un jarrón de Cellini. Cuando la imaginación del artista dejó a un lado la perfección plástica, aplicóse a construir esos relojes con figuras de movimiento y piezas musicales, dispuesto todo de un modo muy hábil. Verdad es que en aquella época eran contadas las personas que se cuidaban de medir la marcha del tiempo, porque no se habían inventado aún los plazos de los créditos y vencimientos de pagarés; las ciencias físicas y astronómicas no basaban sus cálculos en medidas rigurosamente exactas; ni había establecimientos que se cerraran a una hora fija, ni trenes cuya salida estuviese señalada basta por segundos. Al ponerse el sol se daba el toque de queda, y durante la noche se cantaba la hora en medio del silencio. Sin duda alguna, midiendo la existencia por el número de negocios realizados, se vivía entonces menos, pero, en cambio, se vivía mejor. Se disfrutaba un gran placer espiritual contemplando las obras maestras, y las de arte no se ejecutaban con la incomprensible rapidez que en la actualidad, porque se necesitaban dos siglos para construir una iglesia, un pintor no hacía más que unos cuantos cuadros en toda su vida, y un poeta no componía más que un poema eminente, pero todos estos trabajos eran otras tantas obras maestras que los siglos se encargaban de apreciar. Cuando las ciencias exactas realizaron al fin algunos progresos, la relojería siguió su impulso, pero tropezó siempre con una dificultad insuperable: la medida regular e incesante del tiempo.

Ahora bien, en medio de aquella paralización, inventó el

maestro Zacarías la rueda de escape, que le permitió obtener una regularidad matemática, sometiendo el movimiento del péndulo a una fuerza continua.

Desgraciadamente, esta invención había hecho perder el juicio al ginebrino, en cuyo corazón ascendió el orgullo, como el mercurio en el termómetro, hasta llegar a la temperatura de las demencias incurables. Por analogía habíase dejado arrastrar a consecuencias materialistas, y, al fabricar sus relojes, creía haber sorprendido los secretos de la unión del alma con el cuerpo.

Por eso aquel día, al advertir que Alberto lo escuchaba con atención, le dijo con sencillez, pero profundamente convencido:

—¿Sabes qué es la vida, hijo mío? ¿Comprendes la acción de los muelles que producen la existencia? ¿Has mirado dentro de ti mismo? No, y, sin embargo, la ciencia te habría podido hacer ver la íntima relación que existe entre la obra de Dios y la mía, porque de la criatura humana copié la combinación mecánica de mis relojes.

—Maestro —dijo rápidamente Alberto—, ¿se atreve a comparar una máquina de latón y acero con ese hálito de Dios llamado alma, que anima los cuerpos como el aire mueve las flores? ¿Acaso existen ruedas imperceptibles que pongan en movimiento nuestras piernas y nuestros brazos? ¿Qué piezas podría haber tan bien ajustadas que nos hicieran pensar?

—No es ésa la cuestión —respondió tranquilamente el maestro Zacarías, aunque con la obstinación del ciego que camina hacia el abismo—. Para comprenderme, recuerda el objeto de la rueda de escape que he inventado. Cuando advertí la irregularidad de la marcha de los relojes, comprendí que el movimiento encerrado en él no bastaba, y que era absolutamente indispensable someterlo a la regularidad de otra fuerza independiente. Entonces se me ocurrió que el péndulo podía prestar este servicio, y conseguí regularizar sus oscilaciones. ¿No fue una idea sublime la de hacerle recobrar su fuerza por la marcha misma del reloj, cuyos movimientos estaba destinado a regularizar?

Alberto hizo una señal de asentimiento; pero se abstuvo de hablar.

—Ahora, Alberto —prosiguió el anciano, animándose—, contéplate a ti mismo. ¿No comprendes que en nosotros existen dos fuerzas distintas, la del alma y la del cuerpo, o, lo que es lo

mismo, un movimiento y un regulador? El alma es el principio de la vida; luego el alma es el movimiento. Que éste sea producido por una pesa, por un muelle o por una influencia material, de todos modos reside en el corazón; pero, como sin el cuerpo el movimiento sería desigual, irregular e imposible, el cuerpo regulariza el alma y, como el péndulo, está sometido a oscilaciones ordenadas. Tan cierto es lo que digo, que no se disfruta de salud cuando el comer, el beber, el dormir y, en suma, todas las funciones fisiológicas no están bien ordenadas. Lo mismo que en mis relojes, el alma devuelve al cuerpo la fuerza que las oscilaciones le hacen perder. Ahora bien, ¿quién realiza esa unión íntima del cuerpo con el alma, sino una maravillosa rueda de escape por medio de la cual uno de los elementos engrana perfectamente en el otro? Esto es lo que he adivinado y aplicado, y ya no hay secretos para mí acerca de esta vida, que, a fin de cuentas, no es otra cosa que una ingeniosa máquina.

El maestro Zacarías que, sumido en aquella alucinación, se transportaba hasta los últimos misterios del infinito, ofrecía un aspecto digno de ser contemplado; pero su hija Geranda, detenida en el umbral de la puerta de la estancia, lo había oído todo, y, sin pronunciar una palabra, se arrojó en brazos del anciano, que la estrechó convulsivamente contra su pecho.

—¿Qué te sucede, hija? —le preguntó el maestro Zacarías.

—Si yo no tuviera más que un muelle aquí —contestó la joven, poniéndose la mano sobre el corazón—, no os amaría tanto, padre mío.

El maestro Zacarías miró con fijeza a su hija y se abstuvo de responder.

De repente exhaló un grito, llevóse presuroso la mano al corazón y cayó desmayado sobre un sillón de cuero.

—Padre mío, ¿qué le sucede? —inquirió la joven, angustiada.



Padre mío, ¿qué le sucede?

—¡Socorro! —gritó Alberto—. ¡Escolástica!

Pero la anciana tardó en acudir, porque habían dado un aldabonazo en la puerta de entrada y fue a ver quién era.

Cuando llegó al taller, antes de abrir la boca, el anciano relojero, recobrando los sentidos, le dijo:

—Seguramente, mi buena Escolástica, me traes otro de esos malditos relojes que no quieren andar.

—¡Jesús! ¡Es cierto! —respondió la sirvienta, entregando un reloj al joven operario.

—Mi corazón no puede equivocarse —agregó el anciano, suspirando.

Mientras tanto, Alberto había dado cuerda al reloj que acababa de entregarle Escolástica; pero el reloj no andaba.

—¿Será verdad —preguntó en voz baja la sirvienta al aprendiz— que, como dicen las gentes que envidian la habilidad del maestro Zacarías, el diablo ha tomado parte en la construcción de estos relojes que se descomponen sin causa aparente?

—No digas disparates, Escolástica —contestó indignado Alberto.

—No; yo no creo lo que dice el vulgo —repuso la sirvienta—, porque el amo es persona muy piadosa, y por eso paso mucho tiempo en tratar de convencer, a los que propalan semejantes infundios, de que lo calumnian.

—Bien, basta de charla —replicó el aprendiz, poniendo término a la enojosa conversación.

CAPÍTULO III

UNA VISITA EXTRAÑA

GERANDA hubiera visto extinguirse su vida al mismo tiempo que la de su padre si el amor que le profesaba Alberto no la hubiese tenido ligada al mundo.

El viejo relojero iba consumiéndose poco a poco. Sus facultades disminuían evidentemente concentrándose en un pensamiento único. En virtud de la asociación de ideas, todo lo relacionaba con su monomanía, y la vida terrestre parecía retirarse en él para dar lugar a la existencia sobrenatural de las potencias intermedias. A causa de esto, algunos competidores suyos, mal intencionados sin duda, hicieron de nuevo circular los rumores de que el maestro Zacarías fabricaba sus relojes con la ayuda de Satanás.

La confirmación de los inexplicables desarreglos que sufrían sus relojes produjo un efecto prodigioso entre los demás relojeros de Ginebra.

¿A qué se debía aquella repentina paralización de las ruedas, y por qué aquellas singulares relaciones que parecían tener con la vida de Zacarías?

Misterios eran éstos que se mencionaban siempre con secreto terror. En las diversas clases sociales, desde el aprendiz hasta el señor, todos cuantos usaban los relojes del viejo Zacarías pudieron observar por sí mismos lo extraño del hecho. En vano quisieron acercarse al maestro Zacarías, porque éste cayó enfermo, y su hija le sustrajo a aquellas visitas, que degeneraban en quejas y recriminaciones.

Las medicinas y los médicos fueron impotentes para evitar el decaimiento orgánico del anciano, cuya causa era completamente

desconocida. A veces parecía que el corazón del viejo relojero dejaba de latir, y de nuevo volvía a palpar con regularidad inquietante.

No ocurría lo mismo con sus relojes, que, una vez parados, no había medio de volver a ponerlos en marcha.

Como entonces había la costumbre de someter los trabajos de los maestros a la apreciación del pueblo, y los jefes de los distintos gremios procuraban distinguirse por la novedad o perfección de sus obras, la situación del maestro Zacarías inspiró la más ruidosa lástima, pero lástima interesada, porque sus rivales lo compadecían tanto más cuanto menos lo temían. Recordaban los ruidosos triunfos que había obtenido el viejo relojero al exponer a la admiración pública sus magníficos relojes de pared con figuras movibles, y los de bolsillo con repetición, que causaban el asombro general y eran vendidos a precios fabulosos en las ciudades de Francia, Suiza y Alemania.

Sin embargo, merced a los asiduos cuidados de Geranda y de Alberto, la salud del maestro Zacarías pareció asegurarse un tanto, y en medio de la quietud que le dejó la convalecencia, consiguió desechar las ideas que lo absorbían.

Tan pronto como pudo andar, su hija lo sacó de casa, donde no dejaban de presentarse parroquianos descontentos.

Alberto quedábase en el obrador armando y desarmando los relojes rebeldes; pero al pobre mozo le era imposible comprender la razón de aquello, y se agarraba la cabeza con ambas manos temiendo perder el juicio como su amo.

Geranda hacía pasear a su padre por los lugares más amenos de la población: unas veces le presentaba el brazo para que se apoyara en él y lo llevaba a San Antonio, desde donde puede esparcirse la vista por la ladera de Cologny y el lago, y otras iban a contemplar, al amanecer, los pinos gigantescos del monte Buet, que se destacaba en el horizonte. Geranda citaba los nombres de aquellos sitios, y el pobre anciano, que parecía estar completamente desmemoriado, tenía una alegría infantil al saber por boca de la hija todas aquellas cosas cuyo recuerdo habíase extraviado en su cabeza. El maestro Zacarías se apoyaba en el brazo de la joven, y las dos cabelleras, blanca y rubia, iluminadas por el mismo rayo de sol, confundíanse en una sola.

Esto hizo comprender al anciano que no estaba solo en el mundo. Al ver a su hija joven y hermosa, y él viejo y quebrantado, pensó que después de su muerte quedaría ella sola y sin apoyo, y observó cuanto le rodeaba.

Muchos jóvenes obreros de Ginebra habían aspirado al amor de Geranda; pero ninguno logró introducirse en el retiro impenetrable en que vivía la familia del relojero, por lo que éste, en aquel momento lúcido, no pudo elegir para esposo de su hija a otro que Alberto Thun.

Hecha la elección, observó que los jóvenes se amaban, y las oscilaciones de sus corazones parecieronle isócronas, y así lo dijo un día a Escolástica.

La vieja sirvienta, literalmente gozosa de la frase, aunque no la comprendía, juró, por su santa patrona, que antes de una hora lo sabría toda la ciudad.

El maestro Zacarías viose obligado a hacer grandes esfuerzos para calmarla, obteniendo, al fin, la promesa de guardar secreto acerca de aquella revelación, no obstante lo cual lo notificó a cuantas personas quisieron oírla.

Consecuencia de esto fue que, sin saberlo aún Geranda y Alberto, hablábase en toda Ginebra de su próximo enlace; pero siempre que se sostenían estas conversaciones, oíase una risotada singular y una voz que decía:

—¡Geranda no se casará nunca con Alberto!

Si los que conversaban se volvían para ver a la persona que había hecho semejante afirmación, encontrábanse frente a un vejete a quien no conocían.

¿Qué edad tema aquel extraño personaje?

Nadie habría podido decirlo. Comprendíase que debía existir desde muchos siglos antes, y nada más.

Su gran cabeza aplastada apoyábase en irnos hombros descomunales, cuya amplitud igualaba la altura de su cuerpo, que no excedía de tres pies.

Este personaje habría figurado muy bien en un zócalo de péndola, porque el balancín hubiera podido oscilar desahogadamente dentro de su pecho. Su nariz asemejábase al gnomon de un reloj solar por lo aguda y delgada. Sus dientes, espaciados y de superficie epicicloide, parecían los engranajes de

una máquina y rechinaban bajo los labios; su voz tenía el timbre metálico de una campana, y su corazón palpitaba como el tictac de un péndulo.

Aquel hombre, cuyos brazos se movían de igual modo que las agujas de un reloj, andaba a saltos sin volverse jamás, y todo el que lo seguía podía observar que caminaba una legua por hora, con una marcha aproximadamente circular.

Hacía poco tiempo que tan extraño personaje vagaba, o, por mejor decir, rodaba, por la ciudad; pero se advirtió que, cotidianamente, cuando pasaba el sol por el meridiano, se detenía él delante de la catedral de San Pedro y, después de sonar las doce campanadas del mediodía, reanudaba la marcha. Fuera de este momento preciso veíasele en los carrillos en que se hablaba del viejo relojero, y todos se preguntaban con espanto qué relaciones, podían existir entre él y el maestro Zacarías. Por lo demás, observábase que no perdía de vista al anciano ni a su hija durante sus paseos.

El aspecto siniestro del vejete, la frecuencia con que se le veía cerca del maestro Zacarías y las misteriosas palabras que se le habían oído pronunciar acrecentaron los rumores que acerca del relojero circulaban desde que sus relojes habían empezado a descomponerse, y, para muchas personas, era ya un hecho indudable que el viejo que en todas partes estaba y que nadie conocía era el mismo Satanás.

Hasta tal extremo llegó el terror de los ginebrinos inspirado por el vejete, que muchos, al verlo desde lejos, variaban de dirección y se alejaban a toda prisa santiguándose.

Un día, en el Parral de Ginebra, al advertir Geranda que el monstruo la miraba sonriendo, se estrechó contra su padre, muy asustada.

—¿Qué te ocurre, hija mía? —preguntó el maestro Zacarías.

—No lo sé —respondió la joven.

—¡Te encuentro demudada, hija mía! —dijo el anciano—. ¿Vas ahora a enfermar tú también? Bueno —añadió sonriendo tristemente—, será necesario que te cuide, y lo sabré hacer perfectamente.

—Padre mío, no es nada. Tengo frío, y me parece que es...

—¿Qué, Geranda?

—La presencia de ese hombre que nos sigue a todas partes —respondió la joven bajando la voz.

El maestro Zacarías volvióse hacia el fenómeno.

—Francamente, marcha bien —dijo muy satisfecho—, porque son las cuatro en punto. No temas nada, hija mía; no es un hombre, es un reloj.

Geranda miró a su padre aterrorizada.

¿Cómo había podido ver el maestro Zacarías la hora que era en el rostro de aquella espantosa criatura?

—A propósito —prosiguió el anciano relojero, sin ocuparse más en este incidente—, hace varios días que no veo a Alberto.

—Sin embargo, padre mío, no nos deja —respondió Geranda, tranquilizándose por completo.

—¿Qué hace, entonces?

—Trabaja, padre mío.

—¡Ah! Se ocupa en componer mis relojes, ¿no es verdad? Pero no ha de lograrlo nunca, porque no es una compostura lo que necesitan, sino una resurrección.

Geranda guardó silencio.

Sin duda, no había comprendido lo que su padre le acababa de decir.

—Necesito saber —agregó el maestro Zacarías— si llevaron a casa más relojes de esos que parece haber maldecido el diablo.

Y, dichas estas palabras, el anciano relojero no volvió a pronunciar ninguna más hasta el momento en que llamó a la puerta de su casa.

Cuando hubo entrado, bajó al taller por vez primera después de su convalecencia, mientras que Geranda se retiraba a su aposento.

En el instante en que el maestro Zacarías entró en la estancia en que tenía el obrador, uno de los numerosos relojes colgados en la pared dio las cinco.

De ordinario, las diferentes campanas de aquellos relojes, admirablemente regulados, sonaban al mismo tiempo, regocijando su concordancia el corazón del anciano; pero aquel día dieron la hora unos tras otros, de suerte que durante quince minutos ensordecieron el oído con sus toques sucesivos.

El maestro Zacarías sufría horriblemente y, no pudiendo permanecer quieto, iba de una parte a otra examinando los relojes,

marcándoles el compás, como el director de orquesta que ha perdido el dominio sobre sus músicos.

Pero, como los relojes eran máquinas mecánicas y no personas que manejasen instrumentos, siguieron sonando unos después de otros, sin hacer caso del compás que pretendía marcarles el relojero.

Cuando se hubo extinguido el sonido de la última campanada, se abrió la puerta del taller y apareció el vejete, cuya presencia hizo estremecer al maestro Zacarías.

—Maestro —preguntó el recién llegado—, ¿puedo hablarle unos instantes?

—¿Quién es usted? —preguntó bruscamente el relojero.

—Un colega. Estoy encargado del arreglo de la marcha del sol.

—¡Ah!, ¿conque está encargado de arreglar la marcha del sol? —replicó vivamente el maestro Zacarías, sin pestañear—. Pues no lo felicito. Su sol anda muy mal, y para marchar al unísono con él tenemos que adelantar o atrasar los relojes a cada momento.

—¡Por el diablo, juro que tiene razón, maestro! Mi sol no siempre señala el mediodía al mismo tiempo que sus relojes; pero no tardará en saberse que eso obedece a la desigualdad del movimiento de traslación de la Tierra y se inventará un mediodía que equilibre la citada irregularidad.

—¿Viviré todavía en esa época? —preguntó el relojero, animándose.

—Indudablemente —replicó el vejete, riéndose—. ¿Se imagina que ha de morir?

—¡Ah! Sin embargo, me encuentro muy enfermo.

—Pues hablemos de ello, ¡por Belcebú! Así abordaremos la cuestión que aquí me trae.

Y, diciendo esto, el raro caballero saltó sin ceremonia sobre el sillón de cuero y cruzó las piernas una sobre otra, como saltarían los huesos descamados que se pintan en los paños fúnebres que cubren los cadáveres.



Saltó sin ceremonia sobre el sillón de cuero y cruzó las piernas una sobre otra.

Luego prosiguió irónicamente:

—Sepamos, maestro Zacarías, qué ocurre en esta buena ciudad de Ginebra. Dicen que disminuye su salud y que sus relojes necesitan curandero.

—¡Ah! ¿Supone que existe relación íntima entre mi salud y la marcha de mis relojes? —preguntó el maestro Zacarías.

—Creo que esos relojes tienen defectos y hasta vicios. Si esos tunantes no observan una conducta regular, deben pagar la pena debida a sus desórdenes. Me parece que necesitan un correctivo.

—¿A qué llama defectos? —inquirió el maestro Zacarías, ruborizándose al advertir el tono sarcástico con que se habían pronunciado las anteriores palabras—. ¿No tienen derecho a enorgullecerse de su origen?

—¡No mucho, no mucho! —respondió el vejete—. Llevan un nombre célebre, en su esfera aparece grabada una marca ilustre, y tienen el privilegio exclusivo de introducirse en las casas más nobles; pero, desde hace algún tiempo, se descomponen, y nada puede usted hacer, maestro Zacarías, para arreglarlos, por lo que el más torpe de los aprendices de esta ciudad de Ginebra podría reconvenirle.

—¡A mí!, ¡a mí! ¡Al maestro Zacarías! —exclamó el anciano, sin poder reprimir un terrible movimiento de orgullo.

—Sí, al maestro Zacarías, que no puede devolver la vida a sus relojes.

—¡Porque tengo fiebre y ellos también! —respondió el relojero.

—En ese caso se morirán con usted, puesto que se halla imposibilitado para volver a dar elasticidad a sus muelles.

—¡Morir! No. Ya lo he dicho. Es imposible que muera yo, el primer relojero del mundo; yo, que con esas piezas y esas ruedas ordené el movimiento con absoluta precisión. ¿Acaso no he sometido el tiempo a leyes exactas y no puedo hacer uso de él como soberano? Antes que un genio sublime ordenase con regularidad las horas extraviadas, ¿en qué vaguedad inmensa no estaba sumido el destino de los hombres? ¿A qué momento cierto podían referirse los actos de la vida? Pero usted, hombre o diablo, quienquiera que sea, ¿no ha reflexionado jamás acerca de la magnificencia de este arte, que llama a todas las ciencias en su ayuda? ¡No, no, no! Yo, el maestro Zacarías, no quiero morir, porque, habiendo arreglado el

tiempo, el tiempo se extinguiría conmigo. ¡Volvería al infinito vago de donde lo sacó mi genio y se perdería irremisiblemente en el abismo de la nada! No, no puedo morir, como no puede perecer el Creador del universo, sometido a sus leyes. He llegado a ser su igual y a compartir su poder. Dios creó la eternidad y el maestro Zacarías ha creado el tiempo.

El anciano relojero se asemejaba en aquel momento al ángel caído rebelándose contra el Salvador. El vejete lo acariciaba con la mirada y parecía incitarle a continuar blasfemando.

—¡Bien dicho, maestro! —exclamó—. Belcebú tenía menos derecho que usted a compararse con Dios. Es preciso que tanta gloria no perezca. Por eso este servidor suyo desea proporcionarle el medio de dominar esos relojes rebeldes.

—¿Cuál es?, ¿cuál es? —se apresuró a inquirir el maestro Zacarías.

—Lo sabrá el día después de aquel en que me conceda usted la mano de su hija.

—¿De Geranda?

—Precisamente.

—Mi hija ama a un joven —respondió el maestro Zacarías, sin manifestar, aparentemente, el menor asombro.

—¡Bah! No es el menos hermoso de sus relojes, pero concluirá también por pararse.

—¡Mi hija, mi Geranda...! ¡No!

—Pues bien, vuelva a sus mecanismos, maestro Zacarías. Ármelos y desármelos. Prepare el matrimonio de su hija con su operario. Temple los muelles fabricados con el mejor acero. Bendiga a Alberto y a la hermosa Geranda; pero, haga cuanto haga, sus relojes no andarán nunca, y Geranda no se casará con Alberto.

Y, dicho esto, abandonó el vejete la estancia, pero no tan de prisa que el maestro Zacarías no pudiera oír las seis en el pecho del lúgubre visitante.

Al quedarse solo en su taller, preguntóse el relojero profundamente alarmado:

—¿Habrás dicho la verdad ese hombre? ¿Estarán mis relojes destinados a perecer? ¡Imposible! Yo soy eterno como Dios, y la eternidad no tiene fin.

Y, después de formular esta horrorosa blasfemia, quedóse

abismado en pensamientos, que, por impíos, debían serle sugeridos por el mismo Luzbel.

¿Cuánto tiempo permaneció así?

Él no supo decirlo; pero, cuando volvió a la realidad de la vida, su rostro parecía aún más envejecido y sus ojos brillaban de un modo extraño.

CAPÍTULO IV

LA IGLESIA DE SAN PEDRO

EL maestro Zacarías iba debilitándose cada día más, tanto material como moralmente; pero, esto no obstante, la sobreexcitación extraordinaria de que era víctima lo impulsó con mayor violencia que nunca a reanudar sus trabajos de relojería, de los que su amantísima hija no podía ya distraerlo.

Desde la crisis que traidoramente había provocado en él el extraño personaje, se había enorgullecido de tal modo que resolvió dominar a fuerza de genio la influencia maldita que pesaba sobre él y sobre su obra. Primeramente examinó los distintos relojes de la ciudad confiados a sus cuidados, asegurándose, con atención escrupulosa, de que las ruedas se encontraban en buen estado, los ejes sólidos y los contrapesos perfectamente equilibrados, a cuyo efecto escuchó los sonidos de los timbres con la atención con que el médico ausculta el pecho de un enfermo, sin advertir el menor síntoma que le hiciera sospechar que los relojes estaban en vísperas de sufrir la misma suerte que los demás.

Geranda y Alberto lo acompañaban con frecuencia en estas excursiones, y el maestro Zacarías veía con placer la solicitud con que lo seguían. Probablemente, no se habría preocupado tanto de su próximo fin si hubiera pensado que la existencia de aquellos dos seres tan queridos debía ser la prolongación de la suya, teniendo en cuenta que los hijos conservan siempre algo de la vida de los padres.

El anciano relojero, al volver a su casa, poníase a trabajar con asiduidad febril, aunque estaba persuadido de no salir airoso de su empeño, cosa que, a veces, le parecía imposible, y armaba y

desarmaba incesantemente los relojes que le devolvían.

Desgraciadamente, los relojes que le entregaban para que los arreglase no volvían jamás a señalar la hora, a pesar de la solicitud del artífice.

Alberto ocupábase también en descubrir las causas del mal.

—Maestro —decía—, esto no puede obedecer a otra cosa que al desgaste de los ejes y los engranajes.

—¡Ah! ¡Parece que te complaces en matarme a fuego lento! —le contestaba bruscamente el maestro Zacarías—. ¿Son, acaso, obra de un chiquillo los relojes? ¿Supones que por temor a estropearme los dedos he quitado en el tomo la superficie de esas piezas de cobre? ¿No las he forjado yo mismo para darles mayor duración? ¿No están templados esos muelles con perfección inusitada? ¿Pueden emplearse aceites más finos que los que uso? Tú mismo reconoces que es imposible, y al fin confiesas que el diablo debe de intervenir en el asunto.

Mientras tanto, desde la mañana hasta la noche, los parroquianos descontentos afluían, cada día en mayor número, a casa del relojero, que no sabía ya a quién atender.



Los parroquianos descontentos afluían cada día en mayor número.

—Este reloj se atrasa, y no consigo que marche con regularidad —decía uno.

—Pues éste —añadía otro— se ha parado con una tenacidad invencible, lo mismo que el sol de Josué.

—Si es cierto que su salud influye en la de los relojes —exclamaba la mayor parte de los descontentos—, háganos el favor de curarse pronto.

—¡No valía la pena de dar tanto dinero por una máquina que había de descomponerse tan pronto! —lamentábase otro comprador.

El anciano miraba a todas aquellas gentes con ojos extraviados, y sólo se atrevía a responder con un movimiento de cabeza, o diciendo tristemente:

—Esperen ustedes a que llegue el buen tiempo, amigos míos, cuando la existencia se reanima en los cuerpos fatigados. Se necesita que el sol venga a calentarnos a todos...

—¡Vaya una ganga! Si hemos de tener los relojes enfermos todo el invierno... —le contestó uno de los más enfadados—. ¿No sabe que está grabado su nombre con todas las letras en la esfera? ¡Por Dios! No hace usted mucho honor a su firma.

Y ocurrió al fin que, no bastando las promesas a todos los parroquianos que devolvían sus relojes, el anciano, avergonzado de las mil reconvenciones que se veía obligado a escuchar, retiró algunas monedas de oro de su vieja arca y compró algunos de los relojes desarreglados.

Al saber esto, los vendedores acudieron en tropel, y el dinero de aquella pobre morada no tardó en desaparecer, quedando a salvo la honradez del maestro Zacarías.

Geranda aplaudió de todo corazón aquel acto de delicadeza que la arruinaba, y el joven operario se apresuró también a ofrecer sus economías al maestro.

—¿Qué será de mi hija? —preguntábase el anciano, buscando en medio del naufragio refugio en los sentimientos paternos.

Alberto no se atrevió a responder que no le faltaba valor para afrontar el porvenir y que amaba desinteresadamente a Geranda.

Y así era, en efecto, porque el joven, al declarar su pasión a la hija de su maestro, no había para nada tenido en cuenta su fortuna.

Aquel día, el maestro Zacarías le habría dado de buena gana la

mano de su hija, contrariando los deseos del vejete, cuyas palabras resonaban aún en sus oídos:

—Geranda no se casará con Alberto.

Aquel, sistema concluyó por agotar los recursos metálicos del relojero, que se quedó absolutamente sin nada. Sus antiguos jarrones, los tableros de hierro esculpido que adornaban la casa, algunos cuadros notables de los primeros pintores flamencos, todo, hasta las preciosas herramientas que su genio había inventado, fue vendido para indemnizar a los quejosos.

Escolástica era la única que no reconocía la necesidad de semejante indemnización, pero sus esfuerzos no fueron poderosos para impedir que los importunos llegaran hasta el taller de su amo, y salieran cargados con algún objeto valioso. Entonces, su sempiterna charla resonaba con más fuerza en todas las calles del barrio, donde la conocían de muy antiguo, desmintiendo con empeño las acusaciones de hechicería y magia que pesaban sobre su amo; pero, como realmente estaba persuadida de que eran ciertas, pasaba luego horas enteras rezando para que Dios le perdonara sus bien intencionadas mentiras, en gracia al propósito que la había impulsado a formularlas.

La gente no dejó de observar también que el maestro Zacarías había olvidado el cumplimiento de sus deberes religiosos, dejando de acompañar a Geranda a los oficios divinos, donde parecía encontrar en la oración ese encanto espiritual que impregna las inteligencias superiores.

Este voluntario apartamiento de las prácticas devotas, unido a los secretos sucesos de su vida, habían justificado, en cierto modo, las acusaciones de sortilegio lanzadas contra sus trabajos.

Por esta razón, con el doble fin de atraer a su padre hacia Dios y hacia el mundo, Geranda resolvió llamar a la religión en su auxilio, creyendo que el catolicismo podía devolver algo de lo que había perdido a aquella alma moribunda; pero el dogma de fe y la humildad tenían que combatir en el maestro Zacarías un insuperable orgullo. Su engreimiento de la ciencia, que todo lo relaciona con ella, sin remontarse a la fuente infinita de donde emanan los primeros principios, no podía ser más pernicioso.

En tales circunstancias, emprendió la joven la conversión de su padre, y tan eficaz fue su influencia, que el anciano prometió asistir

el domingo siguiente a la misa mayor de la catedral.

Tuvo Geranda un momento de éxtasis, en el que le pareció ver el cielo abierto, y la vieja Escolástica, no pudiendo contener su gozo, ideó argumentos sin réplica contra las malas lenguas que acusaban de impío a su amo.

Habló de ello a las vecinas, amigas y enemigas, sin importarle nada que la conociesen o no.

—Francamente, no creemos nada de cuanto nos cuenta, Escolástica —le replicaban—. El maestro Zacarías ha obrado siempre de acuerdo con el diablo.

—Pero ¿no han contado los campanarios que tienen relojes fabricados por mi amo? —Argüía la anciana—. ¡Cuántas veces ha hecho sonar la hora de la oración y de la misa!

—Sin duda, pero ha inventado máquinas que andan solas y que no pueden ser obra de un hombre de este mundo.

—¿Acaso los hijos del demonio —replicaba Escolástica, encolerizada— pueden construir el hermoso reloj de hierro del castillo de Andernatt, que la ciudad de Ginebra no tuvo bastante dinero para adquirir? A cada hora aparece una bellísima leyenda, tan piadosa, que el cristiano que ponga en práctica sus preceptos irá derecho al paraíso. ¿Puede ser obra del diablo?

Aquella obra maestra, construida veinte años atrás, había, efectivamente, acrecentado la gloria del maestro Zacarías; pero hasta en aquella ocasión las acusaciones de hechicería habían sido generales. Por lo demás, la presencia del anciano en la iglesia de San Pedro debía hacer enmudecer las malas lenguas.

CAPÍTULO V

EL MAESTRO ZACARÍAS EN LA IGLESIA

HABIENDO dado al olvido la promesa hecha a su hija, el maestro Zacarías volvió al taller, y, después de reconocerse impotente para restituir la vida a sus relojes, decidió intentar la fabricación de otros. Al efecto, dejó abandonados todos aquellos objetos inertes y se puso a terminar el reloj de cristal, que debía ser su mejor obra; pero, a pesar del interés que en ella puso, y del gran trabajo que empleó utilizando las herramientas más perfectas, el reloj estalló en sus manos la primera vez que pretendió ponerlo en marcha.

Ocultó el anciano esta contrariedad a todo el mundo, incluso a su hija; pero, desde entonces, su existencia empezó a-declinar con gran rapidez. Aquéllas eran las últimas oscilaciones del péndulo, que disminuyen cuando nada les devuelve su movimiento primitivo. Parecía que las leyes de la pesantez, obrando directamente sobre el anciano, lo arrastraban de un modo irresistible hacia la tumba.

Este percance acabó de desconcertarlo por completo.

Completamente loco ya, el maestro Zacarías, creyéndose más grande y poderoso, cuanto más pequeño e inhábil iba haciéndose, no cesaba de formular blasfemias con tanto asombro como espanto de Alberto, que a veces las oía sin pretenderlo y de quien el maestro no se recataba para emitir sus pensamientos.

El operario, por no exacerbarlo, guardaba silencio y no le contradecía, pero sufría horriblemente siempre que lo oía disparatar.

—Ha perdido el juicio por completo —decíase a sí mismo, reflexionando, Alberto—. Sin duda alguna, tiene debilidad cerebral o Dios lo ha dejado de su mano.

No se atrevía el joven a creer que el demonio se había apoderado del alma del maestro Zacarías y ejercía sobre ella un imperio absoluto.

Llegó el domingo tan vehementemente deseado por Geranda. El tiempo estaba hermoso y la temperatura era muy agradable. Los habitantes de Ginebra recorrían tranquilos las calles conversando alegremente acerca de la llegada de la primavera.

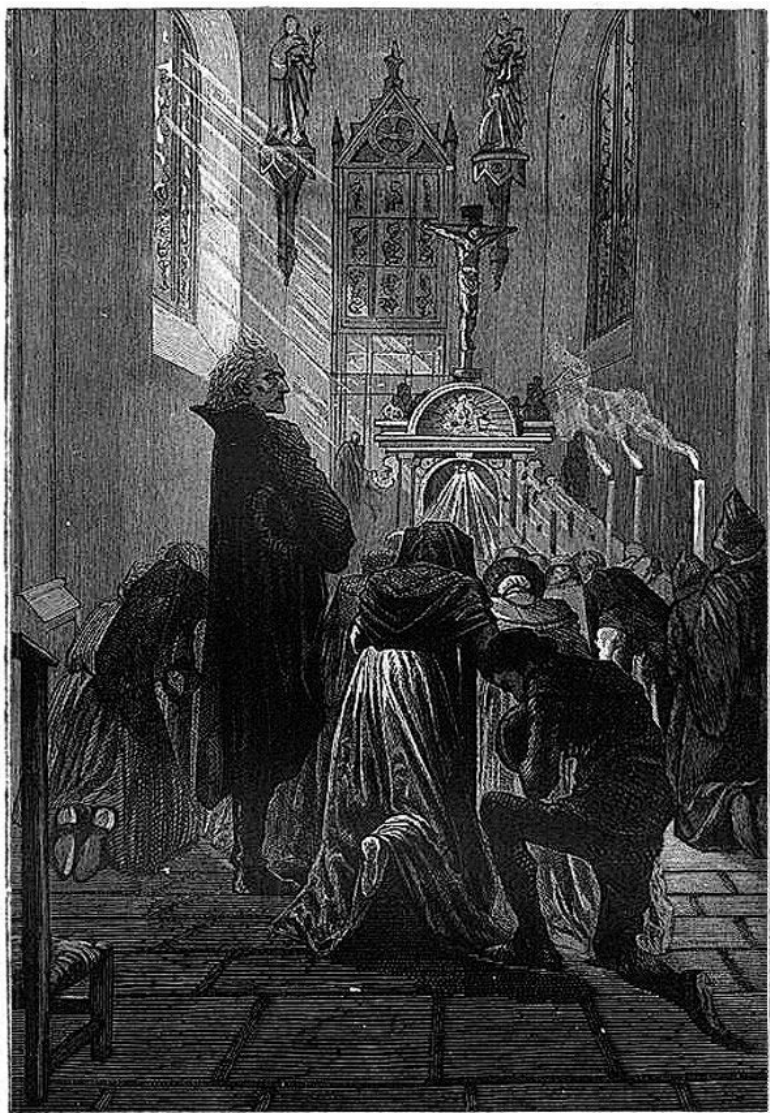
Geranda, tomando suavemente el brazo del viejo relojero, encaminóse a la iglesia, seguida por Escolástica, que llevaba los devocionarios. La gente los miraba con curiosidad, y muchos, al verlos, se sonreían y se detenían a contemplarlos.

El anciano dejábase conducir como un niño o, por mejor decir, como un ciego. Cuando el pequeño grupo entró en la iglesia de San Pedro, los fieles que en ella estaban no pudieron reprimir un movimiento de espanto al ver al relojero. Hasta se esforzaban para apartarse de él...

Escolástica, al advertir la aversión que su amo inspiraba a la gente, dirigía a uno y otro lado miradas de desafío, pero no se atrevía a decir una palabra, tanto por respeto a la santidad del lugar como por no alarmar a su señorita.

La misa mayor había empezado. Geranda se encaminó al banco que solía ocupar y se arrodilló con devoto recogimiento; pero el maestro Zacarías se quedó de pie a su lado.

Las ceremonias religiosas se sucedieron con la majestuosa solemnidad de aquella época, pero el anciano, que no creía en la eficacia de la oración, no imploró la piedad del cielo con los gritos de dolor de los «Kyries», ni cantó las magnificencias de las alturas celestiales con el «Gloria in excelsis», ni oyó la lectura del Evangelio, ni rezó el «Credo», símbolo de la fe cristiana. El orgulloso anciano permanecía inmóvil, insensible y mudo como una estatua de piedra; y, absorto en sus pensamientos materialistas, ni siquiera se inclinó cuando la campanilla anunció el milagro de la transubstanciación, en cuyo solemne momento quedóse mirando con fijeza la hostia divinizada en el acto de elevarla el sacerdote.



El orgulloso anciano permanecía inmóvil, insensible y mudo como una estatua.

Geranda miró a su padre, y las lágrimas que brotaron de sus ojos humedecieron las hojas de su devocionario.

En aquel instante, el reloj de San Pedro dio las once y media. El maestro Zacarías se volvió rápidamente hacia el antiguo campanario en el que vibraba aún el sonido de la campana, y le pareció que la esfera interior lo miraba con fijeza, que las cifras de las horas brillaban como si estuvieran grabadas con caracteres de fuego, y que las saetas lanzaban chispas eléctricas por sus agudas puntas.

Desde aquel momento no volvió el relojero a mirar al sacerdote ni el altar. Como si hubiera reconcentrado toda su vida en el reloj, tenía los ojos fijos en las manecillas que rodaban sobre la esfera, señalando los minutos que iban transcurriendo.

El maestro Zacarías contemplaba aquella máquina, obra ingeniosa que había salido de sus manos, con tanto orgullo como temor. Con orgullo, por creer que nadie sino él podía construir un reloj tan perfecto; y con temor, porque esperaba que de un momento a otro la máquina dejara de funcionar, a pesar de estar admirablemente construida, de igual suerte que se habían parado los demás relojes fabricados por él.

Escolástica miraba, de vez en cuando, a su amo de reojo y al advertir que estaba distraído y no prestaba atención alguna a la misa que se celebraba, redoblaba el fervor de su oración y pedía a Dios que devolviera su gracia a aquella alma extraviada.

El santo sacrificio de la misa había terminado.

Como se acostumbraba rezar el «Angelus» a las doce en punto, los sacerdotes oficiantes aguardaban que diese la hora en el reloj, en cuyo momento elevaban la oración a la Virgen.

Pero, de pronto, oyóse un ruido estridente, y el maestro Zacarías dio un grito...

La aguja que señalaba las horas y el minuterio se habían parado al llegar a las doce, y la campana no sonó.

Geranda se apresuró a auxiliar a su padre, que se encontraba tendido y sin movimiento, y que fue sacado de la iglesia.

—¡Éste es un golpe de muerte! —exclamó la joven sollozando.

Los fieles que ocupaban el templo, al oír el grito del maestro Zacarías y verlo caer al suelo, interrumpieron sus oraciones, alarmados, y, aunque no faltaron personas caritativas que se

aproximaron a él con el propósito de auxiliarlo, hubo muchas también que se apartaron más de lo que ya estaban por temor a que el diablo que, según la creencia general, llevaba el anciano en el cuerpo se posesionara de ellas.

—¡Castigo de Dios! —comentaron algunos.

—Satanás ha estropeado el reloj del templo, y el maestro Zacarías, al ver destruida su obra, ha ido al infierno a recriminar a su cómplice por haber faltado al pacto que con él tenía hecho —explicó un colega artista, que durante muchos años había envidiado su habilidad.

Este accidente provocó cierta confusión en el templo, donde no se restableció el orden hasta que el enfermo fue sacado de él.

Trasladado a su domicilio, el maestro Zacarías fue acostado en completo estado de anonadamiento. Su cuerpo no vivía ya sino superficialmente, a semejanza de los últimos torbellinos de humo que giran en torno de una lámpara que se apaga.

Cuando recobró los sentidos, Alberto y Geranda estaban inclinados sobre él.

En aquel momento supremo, lo por venir adquirió ante su vista la forma de lo presente, y vio a su hija sola y sin amparo.

—Hijo mío —dijo entonces a Alberto—, te doy a mi hija.

Y extendió la mano sobre ambos jóvenes, que se enlazaron ante el lecho de muerte del anciano.

Pero, de pronto, el maestro Zacarías se levantó con un movimiento de rabia. Era que acababa de recordar las palabras del vejete.

—¡No quiero morir! —exclamó—. ¡No puedo morir! Yo, el maestro Zacarías, no debo morir... ¡Mis libros..., mis cuentas...!

Y, al decir esto, saltó de la cama y cogió un volumen en el que figuraban anotados los nombres desus parroquianos, así como el objeto que les había vendido.

Hojeó apresuradamente el libro, y su dedo descarnado se clavó en una de las páginas.

—¡Aquí, aquí! —exclamó—. ¡El viejo reloj de hierro vendido a Pittonaccio! ¡Es el único que no me han traído aún para que lo arregle! ¡Sigue existiendo y marchando! ¡Ah! ¡Lo quiero, lo encontraré y lo cuidaré de tal modo que la muerte ya no podrá apoderarse de mí!

Y dicho esto, se desmayó.

Alberto y Geranda se arrodillaron cerca del anciano y confundieron sus lágrimas.

Momentos de suprema angustia fueron aquellos para ambos jóvenes, que vieron, con el alma llena de espanto, la lucha horrible que la naturaleza del maestro Zacarías tenía que sostener debatiéndose contra la muerte.

El estado de postración en que se encontraba el anciano era tan grande, que resultaban inútiles cuantos esfuerzos se hacían para reanimarlo.

Como la enfermedad que lo aquejaba, más que física era moral, los medicamentos que le obligaban a ingerir no producían efecto alguno.

¿Qué fuerza poderosa influyó en aquel organismo debilitado? No sabríamos decirlo; pero lo cierto fue que, cuando Alberto y Geranda habían ya perdido casi por completo toda esperanza de que se salvase, el enfermo empezó a mejorar y a recobrar las fuerzas.

Algunos días después, el maestro Zacarías, aquel hombre casi muerto, abandonó el lecho y volvió a la vida por una excitación sobrenatural. El orgullo lo sostenía; pero Geranda no se hacía ilusiones. Estaba convencida de que su padre había dejado de vivir material y espiritualmente.

CAPÍTULO VI

EL CASTILLO DE ANDERNATT

No pasó inadvertido para nadie el afán con que el anciano relojero procuraba reunir recursos metálicos, sin cuidarse de su familia, empleando todas sus energías en andar, registrar y murmurar palabras misteriosas.

Una mañana, Geranda bajó al taller y no encontró allí al maestro Zacarías. Lo esperó durante todo el día, y el anciano no apareció.

Geranda agotó el caudal de sus lágrimas, pero éstas no le devolvieron a su padre.

Alberto recorrió toda la ciudad en busca del maestro Zacarías y, por más que investigó, preguntó a todo el mundo y registró por todas partes, no consiguió encontrar al anciano ni a persona alguna que le dijese que lo había visto.

No faltó, naturalmente, quien compadeciera al joven operario al ver la cariñosa solicitud con que hacía estas inútiles investigaciones, pero hubo algunos también que, al ser interrogados, respondieron con manifiesto mal humor:

—¿El maestro Zacarías? Se lo habrá llevado el diablo, que es su compadre —repuso uno.

—El maestro Zacarías debe de estar en el infierno, por haber inventado esas máquinas diabólicas que andan solas —contestó otro.

—¡Bah! ¡Bah! —agregó un tercero—. No busque al maestro Zacarías en la ciudad, porque debe habérselo tragado la tierra. ¡Lástima que no haya desaparecido antes!

Alberto volvió a casa, completamente convencido de que su anciano maestro se había ausentado de Ginebra.

—Busquemos a nuestro padre —dijo Geranda, cuando el joven le comunicó la triste noticia.

—¿Dónde estará? —preguntóse Alberto.

De pronto, por una especie de inspiración, volvieron a su memoria las últimas palabras del maestro Zacarías, quien había concentrado toda su existencia en el viejo reloj de hierro que no le habían devuelto y probablemente había ido a buscarlo.

Alberto comunicó esta idea a Geranda, que repuso:

—Veamos el libro de mi padre.

Ambos fueron al taller, donde encontraron el libro abierto sobre la mesa de trabajo.

La inscripción de todos los relojes vendidos y que le habían sido devueltos aparecía borrada en el libro, excepto la de uno, que decía así:

«Reloj de hierro con sonería y figuras de movimiento, vendido al señor Pittonaccio y depositado en el castillo de Andernatt».

Era aquel reloj del que con tanto elogio había hablado la vieja Escolástica.

—¡Allí está mi padre! —exclamó la joven.

—¡Corramos en su busca! —respondió Alberto—. Todavía podemos salvarlo.

—No le salvaremos la vida —dijo Geranda—, pero le salvaremos el alma.

—Sea lo que Dios quiera, Geranda. El castillo de Andernatt se encuentra en las gargantas de los Dientes del Mediodía, aproximadamente a veinte leguas de Ginebra. Partamos.

Aquella misma tarde, Alberto y Geranda, seguidos por la vieja sirvienta, caminaban a pie por la carretera que costea el lago de Ginebra, no deteniéndose ni en Bessinge ni en Ermance, donde está el célebre castillo de los Mayor. Vadearon, no con mucha facilidad, el torrente de la Dranse, y en todas partes inquirían noticias acerca del maestro Zacarías, y no tardaron en adquirir la seguridad de que seguían sus huellas. Aquella noche anduvieron cinco leguas.

Al amanecer del siguiente día, después de pasar por Thonon, llegaron a Evian, donde la costa de Suiza empieza a desenvolverse, a la vista, en una extensión de doce leguas; pero los jóvenes no se detuvieron a contemplar aquellos encantadores sitios. Una fuerza sobrenatural los impulsaba hacia delante. Alberto, apoyado en un

nudoso bastón, ofrecía el brazo unas veces a Geranda y otras a Escolástica, a quienes sostenía enérgicamente aquella dolorosa peregrinación. Los tres confiábanse mutuamente sus penas y sus esperanzas, mientras seguían el hermoso camino que une, por aquella estrecha planicie, la ribera del lago con las elevadas cimas de las montañas de Chaláis. Pronto llegaron a Bouveret, en cuyo punto entra el Ródano en el lago de Ginebra.

Allí abandonaron el lago y se internaron en las regiones montuosas, no tardando en dejar tras de ellos, a pesar de las enormes fatigas que les ocasionaba la marcha, a Vionnar, Chesset y Collombay, aldeas medio perdidas. Sin embargo, sus rodillas flaquearon más de una vez, y sus pies se lastimaron en las agudas crestas que erizan el piso como matas de granito. En aquella región montañosa no adquirieron noticia alguna del maestro Zacarías.

Sin embargo, era preciso encontrarlo y los viajeros no pidieron descanso ni en las cabañas aisladas que encontraron en el camino ni en el castillo de Monthey, que con sus dependencias formó la dote de Margarita de Saboya. Por último, al terminar el día, llegaron casi moribundos de cansancio a la ermita de Nuestra Señora de Sex, que se alza en la base de los Dientes del Mediodía, a seiscientos pies sobre el Ródano.

Anohecía cuando el ermitaño los recibió, y, como no podían dar un paso más, allí se vieron precisados a tomar algún descanso.

El ermitaño no les dio noticia alguna del maestro Zacarías, y los viajeros desconfiaban de encontrarlo vivo en aquellas lúgubres soledades. La noche era profunda; el huracán silbaba en las montañas, y los aludes precipitábanse desde las cimas de las peñas.

Los dos jóvenes, acurrucados junto al hogar de la ermita, relataron su dolorosa historia. Sus mantos impregnados de nieve secábanse en un rincón, y, afuera, el perro del ermitaño confundía sus lúgubres ladridos con los rugidos del temporal.

—El orgullo —dijo el ermitaño a sus huéspedes— ha perdido a un ángel nacido para el bien. Es la piedra de toque en que se quiebran todos los destinos humanos. Al orgullo, principio de todos los vicios, no es posible oponer ningún raciocinio, puesto que, por su misma naturaleza, el orgullo se niega a escucharlo. Lo único que en este caso se puede hacer es rogar a Dios por su padre.

Geranda, Escolástica, Alberto y el ermitaño se disponían a

arrodillarse para rezar cuando redoblaron los ladridos del perro y una voz gritó, llamando a la puerta de la ermita:

—¡Abran pronto, en nombre del diablo!

La puerta, violentamente empujada desde fuera, cedió y presentóse un hombre desmelenado, desencajado y casi desnudo.

—¡Padre mío! —exclamó Geranda.

Era, efectivamente, el maestro Zacarías.

—¿Dónde me encuentro? —preguntó—. En la eternidad... El tiempo ha concluido... Las horas no suenan... ¡Las agujas se paran!

—¡Padre mío! —repitió Geranda, con emoción tan desgarrada que pareció que el anciano recobraba el juicio.

—¡Tú aquí, Geranda mía; tú también, Alberto! ¡Ah, venís a contraer matrimonio a nuestra antigua iglesia!

—Padre mío —dijo Geranda, agarrándolo por un brazo—, vuelva a su casa de Ginebra, venga con nosotros.

El anciano se desprendió del brazo de su hija y corrió a la puerta, en cuyo umbral se amontonaba la nieve, que caía a grandes copos.

—No abandone a sus hijos —dijo Alberto.

—¿Para qué? —respondió tristemente el relojero—. ¿Para qué volver a los sitios en que se deslizó mi vida y donde ha quedado enterrada para siempre una parte de mí mismo?

—Su alma, sin embargo, no ha muerto —dijo el ermitaño con gravedad.

—¡Mi alma...! ¡Oh, no...! ¡Tiene buenas ruedas...! La siento latir acompasadamente.

—¡Su alma es inmaterial! ¡Su alma es inmortal! —repuso el ermitaño con vehemencia.

—Sí... como mi gloria... Pero está encerrada en el castillo de Andernatt, y deseo recobrarla.

El ermitaño se santiguó. Escolástica estaba casi exánime, y Alberto sostenía a Geranda en sus brazos.

—El castillo de Andernatt lo habita un condenado —repuso el ermitaño—, un condenado que no se descubre ante la cruz de mi ermita.

—Padre mío, no vaya usted allí.

—¡Quiero mi alma, porque mi alma es mía!

—¡Detengan a mi padre!

Pero el anciano había traspasado ya el umbral, y, lanzándose a través de las sombras de la noche, no cesaba de gritar con estentórea voz:

—¡Quiero mi alma! ¡Quiero mi alma!

Geranda, Alberto y Escolástica corrieron tras él, siguiéndolo por senderos impracticables, sobre los cuales volaba el maestro Zacarías como huracán empujado por una fuerza irresistible. La nieve formaba torbellinos alrededor de ellos confundiendo sus blancos copos con la espuma de los torrentes desbordados.

Al pasar frente a la capilla erigida en memoria de la matanza de la legión tebana, Geranda, Alberto y Escolástica se santiguaron devotamente. El maestro Zacarías no se descubrió.

Apareció por fin la aldea de Evionnaz en medio de aquella región oculta, cuyo aspecto ponía espanto en el corazón más empedernido, y el anciano, sin dirigir siquiera una mirada al villorrio, siguió avanzando. Luego, torció hacia la izquierda y penetró en lo más profundo de las gargantas de los Dientes del Mediodía, cuyos agudos picos muerden el cielo.

Ante él irguióse una ruina, vieja y sombría, como las rocas que le servían de base.

—¡Ahí es! ¡Ahí! —exclamó, apresurando aún más su carrera desenfrenada.



¡Ahí es! ¡Ahí!

Efectivamente, el castillo de Andernatt sólo era en aquella época un montón de ruinas. Dominado por una maciza torre carcomida y desmantelada, parecía amenazar con su caída los vetustos murallones que reposaban a sus pies. Aquellas moles de piedra infundían horror, sugiriendo la idea de que allí detrás sólo debía haber algunos sombríos salones con los techos derruidos e inmundos depósitos de víboras.

Llegábase al castillo de Andernatt por una poterna estrecha y baja sobre un foso lleno de escombros. ¿Qué gentes habían pasado por allí? Se ignora. Probablemente algún margrave, mitad bandido, mitad señor, había ocupado aquella morada, y al margrave sucedieron los salteadores o monederos falsos, que fueron ahorcados en el teatro de su crimen. La leyenda afirmaba que, durante las noches de invierno, Satanás presidía sus tradicionales danzas sobre la ladera de las profundas gargantas en que se ocultaba la sombra de aquellas ruinas.

Al maestro Zacarías no le atemorizó el aspecto tan siniestro del castillo. Llegó resueltamente a la poterna sin que nadie se opusiera a su paso, y apareció ante sus ojos un extenso y tenebroso patio, que nadie tampoco le impidió atravesar. Luego, trepó por una especie de plano inclinado que conducía a uno de los largos corredores, cuyos arcos parecen aplastar la luz bajo sus pesados arranques, y tampoco allí encontró a nadie.

Geranda, Alberto y Escolástica continuaban tras él.

El maestro Zacarías, como guiado por una mano invisible, marchaba con paso rápido y seguro. Llegó a una puerta carcomida, que se conmovió bajo sus esfuerzos, y una nube de murciélagos trazaban círculos oblicuos en tomo de su cabeza.

Una sala inmensa, mejor conservada que las demás, ofrecióse a su vista. Altos tableros esculpidos, sobre los cuales parecían agitarse confusamente larvas, vampiros y tarascas, revestían las paredes de aquella estancia, en la que algunas ventanas, largas y angostas como aspilleras, estremecíanse bajo las descargas de la tempestad.

Al llegar el maestro Zacarías al centro de la sala prorrumpió en un grito de alegría.

Sobre una repisa de hierro empotrada en la pared descansaba el reloj en que estaba reconcentrada toda su vida. Aquella incomparable obra maestra tenía la forma de una vieja iglesia

romana, con sus contrafuertes de hierro forjado y su pesado campanario, dotado de una sonería completa para la antífona del día, las oraciones, la misa, las vísperas, las completas y la salve. Sobre la puerta de la iglesia, que se abría a la hora de los oficios, había un rosetón en el centro en el que se movían dos agujas y cuyo cerco presentaba las doce horas esculpidas en relieve. Entre la puerta y el rosetón iba apareciendo, sobre una tarjeta de latón, una máxima relativa al empleo de cada instante del día, como había referido Escolástica. El maestro Zacarías había regulado aquella sucesión de leyendas con cristiana solicitud, y las horas de la oración, del trabajo, de las comidas, del recreo y del reposo sucedíanse ordenadamente con arreglo a la disciplina religiosa y debían infaliblemente salvar el alma del cristiano que hubiera observado sus preceptos.

El maestro Zacarías, loco de júbilo, se disponía a apoderarse del reloj, cuando resonó detrás de él una espantosa carcajada.

Volvióse el anciano relojero, y, a la luz de una lámpara fuliginosa, reconoció al vejete que se le había presentado en Ginebra.

—Salud, maestro Zacarías —dijo el monstruo.

—¿Quién es usted?

—El señor Pittonaccio, para servirlo. ¿Ha venido a darme a su hija? ¿Se ha acordado de mis palabras: «Geranda no se casará con Alberto»?

—¡Usted aquí! —exclamó el maestro Zacarías.

El joven obrero abalanzóse sobre Pittonaccio, que se le escapó de entre las manos como una sombra.

Geranda, atemorizada, agarróse al brazo de Alberto.

—¡Detente, Alberto! —dijo imperiosamente el maestro Zacarías.

—¡Buenas noches! —repuso Pittonaccio, y desapareció.

—Padre mío —suspiró Geranda—, huyamos de estos malditos lugares...

El maestro Zacarías ya no estaba allí. Había salido en persecución del fantasma de Pittonaccio a través de los dismantelados salones de aquella lúgubre y espantosa mansión.

Escolástica, Alberto y Geranda se quedaron anonadados en aquella estancia inmensa. La joven había caído sobre un sillón de piedra; la vieja sirvienta se había arrodillado a su lado impetrando

la misericordia divina, y Alberto permaneció de pie cuidando a su amada.

Cabalgando sobre las sombras, veíanse de vez en cuando algunas pálidas claridades, que acrecentaban el terror que inspiraba la sala.

El silencio, sólo interrumpido a intervalos por los insectos que roían la madera, era absoluto.

El ruido que producían los insectos parecía asemejarse, en cierto modo, al compás del reloj de la muerte.

A oscuras, en un rincón de aquella sala inmensa, pasaron la noche Geranda, Escolástica y Alberto, lamentando la locura de que era indudablemente víctima el maestro Zacarías, sin arriesgarse a salir por no extraviarse en aquel siniestro laberinto de ruinosas habitaciones de que parecía haberse posesionado el Diablo.

A ratos, y éstos eran los momentos menos penosos para ellos, rogaban a Dios con toda la fe de sus almas piadosas que devolviera la razón al anciano conduciéndolo por la senda del bien, del que su excesivo orgullo lo había apartado; y, a ratos, conversaban en voz baja, tratando de consolarse mutuamente.

¡Esfuerzo inútil! Cuanto más se afanaba cada cual por llevar al ánimo de sus compañeros la esperanza de que con la llegada del nuevo día terminarían sus angustias, más se convencían de que la situación por la que atravesaban no podía acabar sino muy trágicamente.

Y proseguía con lentitud el tiempo su marcha hacia la eterna infinidad, y los corazones de Alberto, Geranda y Escolástica no conseguían tranquilizarse.

Por el contrario, a medida que transcurrían las horas y se aproximaba el nuevo día, más impacientes y desasosegados se encontraban.

Y, como todo llega al fin cuando debe llegar, sin que la voluntad humana sea lo suficientemente poderosa para hacer que ocurra lo que no debe ocurrir, después que pasaron las horas necesarias amaneció el nuevo día.

CAPÍTULO VII

LA HORA DE LA MUERTE

CUANDO la luz de la aurora desvaneció las sombrías tinieblas de la noche, Geranda, Escolástica y Alberto se aventuraron por las interminables escaleras que circulaban entre aquel montón de piedras. Durante dos horas anduvieron sin encontrar alma viviente, y sin oír más que un eco lejano que respondía a sus gritos. Tan pronto se encontraban a cien pies bajo tierra, como dominaban el espacio desde la cumbre de aquellas siniestras montañas.

La casualidad los condujo de nuevo a la extensa sala en que habían pasado aquella noche de terror y angustias.

Ya no se encontraba vacía. El relojero y Pittonaccio conversaban, de pie y rígido como un cadáver el uno, y acurrucado sobre una mesa de mármol el otro.

Al ver a Geranda, el maestro Zacarías la tomó de la mano y la condujo ante Pittonaccio, diciendo:

—Ahí tienes a tu amo y señor, hija mía. Geranda, éste es el esposo que te destino.

La joven tembló de pies a cabeza.

—¡Jamás! —exclamó Alberto—. Geranda es mi prometida.

—¡Jamás! —repitió la joven como un eco plañidero.

Pittonaccio prorrumpió en una estruenda carcajada.

—¿Queréis entonces mi muerte? —preguntó, gimiendo el anciano—. Ahí, en ese reloj, el único que he construido que continúa marchando, está encerrada mi vida, y este hombre me ha dicho: «Cuando tu hija sea mía, el reloj será tuyo». ¡Y ese hombre no quiere darle cuerda! ¡Puede romperlo y reducirme a la nada! ¿Es que ya no me amas, hija mía?

—¡Padre amado! —murmuró Geranda, recobrando los sentidos.

—¡Si supieras cuánto he sufrido lejos de este principio de mi existencia! ¡Quizá no cuidaba nadie este reloj! ¡Quizá dejaba que sus muelles enmoheciesen y sus ruedas se entorpecieran! Pero ahora, con mis propias manos voy a sostener la salud tan querida; porque yo, el gran relojero de Ginebra, no debo morir. Mira, hija, cómo marchan las agujas con seguro movimiento. Escucha, van a dar las cinco. Escucha bien, y lee la hermosa máxima que va a aparecer ahora ante tu vista.

Dieron, efectivamente, las cinco en el reloj, con sonido tan lúgubre que repercutió dolorosamente en el alma de Geranda, y en caracteres rojos aparecieron las siguientes palabras:

SE HA DE COMER EL FRUTO DEL ÁRBOL DE LA CIENCIA

Alberto y Geranda contempláronse uno a otro estupefactos. Aquéllas no eran ya las máximas ortodoxas del relojero católico. Sin duda alguna, Satanás había pasado por allí.

Pero el maestro Zacarías, que no advirtió el cambio, repuso:

—¿Oyes, Geranda? ¡Vivo todavía! ¿No oyes mi respiración? Mira cómo la sangre circula en mis venas. No, tú no querrás matar a tu padre, y aceptarás por esposo a este hombre, para que yo obtenga la inmortalidad y el poder de Dios.

Al oír tales blasfemias, Escolástica se santiguó y Pittonaccio lanzó un rugido de alegría.

El infierno debió regocijarse también.

—¡Y luego, Geranda, serás feliz con él! ¡Contempla a ese hombre! ¡Es el Tiempo! ¡Tu existencia marchará con absoluta precisión! Geranda, puesto que te he dado la vida, no se la niegues a tu padre.



¡Geranda, serás feliz con él! ¡Contempla a ese hombre! ¡Es el Tiempo!

—Geranda —murmuró Alberto—, tu prometido soy yo.

—¡Es mi padre! —respondió Geranda, perdiendo los sentidos.

—¡Tuya es! —dijo el maestro Zacarías—. ¡Ahora, Pittonaccio, cumple tu promesa!

—¡Toma la llave del reloj! —respondió el horrible personaje.

El maestro Zacarías se apoderó de la llave que le fue presentada y que se parecía a una serpiente desenrollada, y corrió desalentado hacia el reloj, al que dio cuerda con fantástica rapidez.

El rechinamiento del muelle crispaba los nervios. El anciano daba vueltas incesantemente, sin detener el brazo, como si aquel movimiento de rotación fuera independiente de su voluntad, y así continuó maniobrando con celeridad creciente y con extrañas contorsiones hasta que cayó extenuado de cansancio, exclamando:

—¡Ya tiene cuerda para un siglo!

Alberto salió de la estancia, enfurecido como un loco: dio varias vueltas e innumerables rodeos hasta que, al fin, encontró la salida de aquella maldita mansión, y echó a correr por el campo. Al llegar a la ermita de Nuestra Señora de Sex, habló al santo varón, pidiéndole ayuda con tan desesperadas palabras, que éste consintió en acompañarlo al castillo de Andernatt.

Y corrieron, corrieron desalentados, temerosos de llegar demasiado tarde. Alberto y el ermitaño, a través de los campos, con dirección hacia el castillo de Andernatt.

Mientras más se acercaban, más corrían, y cuanto mayor era la celeridad que imprimían a sus piernas, más lejos creían encontrarse del término de aquella carrera desenfrenada.

A Alberto le animaba el deseo de salvar a su amada; al ermitaño el piadoso afán de arrebatarse al diablo un alma para devolvérsela a Dios.

El que de los dos iba delante y el que más impaciencia demostraba era Alberto.

Parecía que el amor había puesto alas en sus pies.

Si durante aquellas horas de angustia no lloró Geranda, fue porque las lágrimas se habían agotado en sus ojos.

El maestro Zacarías, que no había abandonado el inmenso salón, acercábase de vez en cuando al reloj para escuchar los latidos regulares de la vieja máquina.

Entretanto, dieron las seis, y, con tanto asombro como espanto

de Escolástica, aparecieron estas palabras en la esfera:

EL HOMBRE PUEDE LLEGAR A SER IGUAL A DIOS

Al viejo relojero no sólo no le sorprendían aquellas máximas impías, sino que las leía con delectación, complaciéndose en estas ideas de orgullo, mientras que Pittonaccio daba vueltas en torno suyo.

A las doce de la noche debía firmarse el acta matrimonial del vejete con Geranda, que, inanimada casi, no veía ni oía nada. Únicamente las palabras del anciano y las risotadas del monstruo interrumpían el silencio que reinaba en la estancia.

Dieron las once, el maestro Zacarías se estremeció, y con voz sonora leyó la siguiente blasfemia:

EL HOMBRE DEBE SER ESCLAVO DE LA CIENCIA Y POR ELLA SACRIFICAR
PADRES Y FAMILIA

—¡Sí! —exclamó luego—. ¡En el mundo no hay más que la ciencia!

Las agujas recorrían a saltos la esfera del reloj de hierro, lanzando silbidos de víbora, y el mecanismo latía con golpes precipitados.

El maestro Zacarías ya no hablaba; había caído al suelo, presa del estertor de la muerte, y de su pecho oprimido sólo salían estas palabras entrecortadas:

—¡La vida! ¡La ciencia!

Esta escena era presenciada por dos testigos más, el ermitaño y Alberto, que acababan de llegar. El maestro Zacarías estaba tendido en tierra, y Geranda, a su lado, más muerta que viva, oraba...

De pronto, oyóse el seco ruido que precede al toque de la hora.

El maestro Zacarías se incorporó, diciendo:

—¡Las doce!

Pero el ermitaño tendió la mano hacia el viejo reloj... y las doce no dieron.

El maestro Zacarías exhaló un grito que debió repercutir en el infierno, cuando vio aparecer estas palabras.

SERÁ CONDENADO POR TODA LA ETERNIDAD EL QUE PRETENDA IGUALARSE A

DIOS

El viejo reloj se hizo pedazos con ruido de trueno, y el muelle, escapándose, saltó a través del salón en medio de mil contorsiones fantásticas.

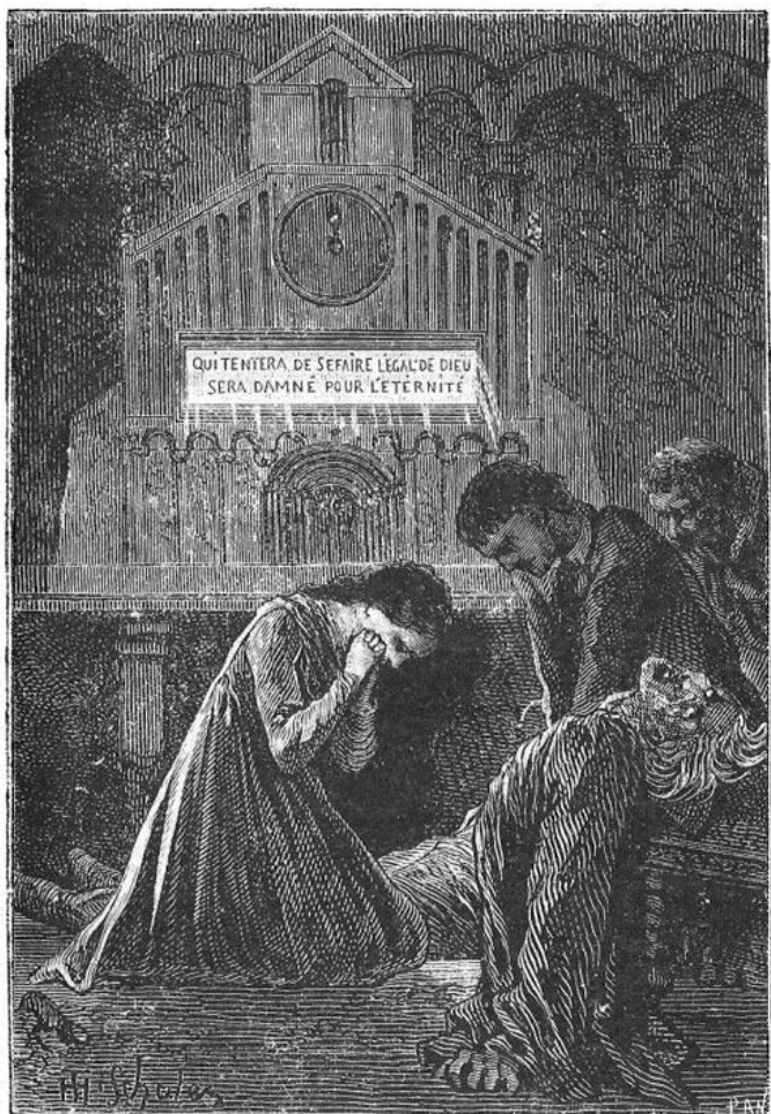
El anciano se levantó y corrió hacia el muelle, tratando en vano de apoderarse de él, y exclamando:

—¡Mi alma! ¡Mi alma!

El muelle giraba delante de él a uno y otro lado, sin que él lograra jamás alcanzarlo.

Pittonaccio se apoderó de él, al fin, y, profiriendo una horrible blasfemia, se hundió en el suelo, que se abrió para tragarlo.

El maestro Zacarías cayó de espaldas. Había dejado de existir.



Había dejado de existir.

Sepultado en los picos de Andernatt el cadáver del relojero, regresaron a Ginebra Alberto y Geranda, quienes, durante los largos años de vida que Dios les concedió, no cesaron de rogar por el alma del maestro Zacarías, el viejo réprobo de la ciencia.

¿Lo habrá perdonado Dios?

¿Quién se atreve a aventurar juicios acerca de los designios de la Misericordia divina?

UNA INVERNADA ENTRE LOS HIELOS

CAPÍTULO PRIMERO

LA BANDERA NEGRA

EL día 12 de mayo de 18... despertóse el cura de la vieja iglesia de Dunkerque a las cinco de la madrugada e inmediatamente abandonó el lecho para decir, según su costumbre, la primera misa rezada, a la que asistían algunos piadosos pescadores.

Revestido con los hábitos sacerdotales, iba a dirigirse al altar cuando entró en la sacristía un hombre, alegre y despavorido al mismo tiempo. Era un marinero de unos sesenta años de edad, pero vigoroso y fuerte todavía, de aspecto bondadoso y honrado.

—¡Señor cura, señor cura! —exclamó—. ¡Deténgase, haga el favor!



Revestido con los hábitos, iba a dirigirse al altar cuando entró un marinero.

—¿Qué le ocurre tan temprano, Juan Cornbutte? —replicó el cura.

—¿Qué me ocurre? Que tengo un deseo loco de abrazarlo, quiera usted o no.

—Pues bien, después de la misa a que va a asistir...

—¡La misa! —respondió, riéndose, el viejo marino—. Pero ¿cree usted que yo voy a permitirle que diga ahora misa?

—¿Y por qué no he de decir misa? Explíquese. Ya se ha dado el tercer toque de campana.

—Que se haya dado o no el tercer toque, poco importa —replicó Juan Cornbutte—. Otros toques de campanas sonarán hoy, señor cura, porque usted me ha prometido bendecir con sus propias manos el matrimonio de mi hijo Luis y de mi sobrina María.

—Luego, ¿ha llegado? —interrogó alegremente el cura.

—No tardará mucho —contestó Cornbutte, frotándose las manos —, porque el vigía ha señalado, al salir el sol, nuestro bergantín, el que usted bautizó imponiéndole el bonito nombre de *La Joven Audaz*.

—Le felicito con todo mi corazón, amigo Cornbutte —dijo el cura, despojándose de la casulla y de la estola—. Recuerdo nuestro convenio. El señor vicario me va a remplazar y estaré a la disposición de usted para la llegada de su querido hijo.

—Le prometo que no le tendrá a usted en ayunas demasiado tiempo —respondió el marinero—. Como usted mismo ha publicado ya las amonestaciones, sólo necesitará absolverlo de los pecados que haya podido cometer entre el agua y el cielo en los mares del Norte. ¡Ha sido una hermosa idea la que se me ha ocurrido, al disponer que la boda se celebre el mismo día de la llegada de mi hijo Luis, quien, al salir del bergantín, se dirigirá a la iglesia!

—Vaya, entonces, a disponerlo todo, Cornbutte.

—Voy corriendo, señor cura. ¡Hasta muy pronto!

El marinero volvió apresuradamente a su casa, situada en el muelle del puerto mercante, desde la que se veía el mar del Norte, cosa de la que estaba Cornbutte muy ufano.

Juan Cornbutte había hecho alguna fortuna con su profesión. Después de haber mandado durante largo tiempo los navíos de un rico armador de El Havre, fijó su residencia en su ciudad natal e hizo construir por su cuenta el bergantín *La Joven Audaz*.

En este barco hizo varios viajes al Norte, y en todos ellos tuvo la suerte de vender a buen precio sus cargamentos de madera, de hierro y de alquitrán. Después, cedió el mando a su hijo Luis, bravo mozo de treinta años de edad, que, según la opinión de los capitanes de cabotaje, era el marinero más valiente de Dunkerque.

Luis Cornbutte había partido, profundamente enamorado de María, la sobrina de su padre, a quien parecían muy largos los días de la ausencia.

María, que apenas tenía veinte años de edad, era una hermosa flamenca, por cuyas venas corrían algunas gotas de sangre holandesa. Su madre, al morir, la había confiado a su hermano Juan Cornbutte, y este bravo marino, que la amaba como si fuera hija propia, veía en el proyectado matrimonio un manantial de verdadera y durable felicidad.

La llegada del bergantín, señalado en alta mar, ponía término a una importante operación comercial, que debía producir a Juan Cornbutte gran provecho. *La Joven Audaz*, que había partido tres meses antes, volvía de Bodö, último puerto que había tocado, en la costa occidental de Noruega, habiendo hecho rápidamente su viaje.

Al regresar Juan Cornbutte a su casa, la encontró toda revuelta.

María, radiante de júbilo, poníase a la sazón su traje de boda.

—¡Con tal que el bergantín no llegue antes que nosotros...! —decía.

—¡Apresúrate, hija mía —respondió Juan Cornbutte—, porque los vientos vienen del Norte y *La Joven Audaz* corre mucho cuando navega a todo trapo!

—Tío, ¿están prevenidos nuestros amigos? —preguntó María.

—Sí, ya están prevenidos.

—¿Y el notario y el cura?

—Estáte tranquila. ¡Sólo a ti tendremos que esperar!

En aquel momento entró el compadre Clerbaut, diciendo:

—¡Ésta sí que es gran suerte, amigo Cornbutte! Tu navío llega precisamente en la época en que el Gobierno acaba de sacar a subasta grandes suministros de madera para la Marina.

—¿Qué me importa eso a mí? —respondió Juan Cornbutte—. Ahora no se trata del Gobierno.

—Efectivamente, señor Clerbaut —agregó María—, en este momento sólo nos preocupa una cosa: el regreso de Luis.

—No lo pongo en duda —respondió el compadre—; pero, en fin, esos suministros...

—Usted asistirá a la boda —dijo Juan Cornbutte interrumpiendo al negociante, a quien estrechó la mano de tal manera que estuvo a punto de partírsela.

—Esos suministros de madera...

—Usted vendrá con todos nuestros amigos de mar y tierra, Clerbaut. Todos están prevenidos, y sólo me falta invitar a la tripulación del bergantín.

—¿Iremos a esperarle al malecón? —preguntó María.

—¡Naturalmente! —respondió Juan Cornbutte—. Desfilaremos de dos en dos, con los violines en cabeza.

Los invitados de Juan Cornbutte no se hicieron esperar, sin que faltara ninguno de ellos a pesar de ser tan temprano, y todos, conforme iban llegando, se apresuraron a felicitar al bravo marino, a quien profesaban tanto cariño como respeto.

Mientras tanto, María, arrodillada, daba gracias a Dios por el feliz regreso de su prometido; pero esta piadosa ocupación no la entretuvo mucho tiempo, porque no tardó en presentarse, hermosa y engalanada, en la sala común, donde fue besuqueada por todas las comadres y saludada con un vigoroso apretón de manos por todos los hombres allí reunidos.

Juan Cornbutte dio la señal de partida, y el alegre cortejo nupcial se puso en marcha con dirección al mar, precisamente en el momento de salir el sol.

Como la noticia de la llegada del bergantín había circulado en el puerto, fueron muchas las cabezas que, tocadas aún con gorros de dormir, aparecieron en las ventanas y en las puertas entreabiertas de las casas, de cada una de las cuales salía un cumplimiento, un saludo o una frase lisonjera.

El cortejo nupcial llegó al malecón en medio de un concierto de alabanzas y bendiciones, y, como si el sol quisiera tomar parte en la fiesta, brillaba en el espacio con todo su esplendor.

El tiempo era magnífico. Un agradable viento del Norte rizaba las olas espumosas, y algunas barcas pesqueras surcaban la superficie líquida dejando tras de sí su rápida estela.

Las dos escolleras de Dunkerque, que prolongan el muelle del puerto, avanzan mucho, mar adentro, y el cortejo nupcial ocupaba

toda la anchura de una de ellas, la del Norte, hasta una pequeña casa situada en su extremo, donde velaba el capitán del puerto.

El bergantín de Juan Cornbutte era, a cada momento que transcurría, más visible, porque el viento arreciaba y *La Joven Audaz* corría impulsada por las velas de todos sus palos. Indudablemente, a bordo debía de reinar la misma alegría que en tierra.

Juan Cornbutte, con un anteojo de larga vista en la mano, respondía a todas las preguntas de sus amigos.

—¡He ahí mi hermoso bergantín —exclamaba—, limpio y bien aparejado como si acabara de ser botado al agua! ¡Sin una avería! ¡Sin una sola cuerda de menos!

—¿Ve usted a su hijo, el capitán? —le preguntaron.

—No; todavía no. ¡Ah! Estará, sin duda, haciendo alguna faena.

—¿Por qué no iza su bandera? —preguntó Clerbaut.

—No lo sé, querido amigo, pero seguramente tendrá algún motivo para ello.

—Déme su anteojo, querido tío —dijo María arrebatando a su futuro suegro, de las manos, el instrumento—. ¡Quiero verlo antes que nadie!

—¡Es mi hijo, muchacha!

—Cierto; pero hace treinta años que es su hijo, y sólo hace dos que es mi novio —respondió, riéndose, la joven.

La Joven Audaz veíase ya claramente. La tripulación hacía ya los preparativos necesarios para atracar, las velas altas habían sido recogidas, y podían reconocerse los marineros que maniobraban, pero ni María ni Juan Cornbutte habían podido aún saludar con la mano al capitán del bergantín.

—¡Voto al chápиро! —exclamó Clerbaut—. ¡Aquél es el segundo, Andrés Vasling!

—¡Y aquél otro es Fidel Misonne, el carpintero! —dijo otro de los que estaban en el muelle.

—¡Y nuestro amigo Penellán! —agregó un tercero, haciendo señas al marinero a quien acababa de nombrar.

La Joven Audaz sólo se encontraba a tres cables de distancia del puerto, cuando apareció una bandera negra en el pico de la vela cangreja... ¡Había duelo a bordo!

Todos los ánimos se sobrecogieron de terror, y especialmente la

novia.

El bergantín llegaba con tristeza al puerto, y un silencio glacial reinaba en su puente.

Tan pronto como el barco hubo rebasado el extremo del malecón, María, Juan Cornbutte y todos los amigos se precipitaron hacia el muelle en que iba a atracar, y, en un instante, se encontraron todos a bordo.

—¡Mi hijo! —exclamó Juan Cornbutte, que no pudo articular más palabras.

Los marineros del bergantín, con la cabeza descubierta, le mostraron la bandera negra.

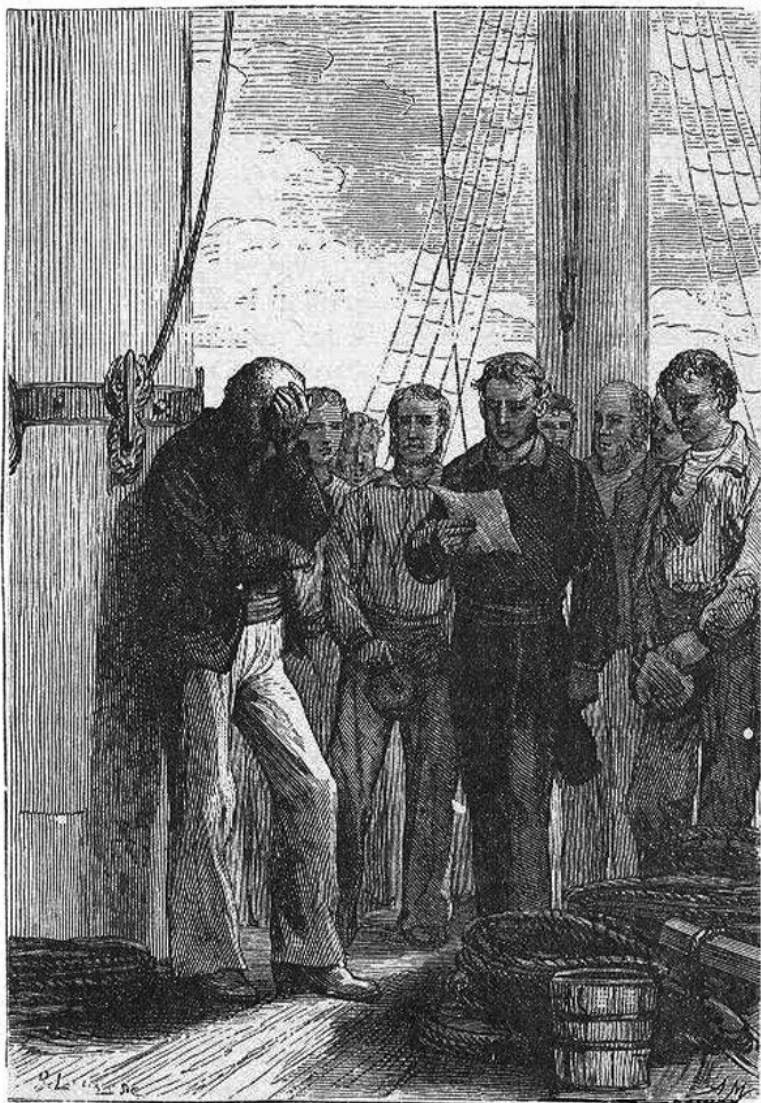
María exhaló un grito de angustia y cayó en los brazos del viejo Cornbutte.

Andrés Vasling había traído al puerto a *La Joven Audaz*; pero Luis Cornbutte, el novio de María, no estaba a bordo.

CAPÍTULO II

EL PROYECTO DE JUAN CORNBUTTE

INMEDIATAMENTE después que la joven, confiada a los cuidados de amigos caritativos, fue sacada del bergantín, el segundo de a bordo, Andrés Vasling, refirió a Juan Cornbutte el horroroso acontecimiento que le privaba de volver a ver a su hijo.



La triste noticia se supo pronto en todo Dunkerque.

Este suceso infausto estaba consignado en el diario de a bordo en los siguientes términos:

«Encontrándose el navío, el 26 de abril, a la altura del Maelström, al paio a causa del borrascoso temporal reinante y de los vientos del Sudoeste, distinguieron las señales que en demanda de socorro hacía una goleta a sotavento.

»Esta goleta, desprovista de su trinquete, corría hacia el remolino con las velas recogidas, y, viendo el capitán Luis Cornbutte que la pérdida del barco era inminente, resolvió ir a bordo para prestarle auxilio, a pesar de las observaciones que le hicieron los hombres de la tripulación.

»Mandó echar la chalupa al mar y se embarcó en ella con el marinero Cortois y el timonel Pedro Nouquet. La tripulación los siguió con la vista hasta el momento en que desaparecieron envueltos en la bruma.

»Llegó la noche, el estado del mar empeoraba más a cada momento que transcurría, y, como *La Joven Audaz*, atraída por las violentas corrientes que hay en aquellos parajes, corría el riesgo de ser engullida por la vorágine del Maelström, tuvo que huir, viento en popa.

»Durante algunos días recorrió inútilmente el lugar del siniestro: la chalupa del bergantín, la goleta, el capitán Luis Cornbutte y los dos marineros no volvieron a aparecer.

»Andrés Vasling reunió entonces a la tripulación, tomó el mando del navío e hizo vela hacia Dunkerque».

Juan Cornbutte, después de haber leído este relato, tan escueto como el del suceso más sencillo de a bordo, lloró durante largo rato, sin que sirviera de lenitivo a su dolor otra cosa que la satisfacción de que su hijo hubiera hallado la muerte por socorrer a sus semejantes.

Después, el infortunado padre salió del bergantín, cuya vista le mortificaba, y regresó a su casa abismado en profundo desconsuelo.

La triste noticia de la desaparición del capitán y de dos marineros de *La Joven Audaz* se supo pronto en todo Dunkerque, y los amigos del viejo marino Juan Cornbutte se apresuraron a testimoniarle su sentimiento.

Los tripulantes del bergantín refirieron más tarde todos los detalles del desgraciado acontecimiento, y Andrés Vasling explicó a

María todas las circunstancias que habían concurrido en el acto de heroísmo realizado por su infeliz novio.

Juan Cornbutte, después de haber llorado amargamente, reflexionó con detenimiento, y el resultado de estas reflexiones fue que, cuando al día siguiente de su llegada lo visitó Andrés Vasling, se apresuró a preguntarle:

—¿Tiene completa seguridad de que mi hijo ha muerto?

—¡Ay! Desgraciadamente, sí, señor Juan —respondió el interpelado.

—¿Se hizo todo lo necesario para volver a encontrarlo?

—Se hizo absolutamente todo lo que se podía hacer, señor Cornbutte; pero, por desgracia, no nos cabe la menor duda de que los dos marineros y él fueron engullidos por la vorágine del Maelström.

—Andrés, ¿le interesa continuar siendo el segundo del bergantín?

—Eso depende de quién sea el capitán, señor Cornbutte.

—El capitán seré yo, Andrés —dijo el viejo marino—. Voy a proceder inmediatamente a la descarga de mi barco y, luego, organizaré la tripulación y saldré a buscar a mi hijo.

—Su hijo ha muerto —insistió Andrés Vasling.

—Sí, es posible, Andrés —repuso Juan Cornbutte—; pero, como también es probable que esté vivo, quiero registrar todos los puertos de Noruega a los que haya podido ser impulsado, para ver si lo encuentro. Cuando adquiriera la convicción de que no he de volver a verlo, vendré a morir aquí.

Andrés Vasling, comprendiendo que no haría desistir de su propósito al viejo, se retiró sin insistir.

Juan Cornbutte se apresuró a notificar su proyecto a su sobrina, quien vio brillar entre sus lágrimas un destello de esperanza. A la joven no se le había ocurrido poner en duda la muerte de su amado; pero, apenas entrevió la probabilidad de que se hubiera salvado, se aferró a esta esperanza, abandonándose a ella por completo.

Como *La Joven Audaz* era un bergantín sólidamente construido y no había necesidad de hacerle reparaciones por no haber sufrido avería alguna, Juan Cornbutte decidió emprender inmediatamente el viaje, a cuyo efecto hizo publicar que, si a sus marineros les interesaba volver a embarcarse, la tripulación no sufriría otra

modificación que la de encargarse él del mando del buque en remplazo de su hijo.

Como era de esperar, ninguno de los compañeros de Luis Cornbutte faltó al llamamiento, y entre ellos los había muy valientes. Alain Turquette, el carpintero Fidel Misonne, el bretón Penellán, que remplazó a Pedro Nouquet en las funciones de timonel de *La Joven Audaz*, y los bravos y experimentados marinos Grandlin, Aupic y Gervique, todos se apresuraron a ponerse a las órdenes del nuevo capitán.

El único que vaciló durante algún tiempo fue Andrés Vasling, quien, al proponerle de nuevo Juan Cornbutte que recobrara su puesto, opuso algunas dificultades y pidió que se le permitiera reflexionar antes de decidirse.

El segundo del bergantín era un marino inteligente y que maniobraba con mucha habilidad, como lo había demostrado conduciendo a *La Joven Audaz* a buen puerto, después de la muerte del capitán Luis.

—Como guste, Andrés Vasling —respondió Juan Cornbutte, algo sorprendido de las vacilaciones del segundo—. No olvide que, si al fin acepta, será muy bien acogido por todos nosotros.

El viejo marino contaba para todo con el bretón Penellán, persona que le era completamente adicta y que durante mucho tiempo había sido su compañero de viajes. Antiguamente, cuando el timonel estaba en tierra, María, siendo niña, había pasado muchas horas en sus brazos, durante las largas veladas de invierno. Por eso, sin duda, le profesaba gran cariño paternal, al que la joven correspondía con acendrado afecto de hija.

Penellán, pues, activó cuanto le fue posible el armamento del bergantín para que pudiera emprender el viaje cuanto antes, especialmente por la creencia en que el timonel estaba de que Andrés Vasling no había hecho todas las investigaciones que debió hacer para encontrar a los náufragos, aunque lo excusaba la responsabilidad que, como capitán, pesaba sobre él.

Antes de que hubieran transcurrido ocho días, *La Joven Audaz* encontrábase ya dispuesta para hacerse a la vela; pero, esta vez, en lugar de mercancías, fue abastecida de carnes saladas, galletas, barriles de harina, patatas, tocino, vino, aguardiente, café, tabaco y de todas aquellas cosas que se consideran necesarias para

emprender un viaje de ilimitada duración.

Al fin se decidió emprender la marcha el día 22 de mayo, y la víspera, por la tarde, Andrés Vasling, que no había respondido aún a la proposición que le había hecho Juan Cornbutte, se presentó en casa de éste.

Todavía estaba indeciso y no sabía qué partido adoptar.

Aunque la puerta de la casa de Juan Cornbutte estaba abierta, el viejo marinero no se encontraba allí; pero Andrés Vasling no se detuvo, sino que, por lo contrario, se encaminó directamente a la sala común, que, por cierto, comunicaba con el aposento de María.

A los oídos de Vasling llegó el rumor de una conversación muy animada, sostenida en la habitación de la joven. Prestó atención y reconoció las voces de Penellán y de María.

Debía de hacer ya largo rato que duraba la discusión, porque la joven parecía oponer gran firmeza a las observaciones del marino bretón.

—¿Qué edad tiene mi tío Juan Cornbutte? —preguntaba María.

—Unos sesenta años —respondía Penellán.

—Pues bien, ¿no va a afrontar toda clase de peligros por encontrar a su hijo?

—Nuestro capitán está muy fuerte todavía —replicaba el marinero—. Tiene cuerpo de roble y músculos de acero, y nada de extraño es que vuelva de nuevo al mar.

—Mi buen Penellán —repuso María—, se es muy fuerte cuando se ama. Además, tengo mucha confianza en Dios y no dudo que me prestará ayuda. Usted me comprende y también me ayudará.

—No —protestaba Penellán—; es imposible, María. ¡Quién sabe adónde iremos y qué peligros tendremos que afrontar! ¡He visto a muchos hombres vigorosos dejar su vida en los mares!

—Penellán —rearguyó la joven—, no desistiré de ningún modo, y, si usted me contraria, creeré que no me ama ya.

Andrés Vasling comprendió, por lo que acababa de oír, cuál era el propósito de la joven; reflexionó un momento y adoptó su partido.

—Juan Cornbutte —dijo avanzando hacia el viejo marino, que entró entonces—. Voy con usted. Las causas que me impedían embarcar han desaparecido y puede usted contar conmigo.

—Jamás lo puse en duda, Andrés Vasling —respondió Juan

Cornbutte, estrechándole la mano—. ¡María, hija mía! —dijo luego con voz alta.

María y Penellán acudieron inmediatamente.

—Aparejaremos mañana, al despuntar el día, cuando descienda la marea —dijo el viejo marino—. ¡Mi pobre María, ésta es la última noche que pasaremos juntos!

—¡Querido tío! —exclamó la joven, cayendo en los brazos de Juan Cornbutte.

—¡María, con la ayuda de Dios te traeré a tu prometido!

—Sí, traeremos a Luis —agregó Andrés Vasling.

—Entonces, ¿es usted de los nuestros? —preguntó vivamente Penellán.

—Sí, Penellán; Andrés Vasling será mi segundo —respondió Juan Cornbutte.

—¡Oh! ¡Oh! —exclamó el bretón de un modo singular.

—Sus consejos nos serán muy útiles, porque es hábil y emprendedor.

—Es usted, capitán, quien nos enseñará a todos —repuso Andrés Vasling—, porque todavía tiene usted tanto vigor como sabiduría.

—Bien, amigos míos, hasta mañana. ¡Hasta la vista, Andrés! ¡Hasta la vista, Penellán!

El segundo y el marinero salieron juntos, quedándose María y Juan Cornbutte frente a frente. ¡Cuántas lágrimas derramaron ambos durante aquella triste noche!

Juan Cornbutte, al ver tan desolada a María, resolvió separarse de ella bruscamente, abandonando la casa por la mañana temprano sin prevenirla.

Con este propósito, diole aquella noche su último beso, y a las tres de la madrugada abandonó el lecho.

Esta partida del bergantín había llevado al muelle a todos los amigos del viejo marino. El cura, que debía consagrar la unión de María y de Luis, acudió también a bendecir nuevamente el barco. Se cambiaron en silencio fuertes apretones de manos, y Juan Cornbutte subió a bordo.

La tripulación estaba en su puesto; Andrés Vasling dio las últimas órdenes; se largaron las velas, y el bergantín se alejó rápidamente, impulsado por una buena brisa Nordeste, mientras que el cura, de pie en medio de los espectadores arrodillados,

confiaba el buque a la protección de Dios.

¿A dónde va ese bergantín? ¿Sigue el rumbo peligroso en que perecieron tantos náufragos? ¡No tiene destino cierto! ¡Debe arrostrar todos los peligros y saberlos dominar sin vacilación! ¡Sólo Dios sabe el lugar en que podrá abordar! ¡Que la Providencia le guíe!

CAPÍTULO III

DESTELLO DE ESPERANZA

COMO la época en que el bergantín emprendió el viaje era la estación más favorable para navegar, la tripulación iba confiada en llegar pronto al lugar del naufragio.

El plan de Juan Cornbutte estaba, naturalmente, trazado. Confiaba arribar a las islas Feroe, adonde el viento del Norte podía haber impelido a los náufragos, y, si adquiría la certidumbre de que no habían sido recogidos en puerto alguno de aquellos parajes, llevaría sus investigaciones más allá del mar del Norte, y registraría toda la costa occidental de Noruega, hasta Bodö, que era el lugar más próximo al naufragio, y, si era preciso, iría más lejos aún.

Andrés Vasling creía, por el contrario, que debían explorarse las costas de Islandia; pero Penellán le recordó que, cuando ocurrió la catástrofe, venía del Oeste la borrasca, lo que, además de dar la esperanza de que los desgraciados no hubieran sido arrastrados hacia la vorágine del Maelström, permitía suponer que hubieran sido arrojados a la costa de Noruega.

Y se resolvió, al fin, seguir el litoral todo lo más cerca posible para reconocer, si los había, los vestigios de su paso.

Estaba Juan Cornbutte, al día siguiente de la partida, abismado en profundas reflexiones, con la cabeza inclinada sobre un mapa, cuando advirtió que se apoyaba en su espalda una manecita, al mismo tiempo que una voz dulce le decía a su oído:

—¡Tenga mucho ánimo, querido tío!



¡Tenga mucho ánimo, querido tío!

El viejo marino volvióse inmediatamente y quedóse estupefacto al ver a María que le rodeaba el cuerpo con los brazos.

—¡María! ¡Mi hija a bordo! —exclamó.

—Bien puede la mujer ir a buscar a su marido, cuando el padre se embarca para salvar a su hijo.

—¡Desgraciada! ¿Cómo es posible que puedas soportar nuestras fatigas? ¿Sabes que tu presencia puede dificultar nuestras exploraciones?

—No las entorpecerá, querido tío, porque soy fuerte.

—¡Quién sabe adonde seremos arrastrados, María! Mira este mapa. Nos acercamos a parajes que son muy peligrosos hasta para los marinos endurecidos en las fatigas del mar. ¿Qué va a ser de ti, débil criatura?

—Pero, querido tío, tenga en cuenta que pertenezco a una familia de marinos, que estoy acostumbrada a oír los relatos de luchas y de tempestades, y que estoy al lado de usted y de mi viejo amigo Penellán.

—¡Penellán! Él es quien te ha ocultado a bordo.

—Sí, querido tío, pero solamente lo ha hecho cuando se convenció de que yo estaba dispuesta a pasarme sin su ayuda.

—¡Penellán! —gritó Juan Cornbutte.

El bretón acudió en seguida.

—Penellán, es imposible deshacer lo hecho; pero no olvides que eres responsable de la vida de María.

—Esté usted tranquilo, capitán —dijo el marinero—. La muchacha es fuerte y valerosa y será nuestro ángel guardián. Y, además, mi capitán, ya conoce usted mi opinión: cuanto en el mundo ocurre es lo mejor que puede ocurrir.

La joven se instaló en un camarote que la tripulación dispuso inmediatamente para ella, esforzándose por hacerlo lo más cómodo posible.

Ocho días después, llegó *La Joven Audaz* a las islas Feroe, donde se hicieron minuciosas investigaciones que resultaron inútiles. En aquella costa no sólo no había sido recogido ningún naufragio ni se había visto resto alguno de buque, sino que hasta la noticia del suceso era completamente desconocida.

En su consecuencia, el 10 de junio prosiguió su viaje el bergantín, después de haber permanecido diez días en la citada

costa.

Como el estado de la mar era bueno y el viento firme, *La Joven Audaz* fue rápidamente impelida a las costas de Noruega, donde se hicieron exploraciones, que también resultaron infructuosas.

En vista de ello, resolvió Juan Cornbutte dirigirse a Bodö, donde esperaba, por lo menos, averiguar el nombre del buque naufragado, en cuyo auxilio habían acudido el capitán Luis y sus dos marineros.

Efectivamente, el bergantín ancló el 30 de junio en dicho puerto, donde las autoridades entregaron a Juan Cornbutte una botella recogida en aquella costa.

Dentro de esta botella fue hallado un documento, redactado del modo siguiente:

«Hoy, 26 de abril, a bordo del *Frooem*, después de haber sido alcanzados por una chalupa de *La Joven Audaz*, somos arrastrados por las corrientes hacia los hielos. ¡Que Dios se apiade de nosotros!»

Leído el documento, Juan Cornbutte cayó de rodillas para dar gracias a Dios, que lo había puesto en camino de encontrar a su hijo.

El *Frooern* era una goleta noruega, de la que no se tenían ya noticias y que evidentemente había sido arrastrada hacia el Norte.

Era necesario apresurarse, por lo que, hechos los preparativos necesarios, *La Joven Audaz* quedó pronto en disposición de arrostrar los innumerables peligros que los mares polares ofrecen. El carpintero Fidel Misonne examinó escrupulosa y detenidamente el bergantín, para asegurarse de que estaba sólidamente construido y podía resistir el choque de las masas de hielo.

Penellán, que había sido pescador de ballenas en los mares árticos, se cuidó de la provisión de mantas de lana, ropas forradas de pieles, zapatillas de piel de foca y la madera necesaria para construir trineos cuando hubiera que correr sobre las llanuras de hielo.

Además, para el caso de que hubiese necesidad de invernar en algún punto de la costa groenlandesa, se adquirieron grandes cantidades de alcohol y de hulla; se consiguió reunir, a costa de grandes esfuerzos, cierta cantidad de limones para evitar y curar el escorbuto, esa enfermedad terrible que suele diezmar las tripulaciones en las regiones glaciales, y se aumentaron en tal proporción las provisiones de carnes saladas, galletas y aguardiente,

que, llena completamente la despensa, ocuparon parte de la bodega, donde también se guardó mucho *pemmican*, preparación india que contiene muchos alimentos nutritivos concentrados en poco volumen.

No se olvidó Juan Cornbutte de proveer a *La Joven Audaz* de sierras para cortar el hielo, y de picos y cuñas para separar los trozos, reservándose el cuidado de adquirir en la costa de Groenlandia los perros que se necesitaran para arrastrar los trineos.

La tripulación desplegó gran actividad en hacer todos estos preparativos, al mismo tiempo que seguían escrupulosamente los consejos de Penellán, quien los decidió a no usar ropa de lana, a pesar de que la temperatura era muy baja en aquellas latitudes situadas más allá del círculo polar.

Pero el timonel no se limitaba a dar consejos, sino que, además, observaba muy atentamente los actos más insignificantes de Andrés Vasling, holandés que, aunque era excelente marino y había hecho ya dos viajes a bordo de *La Joven Audaz*, no se sabía de dónde había venido. En realidad de verdad, no podía censurársele todavía nada, a no ser lo solícito que se mostraba con la joven María; pero, esto no obstante, Penellán lo vigilaba muy de cerca.

Con tanta actividad trabajó la tripulación, que el 16 de julio, quince días después de haber llegado a Bodö, el bergantín estaba armado y en disposición de emprender el viaje, precisamente en la época favorable para intentar hacer exploraciones en los mares polares.

Hacía dos meses que había empezado el deshielo, y Juan Cornbutte podía llevar las investigaciones más allá.

La Joven Audaz, pues, aparejó y emprendió la marcha hacia el cabo Brewster, que se encuentra en la costa oriental de Groenlandia, a los setenta grados de latitud.

CAPÍTULO IV

EN LOS PASOS

HACIA el 23 de julio divisóse en la lejanía, por encima del mar, un reflejo que anunció los primeros bancos de hielo, que salían entonces del estrecho de Davis para precipitarse en el océano. En seguida se recomendó a los vigías que no descuidasen un solo momento la vigilancia, para evitar que el bergantín chocara con alguna de aquellas enormes masas.

A este efecto, se dividió la tripulación en dos cuartos, el primero de los cuales estaba compuesto por Fidel Misonne, Grandlin y Gervique, y el segundo por Andrés Vasling, Aupic y Penellán; pero, como en aquellas frías regiones las fuerzas del hombre disminuyen tanto que casi quedan reducidas a la mitad, estos cuartos sólo debían durar dos horas cada uno.

El termómetro señalaba ya nueve grados centígrados bajo cero, aunque *La Joven Audaz* no estaba aún sino a los setenta y tres grados de latitud.

Llovía y nevaba copiosamente con frecuencia; pero, cuando el horizonte se despejaba y el viento no soplaba con mucha violencia, María subía al puente y su vista iba, poco a poco, familiarizándose con las rudas escenas de los mares polares.

El 1.º de agosto fue un día claro, en el que ni una sola nube empañaba el azul purísimo del cielo, y la joven, que había abandonado su camarote, empezó a pasear a popa del bergantín, entablando conversación con su tío, con Andrés Vasling y con Penellán.

La joven Audaz acababa de entrar en un paso de tres millas de anchura, por el que descendían rápidamente hacia el Sur

innumerables grupos de carámbanos despedazados.

—¿Cuándo veremos tierra? —inquirió la joven.

—Dentro de tres o cuatro días, a lo sumo —contestó Juan Cornbutte.

—¿Y encontraremos nuevos indicios de mi pobre Luis?

—Quizá los encontremos, hija mía; pero temo mucho que estemos todavía muy lejos del término de nuestro viaje. Es muy probable que el *Frooem* haya sido arrastrado más al Norte.

—Seguramente lo ha sido —agregó Andrés Vasling—, porque la borrasca que nos alejó del buque noruego duró tres días, y en ese tiempo corre mucho un barco cuando está tan desamparado que no puede resistir el viento.

—Permítame que le diga, señor Vasling —objetó Penellán—, que, como eso ocurrió en el mes de abril, cuando todavía no había empezado el deshielo, el *Frooem* debió de quedar pronto detenido por los carámbanos.

—Y seguramente hecho añicos —replicó el segundo—, porque la tripulación no podía maniobrar.

—Pero las llanuras de hielo —dijo Penellán— le facilitaban el acceso a la tierra, de la que no podía estar muy lejos.

—Esperemos —dijo Juan Cornbutte para poner término a la discusión que el segundo y el timonel renovaban diariamente—. Creo que pronto veremos tierra.

—¡Allí está! —exclamó María—. Miren las montañas.

—No, hija mía —dijo Juan Cornbutte—, no son montañas de tierra, sino de hielo, las que tú ves. Son las primeras que encontramos, y nos triturarían como vidrio si tuviéramos la desgracia de que nos cogieran. ¡Penellán! ¡Vasling! Cuiden ustedes de la maniobra.

Poco a poco fueron acercándose al bergantín aquellas enormes masas flotantes, de las que aparecían en aquel momento en el horizonte más de cincuenta. Penellán agarró el timón y Juan Cornbutte, que subió a los baos del juanete de proa, indicó la dirección que se debía seguir.

Por la tarde, el bergantín estaba completamente rodeado de escollos movedizos de irresistible potencia destructora. Tratábase, a la sazón, de atravesar por entre aquella serie de montañas, porque la prudencia aconsejaba caminar hacia delante. Pero no era ésta la

única dificultad con que se tropezaba entonces, porque, además, había que luchar con la que oponía la imposibilidad de reconocer la dirección del bergantín, pues, como todos los puntos circundantes no cesaban de variar de dirección, se carecía de perspectiva estable.

A estas dificultades vino a sumarse la oscuridad, que aumentó pronto con la niebla.

María bajó a su camarote, y los ocho hombres de la tripulación, cumpliendo la orden dada por el capitán, quedaron sobre el puente. Todos estaban armados con largos bicheros guarnecidos con puntas de hierro para apartar las masas de hielo y evitar que el barco chocara con ellas.

La Joven Audaz entró en un canal tan angosto que las montañas que marchaban a la deriva rozaban a veces los extremos de las vergas, por lo que era necesario recoger los botalones rastreros y se hizo precisó orientar la verga mayor hasta tocar con los obenques.

Afortunadamente la maniobra no hizo perder velocidad al bergantín, porque el viento sólo podía hacer presa en las velas superiores, y éstas bastaron para impelerlo con rapidez.

Merced a las condiciones de su casco, penetró el bergantín en aquellos valles llenos de torbellinos de lluvia, mientras que los carámbanos chocaban irnos contra otros produciendo crujidos siniestros.

Juan Cornbutte volvió a bajar al puente; pero su vista no logró penetrar las tinieblas en que estaba envuelto el bergantín.

Como éste corría el riesgo de tocar el fondo, en cuyo caso se habría perdido, se cargaron las velas altas.

—¡Maldito viaje! —murmuraba Andrés Vasling entre los marineros de proa, que con el bichero en las manos evitaban los choques de más peligro.

—¡La verdad es que, si de ésta salimos bien librados, deberemos a Nuestra Señora de los Hielos una hermosa vela! —respondió Aupic.

—¿Quién sabe por entre cuántas de estas montañas flotantes nos veremos obligados todavía a atravesar? —agregó el segundo.

—Y, ¿quién puede prever lo que vendrá después? —replicó el marinero.

—No hables tanto, charlatán —aconsejó Gervique—, y cuidate más de lo que tienes que hacer. Cuando haya pasado el peligro,

podrás gruñir cuanto gustes; pero ahora atiende a tu bichero.

En aquel momento, un bloque enorme de hielo, metido en el angosto canal que seguía el bergantín, corría con gran rapidez hacia *La Joven Audaz*, obstruyendo la anchura del paso. Como el bergantín no podía virar, parecía imposible evitar el choque.

—¿Sientes la barra? —preguntó Juan Cornbutte al timonel.

—No, mi capitán. El bergantín no obedece ya.

—¡Eh, muchachos! —gritó el capitán a la tripulación—. No temáis y apoyad con fuerza los bicheros en la regala.

El bloque de hielo, que amenazaba chocar con el bergantín, tenía unos sesenta pies de altura. Era, pues, evidente que, si el choque llegaba a verificarse, el barco quedaría triturado.

Hubo un momento de indefinible angustia durante el cual la tripulación, contraviniendo las órdenes de Juan Cornbutte, corrió despavorida hacia popa; pero por fortuna, cuando el bloque de hielo sólo se encontraba ya a medio cable de distancia de *La Joven Audaz*, oyóse un ruido sordo y cayó una tromba de agua sobre la proa del bergantín, que fue elevado sobre el lomo de una ola gigantesca.

Los marineros profirieron un grito de terror; pero cuando miraron hacia delante, el bloque de hielo había desaparecido, el paso estaba libre y, más allá, distinguíase una inmensa llanura de agua, iluminada por los últimos rayos del sol, y por la que ya era fácil navegar.

—¡Todo va bien! —exclamó Penellán—. Orientemos las gavias y el trinquete.

Lo que acababa de ocurrir era un fenómeno muy común en aquellas regiones. Cuando, en la época del deshielo, se desprenden unos de otros los bloques de hielo flotantes, navegan con perfecto equilibrio hasta que, al llegar al Océano, cuya agua es más caliente, son minados por la base que, quebrantada ya por el choque con otra masa, se derrite poco a poco. Entonces, ocurre que el centro de gravedad varía de sitio, y los bloques zozobran por completo. En el caso de referencia habría bastado que la mole de hielo hubiera tardado dos minutos más en volverse para que el bergantín hubiese sido aplastado por ella.

Por fortuna para los tripulantes de *La Joven Audaz*, no ocurrió así.

CAPÍTULO V

LA ISLA LIVERPOOL

A la sazón, navegaba el bergantín por un mar casi libre de obstáculos.

La claridad blanquecina e inmóvil que se divisaba en el horizonte revelaba la presencia de llanuras fijas.

Juan Cornbutte continuaba navegando con rumbo al cabo Brewster, aproximándose cada vez más a las regiones de temperatura excesivamente fría, por llegar a ellas muy debilitados los rayos solares a causa de su oblicuidad.

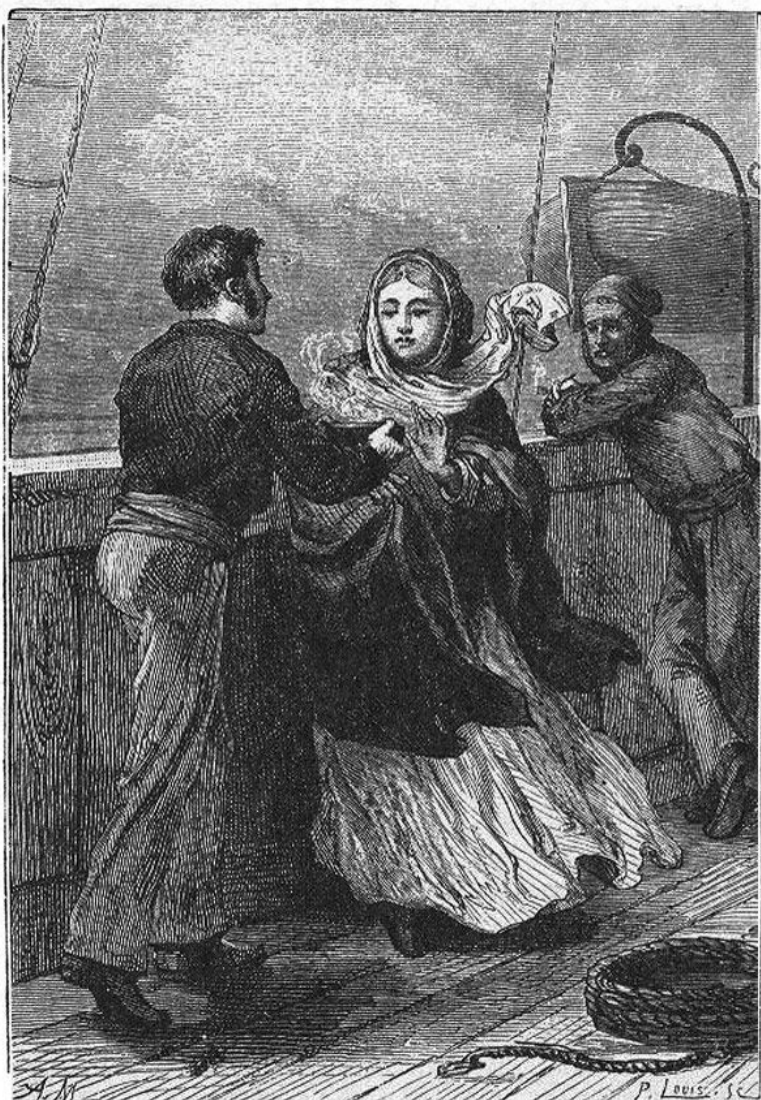
El 3 de agosto encontróse el bergantín frente a grandes bloques de hielo inmóviles y unidos entre sí y, como los pasos que entre algunos de ellos había no tenían sino un cable de anchura, *La Joven Audaz* veíase en la precisión de dar mil vueltas que a veces la colocaban con la proa flechada al viento.

Penellán, que cuidaba de María con solicitud paternal, obligábala, a pesar del frío, a pasearse todos los días durante dos o tres horas sobre el puente, porque el ejercicio era una de las condiciones indispensables de la salud.

El valor de María no se debilitaba, sino que, por el contrario, crecía a medida que aumentaban las contrariedades, y hasta ella misma alentaba a los marineros con sus palabras, por lo que todos la hacían objeto de una verdadera adoración.

Andrés Vasling, que se mostraba con ella más solícito cada día, aprovechaba todas las ocasiones que se le presentaban para hablarle; pero la joven, por una especie de presentimiento, acogía sus servicios con cierta frialdad. Se comprende fácilmente que lo por venir, más que lo presente, era el objeto de las conversaciones

de Andrés Vasling, quien no ocultaba que había muy pocas probabilidades de que se hubieran salvado los náufragos. Según su opinión, la pérdida de estos infelices era un hecho consumado, y la joven debía, por consiguiente, confiar a otras manos el cuidado de su existencia.



Andrés Vasling se manifestaba con ella más solícito cada día.

Sin embargo, María no había llegado aún a comprender los proyectos de Andrés Vasling, porque, con gran disgusto de éste, las conversaciones no se prolongaban nunca. Penellán encontraba siempre medios de intervenir y desvirtuar el efecto de los conceptos emitidos por el segundo del bergantín, pronunciando palabras de esperanza que María escuchaba con delectación.

Por lo demás, la joven tenía también sus ocupaciones, pues, por consejo del timonel, preparó sus ropas de invierno y tuvo precisión de cambiar completamente su indumentaria.

Como el corte de sus vestidos femeninos no era el que convenía en aquellas frías latitudes, se hizo una especie de pantalón forrado, cuyos pies estaban guarnecidos de piel de foca, y una falda estrecha que sólo le llegaba a media pierna a fin de que no estuviera en contacto con las capas de nieve, con que el invierno iba a cubrir las planicies de hielo. Un manto de pieles, estrechamente ceñido al talle y guarnecido de un capuchón, le protegería la parte superior del cuerpo.

También los marineros, en los intervalos de sus trabajos, se confeccionaban trajes a propósito para preservarse del frío. Se hicieron gran cantidad de botas altas de piel de foca, que debían permitirles atravesar impunemente las nieves en sus viajes de exploración.

En estos trabajos se invirtió todo el tiempo que duró la navegación por los pasos.

Andrés Vasling, que era un tirador muy hábil, mató muchos pájaros acuáticos, de los cuales eran numerosas las bandadas que voltejaban en tomo del buque. Una especie de patos y perdices nivales proveyeron a la tripulación de carne excelente, que sirvió para abstenerse de comer conservas saladas durante algunos días.

Al fin, después de dar numerosos rodeos, llegó el bergantín a la vista del cabo Brewster, donde se lanzó una chalupa al mar y Juan Cornbutte y Penellán ganaron la costa, que estaba completamente desierta.

Luego, dirigióse el bergantín a la isla de Liverpool, descubierta en 1821 por el capitán Scoresby, y la tripulación, al ver a los indígenas que corrían hacia la playa, prorrumpió en exclamaciones de júbilo.

Gracias a algunas palabras que del lenguaje de los naturales de

aquel país sabía Penellán y a algunas frases usuales que ellos habían aprendido oyendo hablar a los balleneros que frecuentaban aquellos parajes, pronto quedó establecida la comunicación entre unos y otros.

Aquellos groenlandeses eran pequeños y rechonchos; su estatura no pasaba de cuatro pies y diez pulgadas; tenían tez rojiza, cara redonda, frente aplastada, y los cabellos, lacios y negros, les caían sobre la espalda. Sus dientes estaban cariados, y todos parecían que estaban afectados de esa especie de lepra peculiar de las tribus ictiófagas.

A cambio de trozos de hierro y de cobre, de los que son muy ávidos, aquellas pobres gentes entregaban pieles de osos, de vacas y de perros marinos, de lobos de mar y de todos los animales comprendidos en la denominación general de focas.

Juan Cornbutte obtuvo a precio muy bajo muchos objetos que habían de serle de gran utilidad.

El capitán hizo entonces comprender a los indígenas de la isla que iba en busca de un navío que había naufragado y les preguntó si no tenían alguna noticia de él. Uno de ellos dibujó inmediatamente sobre la nieve una especie de barco e indicó que un buque de aquella especie había sido, tres meses antes, empujado hacia el Norte. También indicó que el deshielo y la ruptura de los carámbanos les habían impedido acudir en su socorro, y así era en efecto, porque sus piraguas, demasiado ligeras y que ellos manejaban con pagayas, no podían darse a la mar en tales condiciones.

Estas noticias, aunque imperfectas, acrecentaron la esperanza de los marineros, y Juan Cornbutte no tuvo que esforzarse mucho para internarlos más en el mar polar.

Antes de abandonar la isla de Liverpool, el capitán adquirió seis perros esquimales, que pronto se aclimataron a bordo, y en la mañana del 10 de agosto levó anclas el bergantín, que, impelido por una fresca brisa, no tardó en penetrar en los pasos del Norte.

Eran, a la sazón, los días más largos del año, es decir, los días en que el sol, que en aquellas elevadas latitudes no se pone nunca, llegaba al punto más alto de las espirales que describe en el horizonte.

Sin embargo, esta falta absoluta de la noche no era muy

sensible, porque el bergantín encontrábase con frecuencia sumido en tinieblas a causa de la bruma, la lluvia y la nieve que lo envolvían.

Juan Cornbutte, decidido a avanzar tanto como pudiera, empezó a adoptar medidas higiénicas, y, al efecto, hizo cerrar por completo el entrepuente, que era ventilado únicamente por las mañanas; instaló estufas, cuyos tubos dispuso de modo que produjesen la mayor cantidad posible de calor, y recomendó a los marineros que no se pusieran más que una camisa de lana encima de la de algodón y que se abrocharan herméticamente las zamarras.

Como importaba mucho conservar las provisiones de leña y de carbón para la época en que el frío fuera más intenso, no se encendió fuego aún; pero, en cambio, se distribuían a los hombres de la tripulación, con regularidad, mañana y tarde, café, té y otras bebidas calientes.

Se cazaron patos y cercetas, que en aquellos parajes abundan mucho, no sólo para nutrirse de carne fresca sino también para economizar los víveres aprovisionados en la despensa.

Juan Cornbutte hizo instalar en la punta del palo mayor una especie de nido de cornejas o tonel sin fondo, donde colocó un vigía que debía observar constantemente las llanuras de hielo.

A los dos días de haber perdido de vista el bergantín la isla de Liverpool, empezó a soplar un viento fresco que enfrió súbitamente la temperatura y aparecieron algunos indicios del invierno.

No había tiempo que perder. *La Joven Audaz* debía apresurarse todo lo posible, antes que el camino se le cerrara.

Avanzó, por consiguiente, entre los pasos que los bloques de hielo —algunos de los cuales tenían treinta pies de grueso— dejaban entre sí.

En la mañana del 3 de setiembre, llegó el bergantín a la altura de la bahía de Gael-Hamkes. La tierra estaba entonces a una distancia de treinta millas a sotavento.

La Joven Audaz viose por vez primera en la precisión de detenerse frente a un banco de hielo, de media milla de anchura por lo menos, que no le ofrecía paso alguno, por lo que se resolvió cortarlo con las sierras.

Instaladas estas herramientas fuera del bergantín, encargó su manejo a Penellán, Aupic, Grandlin y Turquette, quienes trazaron

los cortes de manera que el agua pudiera llevarse en su corriente los trozos desprendidos.

En esta operación empleó la tripulación veinte horas, por la dificultad que había de sostenerse sobre el hielo. Como, para trabajar, veíanse a veces precisados a meterse en el agua, la labor resultó doblemente penosa, porque los trajes de piel de foca no les preservaban de la humedad sino muy imperfectamente.

Además, en aquellas latitudes elevadas el trabajo excesivo fatiga mucho, porque llega a faltar la respiración, y los hombres más robustos se ven obligados a descansar de cuando en cuando.

Al fin, el paso quedó libre y el bergantín pudo ser remolcado hasta más allá del banco de hielo que le había impedido avanzar durante tanto tiempo.

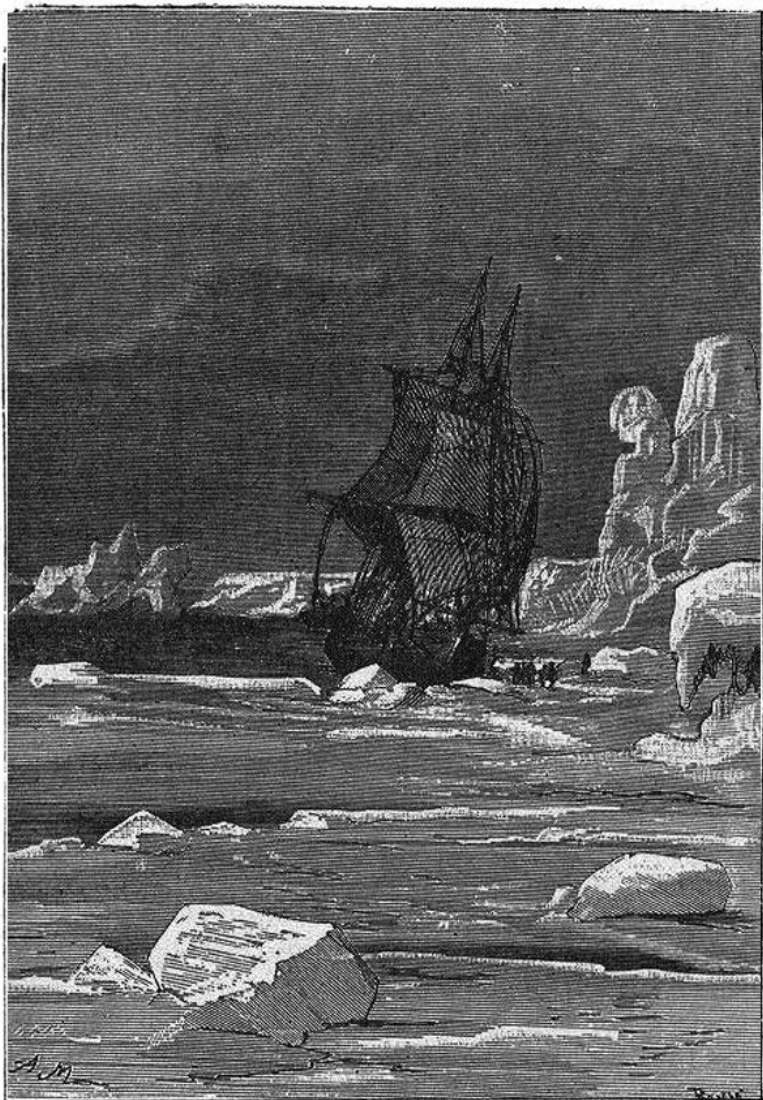
CAPÍTULO VI

TERREMOTO DE HIELOS

LA JOVEN AUDAZ viose obligada a luchar contra obstáculos insuperables durante algunos días más.

Los marineros, casi constantemente con la sierra en las manos, tuvieron, además, que emplear la pólvora para volar los enormes bloques de hielo que obstruían el paso.

El 12 de setiembre, todo el mar que se divisaba desde el bergantín era una llanura sólida sin salida, de suerte que era imposible avanzar ni retroceder.



Por primera vez *La Joven Audaz* se detuvo frente a un banco de hielo.

El termómetro señalaba Casi constantemente dieciséis grados bajo cero.

Se aproximaba, por consiguiente, el momento de invernar y la estación de las grandes heladas con su obligado acompañamiento de torturas y de peligros.

La Joven Audaz se encontraba, a la sazón, casi en el 21º de longitud occidental y en el 76º de latitud norte, a la entrada de la bahía de Gael-Hamkes.

Juan Cornbutte se dispuso a hacer los preparativos necesarios para invernar. En primer lugar se ocupó en buscar una ensenada que le permitiera estar a cubierto de los chubascos y de los grandes deshielos, y, como la tierra, que debía encontrarse a unas diez millas al Oeste, era el único lugar que podía ofrecerle un refugio seguro, resolvió ir a hacer un reconocimiento.

Al efecto, emprendió la marcha, acompañado por Andrés Vasling, Penellán, Grandlin y Turquette, llevando cada uno raciones para dos días, porque no era probable que la excursión durara más tiempo.

Llevaron, además, pieles de búfalo para dormir sobre ellas.

Como había nevado copiosamente y la nieve no se había helado aún, les fue imposible a los excursionistas caminar con la rapidez que deseaban, porque a veces se hundían hasta medio cuerpo y tenían que adoptar grandes precauciones para no precipitarse en las grietas ocultas.

Penellán, que iba delante, sondeaba cuidadosamente las depresiones del suelo con un bastón ferrado.

Hacia las cinco de la tarde empezó a condensarse la bruma y los excursionistas se vieron precisados a detenerse.

Penellán se ocupó en buscar un bloque de hielo que pudiera abrigoarlos contra el aire, después de lo cual los expedicionarios tomaron algún alimento y, con el pesar de carecer de bebidas calientes, extendieron sobre la nieve las pieles de búfalo de que iban provistos, se envolvieron en ellas, se apretaron unos contra otros y se quedaron dormidos. El sueño fue más poderoso que el cansancio.

A la mañana del día siguiente, Juan Cornbutte y sus compañeros se encontraron, al despertar, sepultados bajo una capa de nieve de más de un pie de espesor; pero como afortunadamente las pieles en

que estaban envueltos eran absolutamente impenetrables, la misma nieve que había caído sobre ellos contribuyó a conservarles el calor natural impidiendo la radiación.

Juan Cornbutte dispuso en seguida la partida, y, aproximadamente al mediodía, los expedicionarios divisaron por fin la costa, que ya un rato antes habían entrevisto, aunque sólo confusamente a causa de los enormes bloques de hielo que, cortados en dirección perpendicular, se elevaban sobre la playa.

Las variadas cimas de estas masas de hielo, cortadas en todos sentidos y afectando todas las formas, reproducían los fenómenos de la cristalización.

Al aproximarse los expedicionarios, tendieron el vuelo millares de aves acuáticas, y las focas, que se hallaban indolentemente tendidas sobre el hielo, se apresuraron a zambullirse.

—No nos faltarán aquí pieles ni caza —dijo Penellán.

—Según parece —agregó Juan Cornbutte—, no es ésta la primera vez que estos animales ven hombres, porque en los parajes completamente deshabitados no suelen ser tan ariscos.

—Únicamente los groenlandeses visitan esta zona —repuso Andrés Vasling.

—Sin embargo, aquí no hay señal alguna de su paso, ni se ve ningún campamento, ni la más pequeña choza —objetó Penellán, después de extender la vista en tomo suyo, desde un pico elevado.

—¡Eh! ¡Capitán! Venga usted. Desde aquí se divisa una punta de tierra que nos preservará muy bien de los vientos de Nordeste.

—¡Por aquí, muchachos! —dijo Juan Cornbutte.

Le siguieron los compañeros, y pronto se unieron todos a Penellán, quien, efectivamente, había dicho la verdad. Una punta de tierra bastante alta adelantábase como un promontorio y, encorvándose hacia la costa, formaba una barrera de una milla de profundidad, a lo sumo. Algunos bloques movibles de hielo, rotos al chocar con esta punta de tierra, flotaban en medio, y el mar, abrigado contra los vientos más fríos, no se encontraba aún completamente helado.

El sitio era excelente para invernar; pero faltaba conducir a él el bergantín.

Ahora bien, habiendo observado Juan Cornbutte que la planicie de hielo próxima era de gran espesor y siendo, por consiguiente,

difícil abrir en ella un canal para llevar el buque a su destino, era preciso buscar otra ensenada, pero Juan Cornbutte avanzó inútilmente hacia el Norte en busca de ella. La costa era recta y escarpada en una gran longitud y, más allá de la punta, encontrábase directamente expuesta a los vientos del Este.

Esta circunstancia desconcertó al capitán tanto más cuanto que Andrés Vasling, fundándose en motivos perentorios, hizo ver que la situación era muy grave.

A Penellán le costó gran trabajo probarse a sí mismo que lo que ocurría en aquella coyuntura era lo mejor que podía ocurrir.

El bergantín no tenía, pues, sino la probabilidad de encontrar un lugar de internada en la parte meridional de la costa, lo cual era retroceder; pero no se podía vacilar.

Los expedicionarios emprendieron el camino de regreso al bergantín y, como los víveres empezaban a faltar, marcharon con gran rapidez.

Mientras recorrían el trayecto que les separaba de *La Joven Audaz*, Juan Cornbutte buscó un paso que fuese practicable o, por lo menos, alguna grieta que permitiese abrir un canal a través de la planicie de hielo, pero no encontró una cosa ni otra.

Al caer la tarde, llegaron los marineros al sitio donde habían pasado la noche anterior y, como durante el día no había nevado, pudieron encontrar las huellas de sus cuerpos sobre el hielo. Tenían, pues, el lecho dispuesto y se acostaron, envueltos en sus pieles de búfalo.

Penellán, muy contrariado por el fracaso de su exploración, dormía bastante mal, cuando, en un momento de insomnio, percibió un ruido sordo y se quedó escuchando.

Aquel ruido parecióle tan extraño que, sorprendido y alarmado al mismo tiempo, dio un codazo a Juan Cornbutte para que despertara.

—¿Qué sucede? —preguntó el capitán, que, según la costumbre de los marinos, tuvo en seguida tan despierta la inteligencia como el cuerpo.

—Escuche usted, capitán —respondió Penellán.

El ruido aumentaba con sensible violencia.

—¡Este ruido, en una latitud tan elevada, no puede ser un trueno! —dijo Juan Cornbutte, levantándose.

—Creo que pronto vamos a tener que entendérmolas con los osos blancos —repuso Penellán.

—¡Diablos! Sin embargo, todavía no los hemos visto.

—Más pronto o más tarde, debemos esperar su visita. Comencemos por recibirlos bien.

Penellán cogió su fusil y se encaramó precipitadamente sobre el bloque de hielo que les servía de abrigo. Como la oscuridad era muy densa por estar el cielo cubierto, no descubrió nada; pero un nuevo incidente le convenció de que el ruido no procedía de las inmediaciones.

Juan Cornbutte acudió al lado de Penellán y ambos advirtieron con espanto que el ruido, cuya intensidad había despertado ya a los compañeros, se producía bajo sus pies.

Un peligro de nueva especie les amenazaba. A este ruido, que pronto semejó el de los truenos, agregóse un movimiento de ondulación muy perceptible en el bloque de hielo.

Algunos marineros, perdiendo el equilibrio, cayeron rodando.

—¡Atención! —gritó Penellán.

—¡Sí! —le contestaron.

—¡Turquiette! ¡Grandlin! ¿Dónde estáis?

—Aquí —respondió Turquiette, sacudiéndose la nieve de que estaba cubierto.

—¡Por aquí, Vasling! —gritó Cornbutte a su segundo—. ¿Y Grandlin?

—Presente, capitán... Pero ¡estamos perdidos! —exclamó Grandlin con espanto.

—¡De ningún modo! —repuso Penellán—. Por lo contrario, quizá nos hemos salvado.

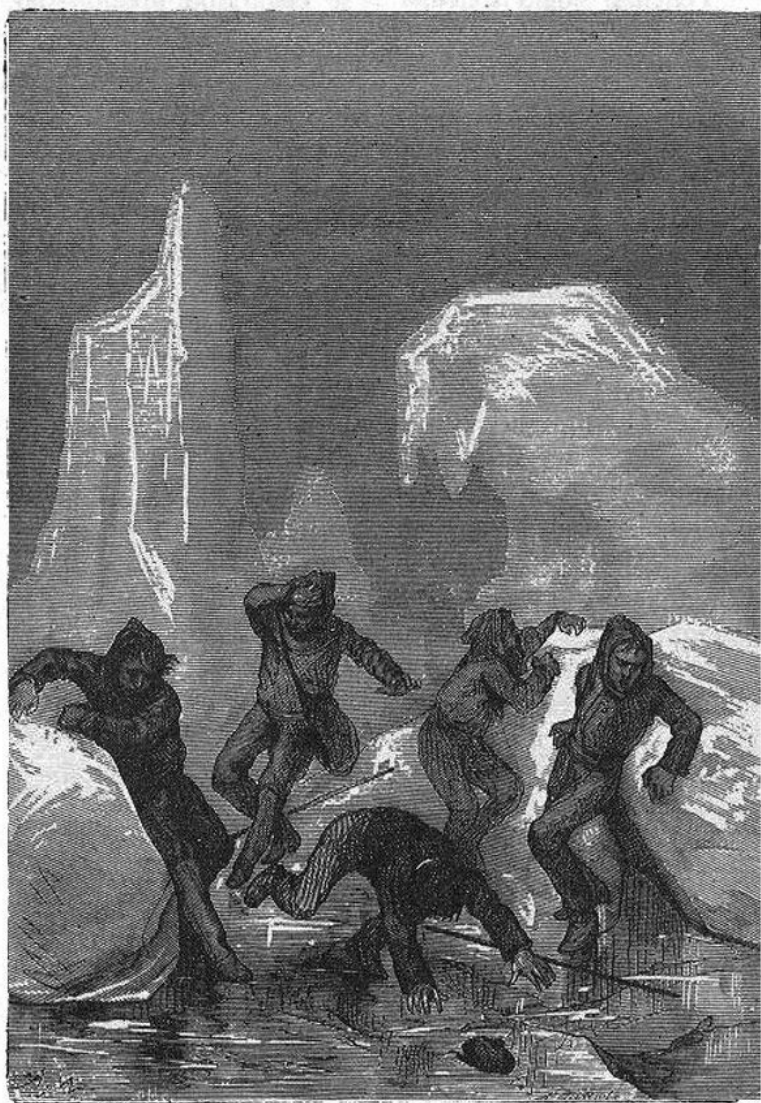
No bien hubo concluido de pronunciar estas palabras cuando se oyó un crujido espantoso, la llanura de hielo se quebró por completo y los marineros viéronse obligados a agarrarse al bloque que oscilaba bajo sus pies.

A pesar de lo dicho por el timonel, los expedicionarios se encontraban en una situación sumamente peligrosa, porque lo que acababa de ocurrir era un temblor.

Los hielos habían levado el ancla, según la expresión de los marinos.

El temblor había durado cerca de dos minutos y era de temer

que se abriese una grieta bajo los mismos pies de los desgraciados marineros, quienes esperaron la llegada del nuevo día en medio de continuas angustias, porque no podían, sin exponerse a perecer, atreverse a dar un paso. En consecuencia, quedáronse tendidos a todo lo largo para no sumergirse.



La llanura de hielo se quebró por completo...

Al alborear el día, ofrecióse a sus ojos un cuadro muy diferente. La extensa planicie, unida la víspera, encontrábase partida en mil puntos distintos, y las olas, levantadas por alguna conmoción submarina, habían roto la espesa capa que las cubría.

Juan Cornbutte acordóse inmediatamente de su bergantín, temiendo por su suerte.

—¡Mi pobre buque! —exclamó—. ¡Debe de haberse perdido!

En el rostro de todos los expedicionarios comenzó a reflejarse la más sombría desesperación, porque la pérdida del bergantín era inevitablemente la muerte próxima de toda la tripulación.

—¡Valor, amigos míos! —dijo Penellán—. Esperemos, por el contrario, que el temblor de esta noche nos haya abierto un camino a través de los hielos, que nos permitirá conducir nuestro bergantín a la bahía de internada. ¡Eh! No me engañe. Miren, ahí está *La Joven Audaz*, una milla más cerca de nosotros.

Todos se precipitaron hacia delante, pero tan imprudentemente que Turquiette se deslizó en una grieta, donde habría sin duda alguna perecido si Juan Cornbutte no le hubiese agarrado por el capuchón. Por fortuna, todo quedó reducido a un baño frío.

Efectivamente, el bergantín se encontraba sólo a dos millas de distancia; pero, esto no obstante, costóles inmenso trabajo a los expedicionarios llegar a él.

La Joven Audaz se conservaba en buen estado; pero su timón, que por inexcusable negligencia no había sido retirado, había quedado destrozado por los hielos.

CAPÍTULO VII

LAS INSTALACIONES DE LA INVERNADA

PENELLÁN había tenido razón una vez más. Lo que había ocurrido era lo mejor que podía ocurrir, puesto que el temblor de hielos había abierto camino para que el bergantín pudiera llegar a la bahía.

Los marineros no tuvieron, por consiguiente, otra cosa que hacer que utilizar hábilmente las corrientes para dirigir los témpanos de hielo de modo que dejaran expedita la navegación.

El 19 de setiembre quedó, al fin, el barco sólidamente anclado sobre buen fondo en la bahía de invernada, a dos cables de distancia de tierra, y el hielo, que desde el día siguiente empezó a formarse alrededor de su casco, no tardó en adquirir la consistencia suficiente para sostener el peso de un hombre.

Establecida ya, por este medio, la comunicación directa con la tierra y dejando los aparejos como estaban, según acostumbraban hacer los navegantes árticos, se replegaron cuidadosamente las velas sobre las vergas, se las guarneció con fundas y se dispuso que continuara armado el nido de corneja para poder observar a lo lejos y atraer la atención sobre el bergantín.

Como desde el solsticio de junio habían ido reduciéndose las espirales que describe el sol en el horizonte, el astro diurno elevábase ya muy poco y no tardaría en desaparecer por completo.

La tripulación se apresuró a hacer todos los preparativos necesarios para la invernada, bajo la dirección de Penellán.

El hielo fue consolidándose más cada día, hasta el punto de que llegó a temerse que su presión perjudicara al bergantín.

Para evitar este peligro, esperó Penellán que, a causa del vaivén

de los témpanos flotantes y de su adherencia, adquiriese un espesor de veinte pies, después de lo cual lo hizo achaflanar en derredor del bergantín, de manera que adquiriese su forma, con lo que quedó el barco enclavado en un lecho sin que la presión del hielo, falto de movimiento, lo pudiera perjudicar.

Después levantaron los marineros una muralla de nieve de cinco a seis pies de grueso, a lo largo de las cintas y a la altura del parapeto. Esta muralla, que no tardó en adquirir la dureza de la roca, impedía que el calor irradiase hacia fuera.

A todo lo largo del puente fue tendido un toldo, herméticamente cerrado y cubierto de pieles, que formaba una especie de paseo para la tripulación.

En tierra construyóse también con nieve un almacén en el que fueron depositados todos aquellos objetos que estorbaban en el bergantín, y se quitaron los tabiques de las cámaras que, luego, no formaron ya sino una sola, muy amplia, lo mismo delante que detrás.

Esta pieza única tenía la doble ventaja de que era más fácil de calentar, porque el hielo y la humedad encontraban menos rincones donde acumularse, y la de que se ventilaba mejor, por medio de mangas de lienzo que desembocaban fuera.

En estos preparativos, que quedaron terminados el 25 de setiembre, todos los marineros desplegaron suma actividad, no siendo Andrés Vasling quien menos esfuerzos realizó y quien menos hábil se mostró en todas estas disposiciones. De manera especial, desplegó extraordinaria solicitud en las cosas pertinentes a la joven, quien, distraída por el recuerdo de su pobre Luis, nada observó; pero todo fue advertido por Juan Cornbutte.

Éste, comprendiendo el móvil que impulsaba a su segundo para mostrarse tan solícito con María, habló de ello a Penellán y recordó varios hechos que le confirmaron en su creencia.

Andrés Vasling amaba a María y pediría su mano tan pronto como se adquiriese la certidumbre de que los naufragos habían perecido. Entonces, regresarían todos a Dunkerque, y el segundo mejoraría de posición contrayendo matrimonio con una joven bella y rica, heredera única de Juan Cornbutte.

Pero la impaciencia no permitía a Andrés Vasling mostrarse siempre hábil, y esta carencia de habilidad le había hecho declarar

con demasiada frecuencia que eran inútiles las exploraciones que para encontrar a los náufragos se efectuaban, por lo que, cada vez que se adquiría un nuevo indicio que contradecía la opinión del segundo, se apresuraba Penellán a ponerlo de relieve.

Por este motivo, Andrés Vasling odiaba cordialmente al timonel, que no dejaba de corresponderle, y que, temiendo que el segundo del bergantín introdujera gérmenes de discordia en la tripulación, aconsejó a Juan Cornbutte que contestara a aquél evasivamente en la primera ocasión que se presentara.

Terminados todos los preparativos para la invernada, el capitán empezó a preocuparse por la salud de los tripulantes, y, al efecto, adoptó diversas medidas encaminadas a prevenir las enfermedades.

Todas las mañanas se ventilaban las cámaras y se enjugaban cuidadosamente las paredes interiores para desembarazarlas de la humedad de la noche; los marineros tomaban, mañana y tarde, té o café muy calientes, por ser los mejores cordiales que se pueden emplear contra el frío; y, para adquirir diariamente carne fresca, se dividió la tripulación en dos grupos, que salían, alternativamente, a cazar.

Todos tenían que hacer también cada día ejercicios higiénicos y se aconsejó que ninguno se expusiera a sufrir las inclemencias de la temperatura, sino por necesidad absoluta y en activo movimiento, porque, como el termómetro marcaba treinta grados bajo cero, podía ocurrir que cualquiera se quedara helado de pronto. En este caso, se debía acudir inmediatamente a las fricciones de nieve, por ser éstas las únicas que pueden salvar la parte enferma.

Penellán recomendó mucho también el uso de abluciones frías por las mañanas, aunque realmente se necesitaba tener cierto valor para meter las manos y la cara en la nieve, que se hacía derretir; pero el timonel daba valerosamente el ejemplo, y María no fue la última en imitarle.

Juan Cornbutte no olvidó la lectura ni los rezos, para evitar que los hombres se dejaran arrastrar por la desesperación o por el aburrimiento, cosas ambas muy peligrosas en aquellas desoladas latitudes.

El cielo, constantemente nublado, inundaba el alma de tristeza; la nieve no cesaba de caer copiosamente, envuelta en los torbellinos del viento impetuoso, y el sol estaba próximo a desaparecer. En la

dilatada noche polar no podrían gozar los navegantes ni aun del resplandor de la luna, que era el único que debía alumbrarles, a causa de las nubes.

Como a pesar de los vientos del Oeste que reinaban no cesaba de nevar, todas las mañanas había necesidad de despejar los contornos del buque, y labrar en el hielo escalones que permitieran descender a la planicie. Esto se obtenía con relativa facilidad, merced a las cuchillas de cortar el hielo.

Después de labrar los escalones, se vertía sobre ellos agua que, helándose inmediatamente, los endurecía.

Penellán hizo abrir un hoyo en el hielo, cerca del bergantín, y todos los días se rompía la capa que se formaba en la parte superior para tomar a cierta profundidad el agua, que estaba menos fría.

Terminados, tres semanas después, estos preparativos, se pensó en proseguir activamente las investigaciones para encontrar a los náufragos.

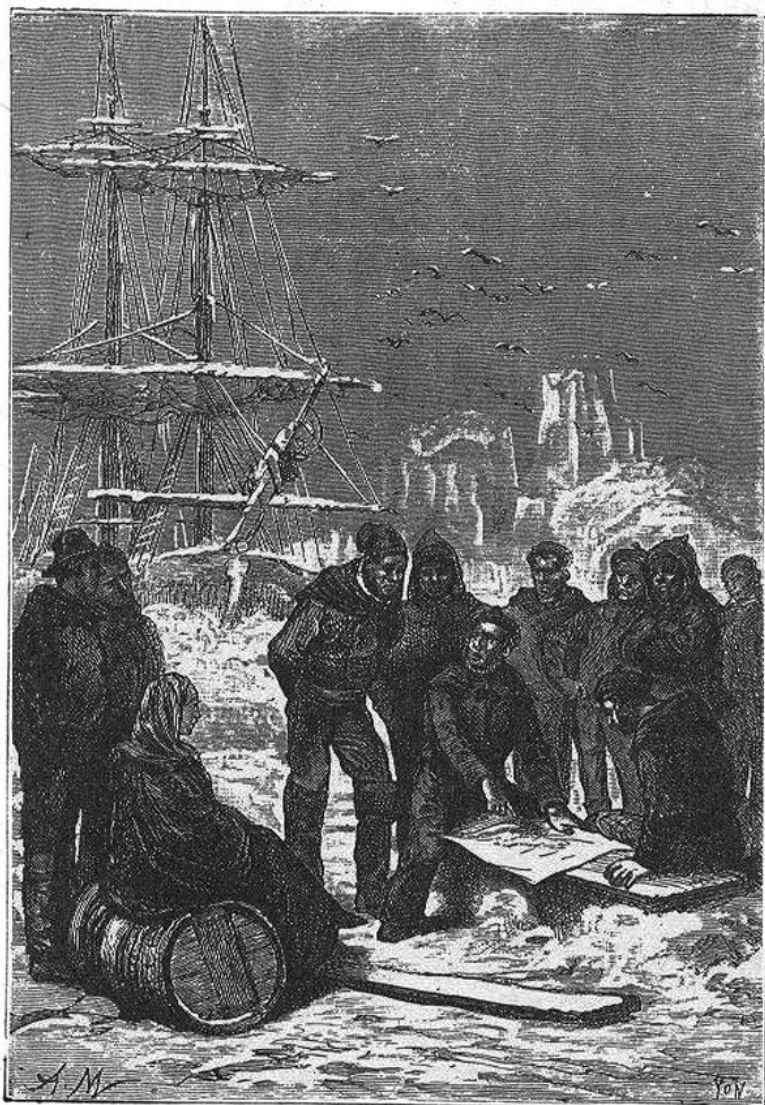
El bergantín, preso entre los hielos, no podría abrirse paso hasta cinco o seis meses después, y era, por consiguiente, necesario aprovechar esta quietud forzosa para dirigir las exploraciones hacia el Norte.

CAPÍTULO VIII

PLAN DE EXPLORACIÓN

EL 9 de octubre celebró Juan Cornbutte consejo, en el que fueron admitidos todos los hombres de la tripulación, para que la solidaridad y el valor individual acrecentasen el celo de todos.

Este consejo tuvo por objeto acordar el plan de las operaciones que se debían realizar, y Juan Cornbutte, con el mapa en la mano, empezó por exponer con toda claridad la situación presente.



Con el mapa en la mano expuso con toda claridad la situación presente.

La costa oriental de Groenlandia se extiende perpendicularmente hacia el Norte, y aunque los descubrimientos posteriores de los navegantes han precisado el límite exacto de estos parajes, en la época a que nos referimos no había sido aún reconocida tierra alguna en el espacio de quinientas leguas que separan a Groenlandia de Spitzberg. Únicamente la isla Shannon se encontraba a una distancia de cien millas al Norte de la bahía Gael-Hamkes, donde iba a invernar *La Joven Audaz*.

Si, como era muy probable, el buque noruego había sido arrastrado en esa dirección y en la hipótesis de que no hubiera podido llegar a la isla de Shannon, allí era donde Luis Cornbutte y los demás náufragos debieron refugiarse durante el invierno.

A pesar de la oposición de Andrés Vasling, ésta fue la opinión que prevaleció en el consejo celebrado por los tripulantes de *La Joven Audaz*, por lo que se decidió hacer las exploraciones por el lado de la isla de Shannon.

Al efecto, se adoptaron en seguida las disposiciones necesarias.

Juan Cornbutte había adquirido en la costa de Noruega un trineo de esquimales, construido con tablas curvas por delante y por detrás, que lo mismo podía deslizarse sobre la nieve que sobre el hielo; tenía doce pies de largo por cuatro de ancho y en él podían cargarse provisiones para algunas semanas.

Fidel Misonne no tardó mucho en ponerlo en disposición de ser utilizado, trabajando para ello en el almacén de nieve, porque fuera habría sido imposible trabajar. Como el cañón de la estufa, que a través de una de las paredes laterales salía del exterior por un agujero practicado en el hielo, iba derritiendo con el calor los puntos de contacto, Juan Cornbutte hizo envolver con tela metálica esta parte del cañón, con lo que obtuvo un resultado satisfactorio.

Mientras Misonne preparaba el trineo, Penellán, con la ayuda de María, confeccionaba los trajes de repuesto, que habían de llevarse al hacer la exploración; pero como por fortuna había botas de piel de foca en abundancia, no fue preciso hacer más.

Juan Cornbutte y Andrés Vasling, por su parte, se ocuparon en preparar las provisiones, y, al efecto, escogieron un pequeño barril de alcohol destinado a calentar una cocinilla portátil, tomaron la cantidad que se creyó suficiente de té y de café, y se completó la alimentación con una caja de galletas, doscientas libras de

pemmican y algunos frascos de aguardiente. Además, se convino en dedicar todos los días algún tiempo a la caza para proveerse de carne fresca.

También se puso en el trineo cierta cantidad de pólvora distribuida en varios sacos, la brújula, el sextante y el anteojó; pero estos instrumentos fueron colocados de modo tal que quedaron por completo al abrigo de todo choque.

El 11 de octubre el sol desapareció del horizonte por completo, y desde entonces fue necesario tener constantemente encendida una lámpara en la cámara de la tripulación.

Urgía, pues, empezar inmediatamente las exploraciones, porque, por los motivos que a continuación se dirán, no había tiempo que perder.

En el mes de enero bajaría tanto el termómetro y sería, por consiguiente, tan intenso el frío, que no se podría salir fuera del bergantín sin exponerse a perecer, y, por lo menos durante dos meses, la tripulación se vería condenada a la reclusión absoluta. Después empezaría el deshielo, que duraría hasta que el bergantín pudiera darse a la vela.

Estas dificultades impedirían, naturalmente, hacer ninguna exploración. Además, si Luis Cornbutte y sus compañeros vivían aún, no podrían soportar los rigores del invierno ártico, por lo que era preciso encontrarlos antes o renunciar a la esperanza de salvarlos.

Andrés Vasling, perfectamente enterado de todo esto, no cesaba de oponer obstáculos a la expedición, pues su mayor deseo era el de que no apareciese el capitán Luis Cornbutte.

De todos modos, los preparativos que se consideraron necesarios para el viaje quedaron terminados el 20 de octubre, y, entonces, se procedió a elegir los hombres que habían de partir; pero, desde luego, Juan Cornbutte y Penellán tenían que formar parte de la caravana, porque la joven, que deseaba ir, no podía prescindir de la protección del uno o del otro.

Se discutió mucho si María podría soportar las fatigas de una expedición tan penosa; pero como se la había visto sufrir, valiente y sin proferir la menor queja, pruebas muy duras, se decidió, al fin, que emprendiera el viaje, si bien se le reservó, para el caso en que fuera necesario, un puesto en el trineo, donde se construyó una

garita de madera, herméticamente cerrada.

María, hija de un marinero y acostumbrada desde la niñez a las penalidades del mar, vio satisfechos sus deseos, porque le repugnaba separarse de sus protectores, y Penellán no se asombraba de verla luchar contra los peligros de las aguas polares y contra aquellos horribles climas.

La expedición quedó, por consiguiente, organizada. María, Juan Cornbutte, Andrés Vasling, Penellán, Aupic y Fidel Misonne emprenderían el viaje; Turquette quedaría encargado de la custodia del bergantín, y Gervique y Grandlin permanecerían a su lado.

Como Juan Cornbutte, con el propósito de prolongar la exploración todo cuanto fuera posible, resolvió dejar depósitos de víveres a lo largo del camino, uno por cada siete u ocho días de marcha, se recogieron nuevas provisiones de toda especie, que se colocaron en el trineo tan pronto como éste estuvo completamente dispuesto.

El trineo, con el toldo de pieles de búfalo con que fue cubierto, los víveres y todo lo demás que se colocó en él, pesaba unas setecientas libras, peso que podía ser arrastrado fácilmente sobre el hielo por un tiro de cinco perros.

Conforme había previsto el capitán, el 22 de octubre cambió repentinamente la temperatura: el cielo se despejó, brillaron las estrellas con intensa claridad y la luna apareció en el horizonte, del que no desapareció luego hasta quince días después.

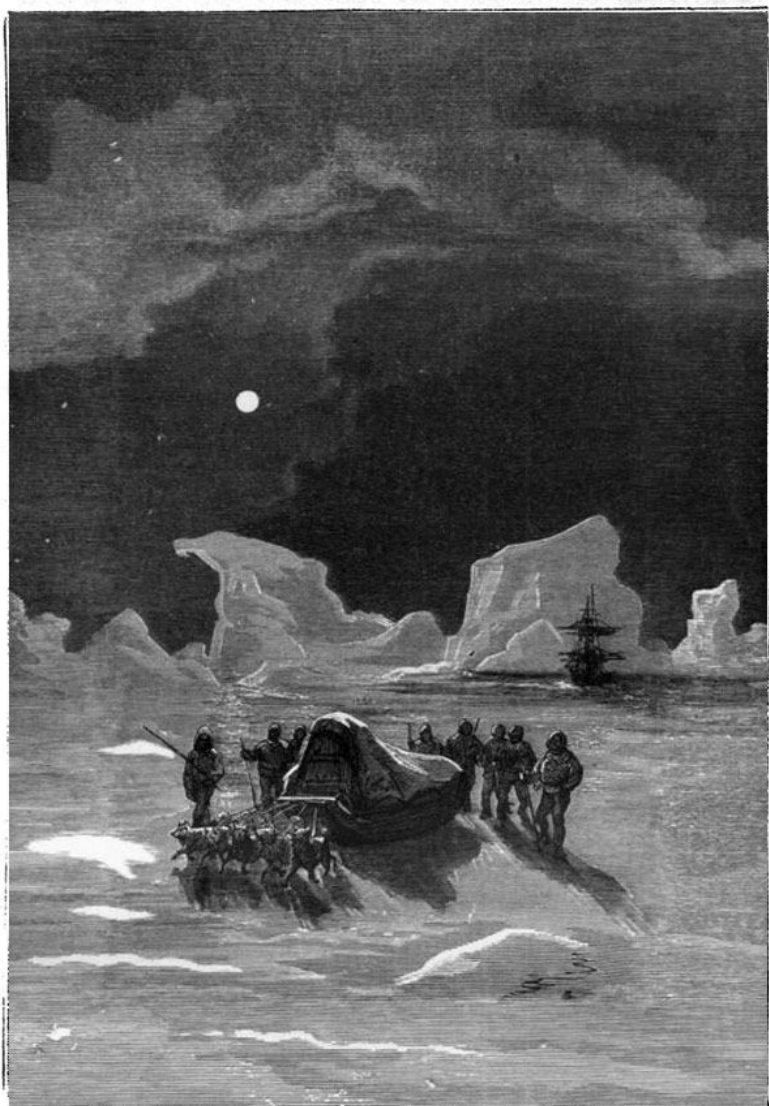
El termómetro había bajado a veinticinco grados bajo cero.

La expedición debía emprender el viaje al día siguiente.

CAPÍTULO IX

LA CASA DE NIEVE

A las once de la mañana del 23 de octubre, se puso en marcha la caravana, a la luz de una hermosa luna.



La caravana se puso en marcha.

Esta vez se habían tomado todas las precauciones necesarias para que el viaje se pudiera prolongar largo tiempo, si de ello llegaba a haber precisión.

Juan Cornbutte siguió a lo largo de la costa, subiendo hacia el Norte. Los viajeros no dejaban tras de sí huella alguna de sus pasos sobre el duro hielo, por lo que Juan Cornbutte viose obligado a guiarse por medio de puntos de referencia escogidos a lo lejos, y, así, tan pronto caminaba por una colina erizada de picos como por un enorme bloque de hielo que la presión había levantado sensiblemente por encima de la planicie.

En la primera jornada recorrieron los expedicionarios quince millas y, al detenerse, Penellán hizo los preparativos necesarios para acampar. La tienda fue colocada junto a un bloque de hielo.

A María no le había hecho sufrir mucho el frío, a pesar de ser muy riguroso, porque, por fortuna, se había calmado la brisa, haciendo más soportable la temperatura; pero, esto no obstante, tuvo que apearse muchas veces del trineo, para evitar que el entorpecimiento le paralizase la circulación de la sangre. Además, la garita dentro de la cual iba, tapizada con pieles por Penellán, reunía todas las comodidades posibles.

Al llegar la noche o, por mejor decir, al llegar el momento de entregarse al reposo, la garita fue colocada dentro de la tienda, donde sirvió de dormitorio a la joven.

La cena se compuso de carne fresca, *pemmican* y té caliente, y Juan Cornbutte, para prevenir los funestos efectos del escorbuto, hizo que todos tomasen, además, algunas gotas de zumo de limón. Luego, se durmieron confiando en que Dios velaba su sueño.

Ocho horas después, los expedicionarios se hallaban nuevamente en disposición de emprender la marcha; pero antes de ponerse en camino, los hombres y los perros almorzaron suculentemente.

El hielo, excesivamente liso, permitía que el trineo fuese arrastrado con gran facilidad por los perros, viéndose los hombres precisados, a veces, a realizar grandes esfuerzos para seguirlos.

El deslumbramiento, que en aquellas regiones es una verdadera enfermedad, no tardó en acometer a los viajeros, especialmente a Aupic y Misonne, que adquirieron oftalmías rebeldes. La luz de la luna, al reverberar en aquellas blancas planicies, abrasaba los ojos produciendo un insoportable escozor.

Los expedicionarios tenían que luchar también con uno de los más curiosos efectos de la refracción, que, a veces, les hacía meter el pie en una hondonada cuando creían que iban a ponerlo sobre una loma. Esto ocasionaba caídas, que por fortuna no tenían desagradables consecuencias y que Penellán tomaba a broma; pero, esto no obstante, recomendó que no se diera un paso sin tantear antes el suelo con el bastón ferrado de que todos iban provistos.

El 1.º de noviembre, es decir, a los diez días de haber emprendido el viaje, la caravana encontrábase cincuenta leguas más al Norte, pero este largo recorrido tenía extremadamente fatigados a todos. Juan Cornbutte, cuya vista se iba alterando sensiblemente, sufría horribles deslumbramientos. Aupic y Fidel Misonne andaban ya casi a tientas, porque la reflexión blanca de la nieve les había casi quemado los ojos y los tenían rodeados por un círculo rojo. María, merced a su larga permanencia en la garita, se había librado hasta entonces de estos accidentes. Penellán, a quien sostenía su indomable valor, lo soportaba todo sin abatirse, y Andrés Vasling, cuyo cuerpo de hierro estaba habituado a toda esta clase de fatigas, sólo experimentaba un poco de cansancio, pues ni el frío ni los deslumbramientos hacían en él mella.

Por esto, previendo ya próximo el momento en que habría necesidad de retroceder, el segundo del bergantín gozaba al ver que el cansancio se iba apoderando de los más robustos.

En vista, pues, de tantas contrariedades, consideróse indispensable suspender la marcha para descansar durante uno o dos días, y, al efecto, se eligió lugar para acampar y se resolvió construir con nieve una casa, que quedaría apoyada en una peña de un promontorio.

Trazados por Fidel Misonne los cimientos, que medían quince pies de largo por cinco de ancho, Penellán, Aupic y el mismo Misonne cortaron con sus cuchillos grandes trozos de hielo, los llevaron al lugar designado y los colocaron como los albañiles habrían colocado las piedras para levantar los muros de una casa de manipostería.

La pared de fondo, de cinco pies de altura y de grueso casi igual, quedó levantada muy pronto, porque había materiales en abundancia e importaba que la obra tuviera la solidez necesaria para que durase algunos días.

Ocho horas se invirtieron en construir los cuatro muros, en uno de los cuales, que miraba al Sur, se dejó una abertura para que sirviese de puerta. Luego, tendióse por encima del edificio un toldo, de modo que colgase cubriendo la entrada. Sólo faltaba ya, por consiguiente, colocar encima de todo grandes trozos de hielo, que sirvieran de tejado de aquella poco duradera construcción.

Terminada, al fin, la casa después de otras tres horas de penoso trabajo, metiéronse todos en ella, rendidos de cansancio y desaliento.

Juan Cornbutte sufría horriblemente y no podía dar un paso, y Andrés Vasling, al verlo en tal estado, aprovechó la ocasión para arrancarle la promesa de no proseguir las investigaciones en aquellas horribles soledades.

El segundo explotaba el dolor del capitán en beneficio propio.

Penellán, que creía que era una indignidad impropia de marinos el abandonar a sus compañeros, los náufragos, devanábase los sesos para encontrar razones que indujesen a los expedicionarios a proseguir las exploraciones; pero todos sus esfuerzos y su elocuencia toda resultaron inútiles, porque, al fin, quedó decidido el regreso al bergantín, si bien, a causa del cansancio que todos tenían, se convino en descansar durante tres días.

Durante este tiempo no se hizo preparativo alguno para la partida; pero el 4 de noviembre empezó Juan Cornbutte a hacer enterrar las provisiones que creyó innecesarias en un punto de la costa, que fue señalado con una marca, para el caso, poco probable, de que nuevas exploraciones los volviesen a llevar a aquel lado.

Como había dejado a lo largo del camino varios depósitos de víveres, porque cada cuatro días de marcha había hecho uno, no tenía necesidad de transportarlos en el viaje de regreso, lo que permitiría a los perros arrastrar el trineo con mayor facilidad.

Se convino en emprender la marcha a las diez de la mañana del 5 de noviembre; pero todos los expedicionarios estaban abismados en profunda tristeza, especialmente María, quien, al ver tan desanimado a su tío, no cesaba de derramar lágrimas. ¡Cuántos sufrimientos inútiles! ¡Cuánto trabajo infructuoso!

Penellán, que estaba de un humor insoportable, mandaba a los diablos a todos sus compañeros y les llamaba débiles y cobardes, por encontrarse, según decía él, más abatidos que María, quien

habría sido capaz de ir al fin del mundo sin fatigarse.

Andrés Vasling, por el contrario, no cabía en sí de gozo, por haberse resuelto regresar al bergantín, y mostrábase más obsequioso que nunca con la joven, a quien no vaciló en prometer que, pasado el invierno, se reanudarían las exploraciones, a pesar de estar convencido de que entonces sería ya muy tarde.

CAPÍTULO X

ENTERRADOS VIVOS

EL día antes de emprender el viaje de regreso y en el momento en que los expedicionarios se disponían a cenar, ocupábase Penellán en hacer pedazos varios cajones vacíos para alimentar la estufa, cuando se vio de pronto envuelto en una nube de humo espeso, al mismo tiempo que advirtió que la casa de nieve se conmovía, como si hubiese un terremoto.

Todos prorrumpieron en un grito de terror, y Penellán salió inmediatamente de la casa.

La oscuridad era absoluta y una tempestad horrible estallaba en el espacio. Torbellinos de nieve caían con extraordinaria violencia sobre aquellos parajes, en los que hacía un frío tan intenso que el timonel sintió que se le helaban las manos.

Se las frotó fuertemente con nieve y volvió a entrar en la casa, diciendo:

—Ya se nos ha echado la tempestad encima. Dios quiera que pueda resistirla nuestra casa, porque si el huracán la destruye nos veremos perdidos.

Mientras las ráfagas de viento se desencadenaban sobre la extensa planicie helada, sentíase un ruido espantoso bajo el suelo; los trozos de hielo, precipitándose unos sobre otros, chocaban con estrépito, y el aire soplaba con tal violencia que parecía que la casa variaba de sitio.

Entre los torbellinos de nieve corrían resplandores de extraña fosforescencia, inexplicables en aquellas latitudes.

—¡María! ¡María! —gritó Penellán, cogiendo las manos a la joven.

—¡Mal andamos! —dijo Fidel Misonne.

—¡Con tal de que todo acabe bien...! —repuso Aupic.

—Dejemos esta casa de hielo —aconsejó Andrés Vasling.

—Imposible —repuso Penellán—, porque fuera hace un frío espantoso. Mientras permanezcamos aquí, quizá podamos soportarlo.

—Dadme el termómetro —dijo imperativamente Andrés Vasling.

Aupic se apresuró a entregarle el instrumento pedido, que señalaba en aquel momento diez grados bajo cero dentro de la casa, donde estaba encendido el fuego. Andrés Vasling levantó la especie de cortina que cubría la puerta y la sacó hacia fuera rápidamente, para evitar que le hicieran daño los pedazos de hielo que, levantados por el viento, se proyectaban como granizo.

—Y bien, señor Vasling —preguntó Penellán—, ¿insiste usted en salir? Ya ve que nos encontramos aquí más seguros.

—Sí, más seguros —corroboró Juan Cornbutte—; pero tendremos que hacer cuantos esfuerzos sean posibles para afirmar la casa por dentro.

—El peligro que nos amenaza dentro es mayor que el que corremos fuera —insistió Andrés Vasling.

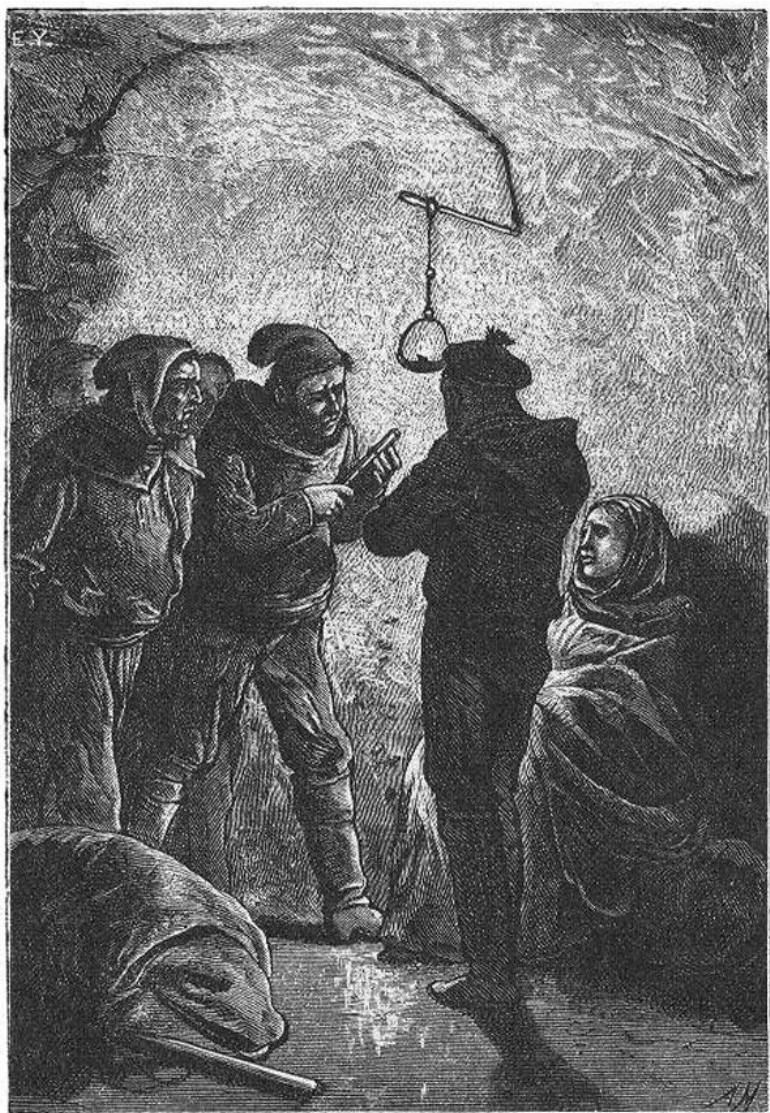
—¿Qué peligro? —preguntó Juan Cornbutte.

—El de que el viento rompa el bloque de hielo en que estamos, y seamos de pronto sumergidos.

—Es difícil que eso ocurra —replicó Penellán—, porque hiela de tal modo que no puede quedar ninguna superficie líquida. Veamos qué temperatura hay fuera.

Y dicho esto, levantó la cortina y sacó el brazo; pero le costó gran trabajo encontrar el termómetro entre la nieve, conseguido lo cual acercó el instrumento a la lámpara para mirarlo.

—¡Treinta y dos grados bajo cero! —exclamó—. Es el frío más intenso que hemos tenido que soportar.



¡Treinta y dos grados bajo cero!

A estas palabras siguió un silencio sombrío.

Aproximadamente a las ocho de la mañana, intentó de nuevo Penellán salir de la casa para ver si el tiempo había variado. Además, era necesario dejar paso al humo que el aire empujaba hacia dentro.

El timonel se ajustó perfectamente al cuerpo la ropa, se sujetó el capuchón a la cabeza por medio de un pañuelo y levantó la cortina que colgaba sobre la puerta.

Le fue imposible salir.

La puerta estaba completamente obstruida por la nieve, ya endurecida. Penellán introdujo, no sin gran esfuerzo, el bastón ferrado en la compacta masa, y el terror le paralizó la sangre en las venas. El extremo del bastón no estaba libre; se había detenido en un cuerpo duro.

—¡Cornbutte! —dijo al capitán, que acababa de acercársele—. ¡Estamos sepultados bajo la nieve!

—¿Qué dices?

—Que la nieve se ha amontonado y helado en derredor nuestro, y estamos enterrados vivos.

—Derribemos la masa de nieve.

Y dicho esto, ambos amigos se apoyaron sobre el obstáculo y empujaron tratando de derribarlo, pero les fue imposible moverlo. La nieve tenía más de cinco pies de espesor y había constituido una sola pieza con la casa.

Juan Cornbutte, al ver la triste realidad, no fue dueño de sí mismo y exhaló un grito que desesperó a Misonne y a Andrés Vasling. Este dejó escapar una interjección y sus facciones se contrajeron.

En aquel momento, el humo, más denso que nunca, no teniendo salida, refluó al interior.

—¡Maldición! —exclamó Misonne—. El hielo ha obstruido el cañón de la estufa.

Penellán arrojó nieve sobre los tizones para apagarlos y desmontó la estufa, lo que produjo tal humareda que la luz de la lámpara casi no se distinguía. Después, trató de desembarazar el orificio, pero le fue imposible lograrlo; por todas partes encontró una roca de hielo.

Sólo podía esperarse un fin desastroso, al que debía preceder

una horrible agonía.

El humo, introduciéndose en la garganta de los desgraciados, les causaba una molestia intolerable. No debía tardar mucho en faltarles por completo el aire.

Entonces se levantó María. Su presencia, que era la desesperación de Juan Cornbutte, reanimó el valor de Penellán, que no podía creer que aquella pobre joven estuviera condenada a morir de un modo tan horrible como el que era de temer si Dios no intervenía en favor de todos ellos.

—¿Qué ocurre? —preguntó María—. Habéis echado demasiada leña al fuego y la casa está llena de humo.

—Sí, sí, eso es —tartamudeó el timonel.

—Ya lo veo —repuso María—; pero no había necesidad, porque no hace frío. Nunca hemos tenido tanto calor como ahora.

Ninguno se atrevió a revelar la verdad.

—Vamos, María —dijo Penellán—, ayuda a preparar el almuerzo, porque hace demasiado frío para salir. Ahí están la cocinilla, el alcohol y el café, y puesto que este tiempo maldito nos impide ir a cazar, tomemos primero un poco de *pemmican*.

Estas palabras reanimaron a sus compañeros.

—Si, como es probable, la tempestad dura todavía, debemos estar enterrados diez pies bajo el hielo, porque no se oye ningún ruido de fuera.

Penellán miró a María, quien se dio cuenta de lo que ocurría, sin asustarse.

El timonel aproximó a la llama del espíritu de vino la punta de su bastón ferrado y, cuando ésta estuvo enrojecida, la introdujo sucesivamente en las cuatro paredes de la casa de hielo, pero en ninguna de ellas encontró salida.

Juan Cornbutte resolvió entonces hacer una abertura en la misma puerta de la casa; pero el hielo era tan duro que las cuchillas apenas podían cortarlo.

Los pedazos que, al fin, se lograba arrancar fueron llenando la casa; pero, esto no obstante, en dos horas de este trabajo tan penoso no se había profundizado sino tres pies.

Fue preciso pensar en un medio más rápido y menos susceptible de conmover la casa, porque, cuanto más se avanzaba, el hielo era más duro y se necesitaban mayores esfuerzos para arrancarlo.

A Penellán se le ocurrió valerse de la cocinilla de alcohol para derretir el hielo en la dirección deseada; pero éste era un medio arriesgado porque, si la prisión se prolongaba, llegaría a faltarles combustible, del que les quedaba muy poca cantidad, para preparar las comidas.

Sin embargo, el proyecto fue aprobado por todos e inmediatamente se procedió a ponerlo en práctica.

Se abrió, en primer lugar, un hoyo de tres pies de profundidad y un pie de diámetro para recoger el agua procedente del deshielo, y no hubo que arrepentirse de esta operación, porque, en efecto, el agua no tardó en correr bajo la acción del fuego que Penellán paseaba por la masa de nieve endurecida.

La abertura iba agrandándose poco a poco, pero no se podía prolongar mucho tiempo la operación, porque el agua, cayendo sobre la ropa, la calaba de parte a parte.

Penellán tuvo que cesar en su trabajo al cabo de un cuarto de hora y retirar la cocinilla para secarse él; pero no tardó en remplazarlo Misonne, quien puso en la operación el mismo ardor que el timonel.

En dos horas de trabajo se había abierto en el hielo una galería de cinco pies de profundidad, pero el bastón ferrado no pudo encontrar salida aún.

—No es posible que haya caído tanta nieve —dijo Juan Cornbutte—. Para que aquí la haya en tanta abundancia es preciso que el viento la haya amontonado. Quizás hayamos debido tratar de escapar por otra parte.

—No sé —respondió Penellán—; mas para no desanimar a nuestros compañeros, debemos continuar perforando el muro en la misma dirección. Es imposible que dejemos de encontrar una salida.

—¿No llegará a faltar espíritu de vino? —preguntó el capitán.

—Espero que no —respondió Penellán—; pero tendremos que privarnos del café y de las demás bebidas calientes. Sin embargo, no es esto lo que más me inquieta.

—¿Qué es, pues, Penellán? —preguntó Juan Cornbutte.

—Que la lámpara va a apagarse por falta de aceite y que los víveres se concluyen. En fin, confiemos en Dios.

Luego, Penellán fue a relevar a Andrés Vasling, que trabajaba con ahínco por la salvación común.

—Señor Vasling —le dijo—, voy a ocupar su puesto, pero le ruego que vigile bien, para que avise en seguida que advierta el menor síntoma de desplome, para que tengamos tiempo de contenerlo.

Cuando llegó el momento de descansar, Penellán, que había agrandado la galería un pie más, fue a acostarse cerca de sus compañeros.

CAPÍTULO XI

UNA NUBE DE HUMO

A la mañana siguiente, cuando los marineros se despertaron, encontráronse envueltos en la más completa oscuridad. La lámpara se había apagado.

Juan Cornbutte despertó a Penellán para pedirle el eslabón, que el timonel se apresuró a entregarle.

Éste se levantó para encender la cocinilla, y, al hacerlo, tropezó su cabeza en el techo de la casa. Como la víspera podía estarse en pie todavía en ella, se atemorizó al advertir que el techo había descendido notablemente, cosa que pudo comprobar, después de encender la lamparilla, a la indecisa luz del hornillo de alcohol.

Penellán empezó a trabajar con furia.

María, que despertó en aquel momento, vio, a los resplandores que proyectaba la luz en la ruda fisonomía del timonel, reflejada la lucha que sostenían la desesperación y la voluntad del bravo marino.



Penellán se levantó para encender la cocinilla.

Se aproximó a él, le cogió las manos y se las estrechó con ternura.

El valor de Penellán se reanimó.

—¡No puede morir de este modo! —exclamó.

Y con vigor extraordinario reanudó el trabajo, volviendo a hacer uso de la cocinilla.

Un instante después, introdujo con fuerza su bastón ferrado en la masa de nieve que estaba perforando y no encontró resistencia. ¿Había llegado a las capas blandas de la nieve? Retiró en seguida el bastón, y un brillante rayo de luz penetró al punto en la casa de hielo.

—¡Ayudadme, amigos míos! ¡Ayudadme! —gritó, repeliendo la nieve con pies y manos al mismo tiempo.

Pero la superficie exterior no estaba, como él había creído, deshelada, y juntamente con el rayo de luz penetró en la casa un frío intensísimo que inmediatamente solidificó todas las partes húmedas.

Con ayuda de la cuchilla ensanchó Penellán la abertura, logrando, al poco rato, respirar el aire libre.

Al salir fuera de la casa, lo primero que hizo el timonel fue hincarse de rodillas y dar gracias a Dios por haberlo libertado de la prisión. María y los demás compañeros no tardaron en unirse a él.

Una luna magnífica brillaba, a la sazón, en el espacio con todo su esplendor; pero el frío que hacía era tan intenso que los marineros no lo pudieron soportar.

Todos volvieron a entrar en la casa de nieve; pero Penellán, antes de hacerlo, miró en tomo suyo y vio que el promontorio no se encontraba allí. La casa estaba en medio de una inmensa planicie de hielo, y el trineo, con las provisiones y todos los demás efectos de los expedicionarios, habían desaparecido.

El frío le obligó a cesar en sus observaciones y entró en la casa; pero a sus compañeros no dijo nada de cuanto acababa de ver.

El termómetro marcaba treinta grados bajo cero.

Una hora después, Andrés Vasling y Penellán, que decidieron arrostrar el frío exterior, se arrebujaron en sus ropas, húmedas aún, y salieron de la casa por la abertura practicada en ella, cuyas paredes habían adquirido la dureza del granito.

Andrés Vasling, orientándose por las estrellas, que brillaban con

extraordinario fulgor, dijo:

—Hemos sido arrastrados al Nordeste.

—Eso no importaría mucho —contestó Penellán— si el trineo nos hubiera acompañado.

—Pero, ¿no está el trineo ahí? —preguntó Andrés Vasling—. Entonces, estamos perdidos.

—Vamos a buscarlo —repuso Penellán.

Y, dicho esto, uno y otro dieron vuelta a la casa, que se había convertido en una mole de más de quince pies de altura. Había nevado muy copiosamente durante la tempestad, y la nieve había sido acumulada por el viento sobre la única prominencia que existía en la llanura. Después, el mismo viento había arrastrado toda la mole, por en medio de los témpanos destrozados, a una distancia de más de veinticinco millas al Nordeste y, prisioneros dentro de aquella cárcel flotante, habían sido arrastrados también los expedicionarios.

El trineo, arrastrado sobre otro bloque de hielo, había sin duda derivado hacia otra parte, porque no se veía el menor rastro de él. Los perros habían debido sucumbir durante la espantosa tempestad.

Andrés Vasling y Penellán sintieron que se apoderaba de su alma la más negra desesperación.

Por no atreverse a comunicar a sus compañeros de infortunio la fatal noticia, se resistían a volver a entrar en la casa de hielo.

Subieron sobre el bloque de hielo del que formaba parte la casa, miraron en todas direcciones y sólo vieron la inmensa llanura blanca.

Ya el frío entumecía sus miembros, y la humedad de la ropa se transformaba en carámbanos que les colgaban de todas partes.

En el momento en que Penellán iba a descender del montículo, dirigió la vista a Andrés Vasling, que estaba mirando ávidamente hacia un lado, y advirtió que se estremecía.

—¿Qué tiene usted, señor Vasling? —le preguntó.

—Nada —respondió el segundo del bergantín—. Descendamos y apresurémonos a abandonar estos parajes, que no debimos pisar jamás.

Pero Penellán, lejos de obedecer, subió a lo más alto y dirigió la vista hacia el lado que había atraído la atención de Vasling. El resultado de esta observación produjo al timonel un efecto muy

distinto del que había producido al segundo del bergantín.

—¡Loado sea Dios! —exclamó, lanzando un grito de alegría.

Hacia el Nordeste elevábase al espacio una ligera humareda. No, no se había equivocado. Allí había seres animados.

Los gritos de alegría proferidos por Penellán hicieron salir de la casa a los demás expedicionarios, quienes se convencieron por sus propios ojos de que el timonel no se había engañado.

Inmediatamente, sin preocuparse por la falta de víveres, sin tener en cuenta el extremado rigor de la temperatura, envueltos en sus capuchones, avanzaron todos precipitadamente al lugar señalado por Penellán.

El humo se veía hacia el Nordeste y esta dirección siguió la caravana. El lugar al que se pretendía llegar distaba cinco o seis millas, que eran muy difíciles de recorrer sin exponerse a graves riesgos.

La humareda había desaparecido y en la inmensa planicie helada no había elevación alguna que pudiera servir a la caravana para orientarse. Importaba, sin embargo, no apartarse de la línea recta.

—Puesto que en las lejanías no hay objeto alguno que nos pueda guiar —dijo Juan Cornbutte—, vamos a emplear el medio siguiente: Penellán marchará delante; a veinte pasos detrás de él irá Vasling, y a otros veinte pasos de Vasling seguiré yo, y así podré apreciar si el timonel se aparta o no de la línea recta.

A la media hora de camino, se detuvo Penellán de pronto, poniéndose a escuchar.

Inmediatamente se acercaron a él los demás marineros.

—¿No han oído ustedes nada? —preguntó el timonel.

—Absolutamente nada —respondió Misónne.

—¡Es singular! —exclamó Penellán—. Me ha parecido oír gritos hacia este lado.

—¿Gritos? —preguntó María—. ¿Será posible que estemos cerca de nuestro objeto?

—No hay motivo suficiente para creer eso —respondió Andrés Vasling—, porque en estas elevadas latitudes y con este frío tan grande, el sonido recorre distancias extraordinarias.

—De todos modos —dijo Juan Cornbutte—, caminemos si no queremos quedarnos helados.

—No —repuso Penellán—, escuchen ustedes.

Y, efectivamente, oíanse algunos sonidos débiles, pero perceptibles, que parecían gritos de dolor y de angustia.

Estos gritos se renovaron dos veces. Habría podido decirse que algún ser humano imploraba socorro.

Luego, todo quedó sumido en el más profundo silencio.

—No, no me he engañado —dijo Penellán—. ¡Adelante!

Y empezó a correr en la dirección de los gritos, y, corriendo, anduvo unas dos millas; pero, de pronto, se detuvo estupefacto al encontrarse a un hombre tendido sobre el hielo. Aproximóse a él, lo incorporó, le miró el rostro y, luego, alzó los brazos al cielo, con gran desesperación.

Andrés Vasling, que seguía de cerca al timonel con el resto de los marineros, acudió en seguida y, al ver al hombre tendido en el suelo, exclamó:

—¡Es uno de los náufragos! ¡Es nuestro marinero Cortrois!

—¡Ha muerto! —replicó Penellán—. ¡Ha muerto de frío!

Juan Cornbutte y María se acercaron al cadáver, que el hielo había puesto ya rígido. Todos los rostros reflejaron la más profunda desesperación: ¡el muerto era uno de los compañeros de Luis Cornbutte!

—¡Adelante! —exclamó Penellán.

Y los expedicionarios reanudaron la marcha, sin que ninguno de ellos pronunciase una palabra.

Al cabo de media hora divisaron una prominencia, que seguramente debía de ser la tierra, y Juan Cornbutte dijo:

—¡Es la isla de Shannon!

Anduvieron una milla más y vieron salir de una pequeña casa de nieve, cerrada por una puerta de madera, una columna de humo. Gritaron, y sus gritos tuvieron la virtud de hacer salir de la casa a dos hombres, en uno de los cuales reconoció Penellán a Pedro Nouquet.

—¡Pedro! —exclamó.

Éste se quedó inmóvil y como atontado, sin conciencia de lo que pasaba en tomo suyo.

Andrés Vasling miraba con inquietud, no exenta de cruel alegría, al compañero de Pedro Nouquet, porque no veía a Luis Cornbutte.

—¡Pedro! ¡Soy yo! —exclamó Penellán—. ¡Somos todos amigos

tuyos!

Pedro Nouquet, volviendo en sí, cayó en los brazos de su viejo compañero.

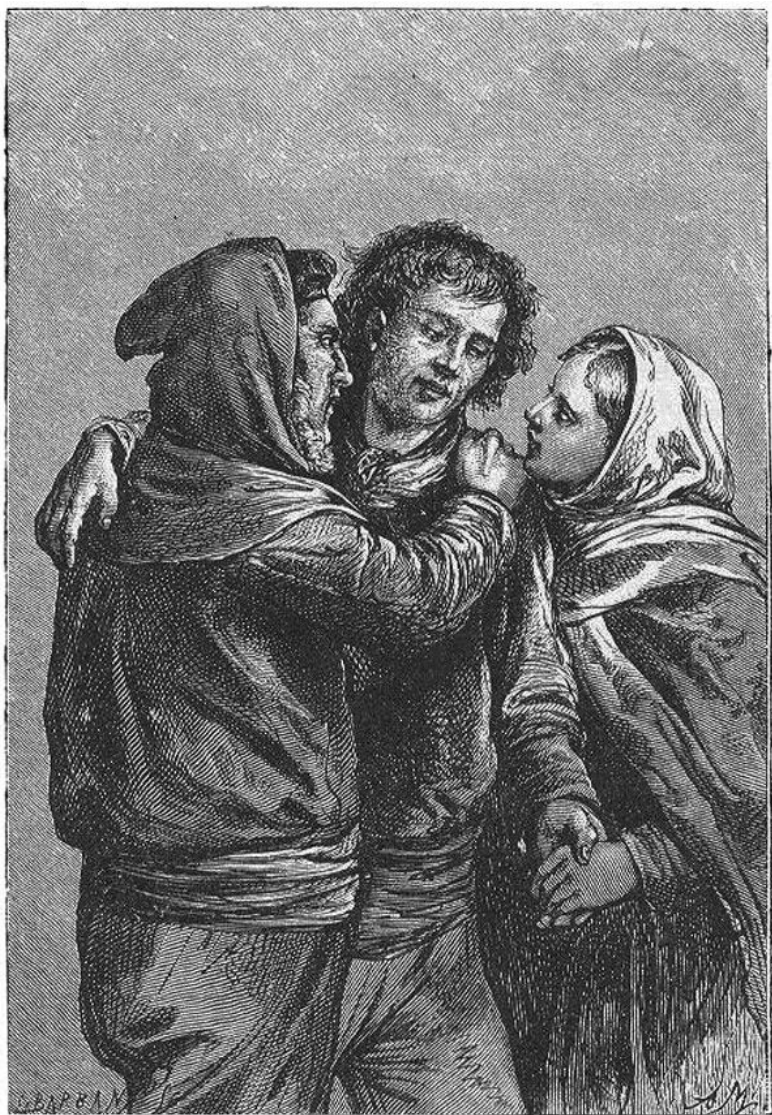
—¿Y mi hijo? ¿Y Luis? —preguntó Juan Cornbutte, con acento de la más profunda desesperación.

CAPÍTULO XII

REGRESO AL BERGANTÍN

EN aquel momento, un hombre casi moribundo salió de la casa arrastrándose sobre el hielo.

Era Luis Cornbutte.



Era Luis Cornbutte.

—¡Hijo mío!

—¡Amado mío!

Estos dos gritos fueron pronunciados al mismo tiempo, y Luis Cornbutte cayó desvanecido en los brazos de su padre y de María, que lo condujeron a la casa, donde, a fuerza de cuidados, consiguieron reanimarlo.

—¡Padre mío! ¡María! —exclamó Luis Cornbutte—. ¡Loado sea Dios, que ha permitido que os vea antes de morir!

—No morirás —respondió Penellán—, porque todos tus amigos están a tu lado.

Necesariamente debía de ser muy grande el odio que Andrés Vasling tuviera a Luis Cornbutte para no estrecharle la mano; pero es lo cierto que no se la estrechó.

La alegría tenía fuera de sí a Pedro Nouquet, que no cesaba de abrazar a todo el mundo. Luego, echó leña a la estufa, y, al poco rato, reinaba en la casita una temperatura bastante agradable.

Allí había otros dos hombres, a quienes ni Juan Cornbutte ni Penellán conocían. Eran Jocki y Herming, los dos únicos marineros noruegos que quedaban de la tripulación del *Frooem*.

—¿Pero es cierto, queridos amigos, que estamos salvados? —dijo Luis Cornbutte—. ¡Padre mío! ¡María! ¿Por qué os habéis expuesto a tantos peligros?

—No nos pesa, hijo mío —respondió Juan Cornbutte—. Tu bergantín, *La Joven Audaz*, está sólidamente anclado entre los hielos, a sesenta leguas de aquí. A él iremos todos juntos.

—¡Qué contento va a ponerse Cortrois —dijo Nouquet—, cuando al volver les encuentre a ustedes aquí!

Esta exclamación fue acogida con un triste silencio, que interrumpió Penellán para notificar a Pedro Nouquet y a Luis Cornbutte la muerte de su compañero, a quien el frío había matado.

—Amigos míos —dijo luego Penellán—, esperaremos aquí que el frío disminuya. ¿Tienes provisión de víveres y de leña?

—Sí; quemaremos lo que nos queda del *Frooem*.

Efectivamente, el *Frooem* había sido empujado por los vientos a cuarenta millas del lugar en que invernaba Luis Cornbutte. Allí fue destrozado por los hielos flotantes, y los naufragos se vieron arrojados a la orilla meridional de la isla de Shannon, justamente con una parte de los despojos del buque, que les sirvió para

construir su cabaña.

Los náufragos eran entonces cinco: Luis Cornbutte. Cortrois, Pedro Nouquet, Jocki y Herming. Los demás tripulantes noruegos se habían sumergido en el mar con la chalupa en el momento del naufragio.

Tan pronto como Luis Cornbutte, arrastrado por los hielos, vio que éstos se cerraban en tomo de él, formando una sola masa, adoptó las medidas necesarias para invernar. Era un hombre enérgico, sumamente activo y estaba dotado de gran valor; pero, esto no obstante, había sido vencido por aquel clima horrible y, cuando su padre lo encontró, no esperaba ya sino la muerte.

Además, no eran los elementos los únicos enemigos con que tenía que luchar, sino que también tenía que habérselas con los dos marineros noruegos, que no le querían bien a pesar de deberle la salvación.

Estos hombres eran dos salvajes, que casi carecían de sentimientos naturales, y, por eso, cuando Luis Cornbutte pudo hablar a solas con Penellán, le recomendó mucho que desconfiase de ellos.

En cambio, Penellán informó de la conducta de Andrés Vasling a Luis Cornbutte, que se resistió a creerlo; pero el timonel le demostró que, desde su desaparición, el segundo del bergantín había procedido de manera de asegurarse la mano de María.

El día fue dedicado por completo al descanso y a las expansiones naturales de personas que se vuelven a ver después de una larga ausencia, durante la cual se ha temido que los seres amados hayan desaparecido para siempre.

Fidel Misonne y Pedro Nouquet cazaron algunos pájaros de mar, cerca de la casa, de la que no era prudente alejarse, y estos víveres frescos y el fuego, que no se cesó de reanimar, devolvieron la fuerza a los más débiles. Hasta Luis Cornbutte experimentó una gran mejoría. Era el primer momento de placer que aquella honrada gente tenía, y lo celebraron con entusiasmo delirante en la miserable cabaña construida a seiscientas leguas de su país, en los mares del Norte, donde había una temperatura de treinta grados bajo cero.

El frío no disminuyó en intensidad hasta el fin de la luna, por lo que fue imposible a Juan Cornbutte y sus compañeros pensar en el

regreso hasta el 17 de noviembre, es decir, ocho días después de haber sido encontrados los náufragos por los exploradores. A la sazón, sólo podían guiarse por la luz de las estrellas, pero el frío era bastante menos intenso. Además, había caído una ligera nevada.

Antes de ponerse en marcha para dirigirse al bergantín, se abrió una tumba para sepultar el cadáver del infortunado Cortois, ceremonia que impresionó hondamente a sus compañeros. De los salvados del naufragio era el primero que fallecía sin ver de nuevo su amada patria.

Para poder transportar más cómodamente las provisiones, construyó Misonne con las tablas de la cabaña una especie de trineo, que debía ser arrastrado por los marineros, turnándose.

Al fin, se emprendió la marcha, bajo la dirección de Juan Cornbutte, quien condujo a la caravana por los parajes ya conocidos.

Cuando llegaba la hora del reposo, el campamento se organizaba rápidamente.

Como el aumento de cuatro personas hacía disminuir notablemente las provisiones, Juan Cornbutte tenía especial cuidado en no separarse del camino ya recorrido con objeto de encontrar los depósitos de víveres que, a la ida, había ido dejando en el trayecto y que eran casi indispensables.

Por fortuna providencial, fue recuperado el trineo, que había quedado varado cerca del promontorio donde los expedicionarios habían arrostrado numerosos peligros. Los perros que lo arrastraban, después de comerse las correas para saciar el hambre, habían atacado a las provisiones, de las que todavía quedaba gran cantidad. Los mismos animales guiaron a la comitiva hasta el trineo.

La caravana, ya mejor provista de víveres, prosiguió caminando hacia la bahía de internada. Los perros fueron nuevamente enganchados al trineo, y así se continuó caminando, sin que ocurriera ningún incidente que interrumpiese la expedición.

Durante la marcha, se observó que Aupic, Andrés Vasling y los dos marineros noruegos formaban grupo aparte y se abstendían de hablar con los demás compañeros; pero éstos los vigilaban muy de cerca, sin que los disidentes lo advirtiesen.

A Luis Cornbutte y a Penellán inspiraba, sin embargo, serios

temores esta disensión.

El 7 de diciembre, es decir, veinte días después de haber sido encontrados los náufragos, divisó la caravana la bahía en que estaba anclado el bergantín *La Joven Audaz*, que, ¡cosa inaudita!, se encontraba colgado en el aire, sobre unos bloques de hielo, a más de cuatro metros de altura.

La comitiva, inquieta por la suerte que hubiera cabido a sus compañeros, corrió hacia el bergantín, donde fue recibida con gritos de júbilo por Gervique, Turquette y Grandlin.

Éstos se encontraban, afortunadamente, en buen estado de salud, aunque habían estado expuestos a muy serios peligros, porque la tempestad, que se había extendido por todo el mar Glacial, había roto los hielos que, variando de lugar y deslizándose unos sobre otros, habían conmovido el lecho sobre el que descansaba el bergantín. Éste se encontró de repente levantado fuera de los límites superficiales del mar, a causa de haberse elevado sobre el agua los carámbanos que, en virtud de su peso específico, adquirieron, al romperse, una incalculable fuerza ascensional.

Al llegar la caravana al bergantín, todos se entregaron a la alegría, regocijándose los exploradores de haber encontrado las cosas en buen estado, lo que les permitía esperar que pasarían un invierno soportable en medio de su natural inclemencia.

El bergantín se conservaba en buen estado, a pesar de los movimientos que había sufrido, así es que cuando llegara el deshielo bastaría deslizarlo sobre un plano inclinado para lanzarlo al mar libre.

Pronto, sin embargo, se ensombrecieron los rostros de Juan Cornbutte y sus compañeros, porque no tardaron en saber que el almacén de nieve, construido en la costa para los víveres, había quedado casi completamente desmantelado durante la terrible borrasca.

Al informarse de esta desgracia, Juan y Luis Cornbutte visitaron la bodega y repostería del bergantín para calcular el tiempo que se podría vivir con las provisiones que quedaban, y aminorar las raciones cuanto fuese necesario para que los víveres durasen hasta la época del deshielo.

Éste no era de esperar que llegase antes del mes de mayo y el

bergantín no podría salir de la bahía hasta algún tiempo después. Era, por consiguiente, necesario pasar cinco meses aprisionados entre los hielos, durante cuyo tiempo tenían que alimentarse catorce personas. Hecho el cálculo oportuno, se vino en conocimiento de que los víveres de que se disponía llegarían, a lo sumo, hasta el momento de la partida, poniendo a todos a media ración. No podía, por lo tanto, prescindirse de la caza si se quería obtener alimentación más abundante.

Para evitar que esta desgracia se repitiera, se resolvió no depositar más víveres en tierra y guardarlos todos a bordo.

También se resolvió, y así se hizo efectivamente, colocar camas en la cámara común de los marineros para los recién llegados.

Durante la ausencia de los expedicionarios, habían abierto Turquette, Gervique y Grandlin una escalera en el hielo que facilitaba el acceso al puente del bergantín.

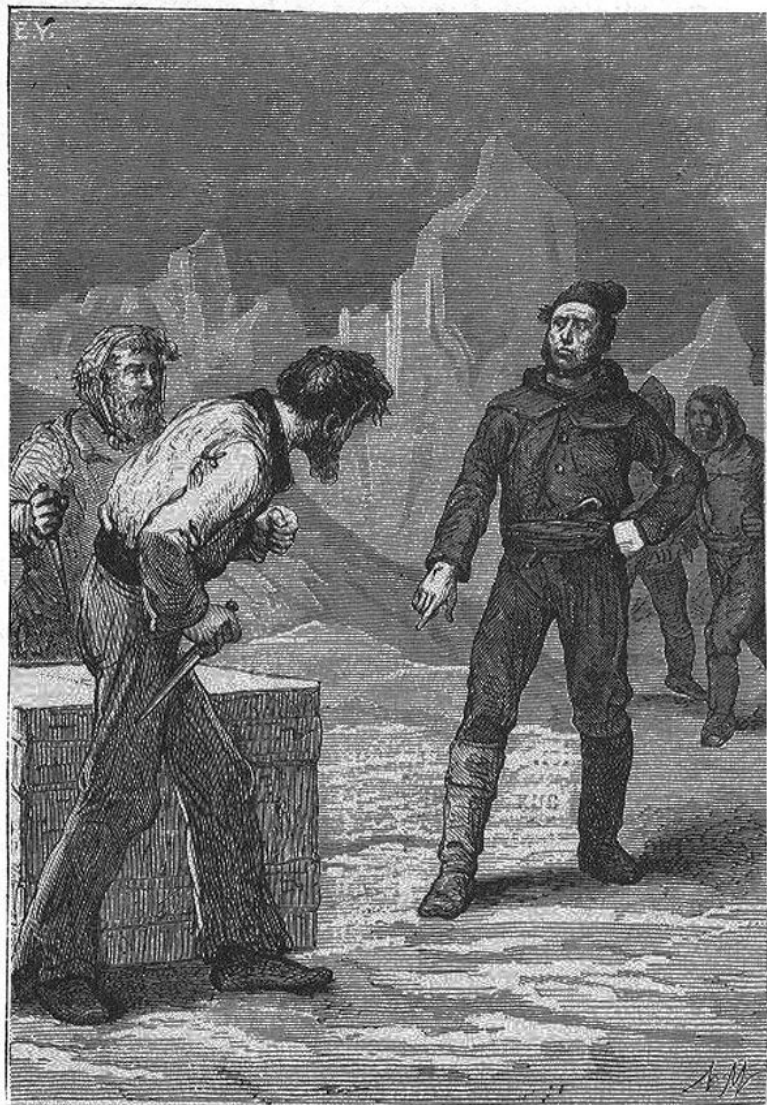
CAPÍTULO XIII

LOS DOS RIVALES

ATRAÍDOS mutuamente por no se sabe qué misteriosa simpatía, Andrés Vasling y los dos marinos noruegos habíanse unido por una estrecha amistad. A este grupo, que permanecía generalmente separado de los demás y desaprobaba cuantas medidas se adoptaban, habíase agregado Aupic; pero Luis Cornbutte, a quien su padre había entregado el mando del bergantín y que como jefe a bordo no podía permitir ninguna clase de insubordinaciones, hizo saber imperiosamente que quería ser obedecido, a pesar de los consejos de María, que le recomendaba que adoptase medios suaves.

Sin embargo, los noruegos consiguieron, pocos días después, apoderarse de una caja de carne salada. Luis Cornbutte exigió que la devolvieran, pero Aupic se puso a favor de aquéllos, y Andrés Vasling no se ocultó para manifestar que las disposiciones adoptadas respecto a la alimentación no podían durar más tiempo.

No había que probar a los ladrones que se trataba del interés común, porque ellos lo sabían y sólo buscaban un pretexto para rebelarse. Penellán avanzó hacia los dos noruegos, que sacaron a relucir sus cuchillos; pero secundado el timonel por Misonne y Turquette, consiguió quitárselos y recobró la caja de carne salada.



Penellán avanzó hacia los dos noruegos...

Andrés Vasling y Aupic, al ver que la cuestión se volvía contra ellos, se abstuvieron de intervenir; pero, esto no obstante, Luis Cornbutte llevóse al segundo aparte y le dijo:

—Andrés Vasling, es usted un miserable. Conozco toda su conducta y sé el objeto que se propone; pero como tengo el deber de velar por la salvación de todos, si hay alguno de ustedes que piense en buscar su pérdida, lo apuñalaré con mi propia mano.

—Luis Cornbutte —respondió el segundo del bergantín—, le es fácil hacer alarde de autoridad; pero no olvide que aquí no hay obediencia jerárquica y sólo el más fuerte impone la ley.

La joven, a quien los numerosos peligros de los mares polares no habían hecho temblar nunca, tuvo miedo ante el odio que por su causa se tenían mutuamente Andrés Vasling y Luis Cornbutte, sin que la energía de este último pudiese tranquilizarla.

La guerra entre el capitán y el segundo del bergantín estaba declarada; pero las comidas continuaron haciéndose en común y a las mismas horas.

La caza proporcionó todavía unas perdices nivales y liebres blancas; pero, con la aproximación de los fríos, este recurso iba a faltar también.

Los fríos comenzaron efectivamente en el solsticio, el 22 de diciembre, día en que el termómetro descendió hasta los treinta y cinco grados bajo cero. Los invernantes tuvieron dolores en las orejas, en la nariz y en todas las extremidades del cuerpo, y fueron presa de un entorpecimiento mortal, acompañado de vahídos y dificultad en la respiración.

En semejante estado, no se atrevían a salir a cazar ni a hacer ejercicio, y pasaban el tiempo acurrucados alrededor de la estufa, que no les daba mucho calor, a pesar de lo cual, cuando se apartaban de ella un poco, sentían que la sangre se les enfriaba súbitamente en las venas.

Juan Cornbutte, que no podía ya salir de su camarote, comprendió que su salud estaba gravemente comprometida, porque tenía ya síntomas del escorbuto: las piernas se le habían llenado de manchas blancas.

María, que se encontraba bien, ocupábase en cuidar a los enfermos con la solicitud de una hermana de la Caridad, por lo que todos aquellos bravos marineros la bendecían desde el fondo de su

corazón.

El 1.º de enero fue uno de los días más tristes de la invernada. El viento soplaba con extraordinaria violencia y el frío era insoportable. No se podía salir sin exponerse a quedarse helado. Los más osados se limitaban a pasear sobre el puente, que estaba protegido por un toldo. Juan Cornbutte, Gervique y Grandlin no pudieron ya abandonar el lecho. Los dos noruegos, Aupic y Andrés Vasling, cuya salud se sostenía, miraban con ferocidad a sus compañeros, a quienes veían desmejorarse.

Luis Cornbutte, llevándose a Penellán al puente, le preguntó dónde estaban las provisiones de combustible.

—El carbón se concluyó hace ya muchos días —repuso Penellán— y vamos a quemar los últimos trozos de madera.

—Si no tenemos medio de combatir este frío —dijo Luis Cornbutte—, estamos perdidos.

—Nos queda un medio —replicó Penellán—, y es el de quemar lo que podamos de nuestro bergantín, desde las cintas hasta la línea de flotación, y hasta podríamos deshacerlo por completo y reconstruir otro más pequeño, en caso de extrema necesidad.

—Es un recurso extremo, efectivamente —respondió Luis Cornbutte—; pero siempre será tiempo de emplearlo, cuando nuestros hombres estén útiles, porque —agregó en voz baja— nuestras fuerzas disminuyen y las de nuestros enemigos aumentan, según parece. ¡Esto es muy extraordinario!

—Es verdad —repuso Penellán—, y sin la precaución que hemos adoptado de vigilarlos noche y día, no sé lo que llegaría a ocurrir.

—Tomemos nuestras hachas —aconsejó Luis Cornbutte— y hagamos nuestra provisión de leña.

A pesar del frío tan intenso que hacía, el capitán y el timonel subieron sobre las cintas de proa y cortaron toda la madera que no era de utilidad indispensable para el bergantín, y con este combustible fue nuevamente rellena la estufa, a cuyo lado se quedó un hombre de guardia para impedir que se apagase.

Esto no obstante, Luis Cornbutte y sus amigos se encontraban profundamente abatidos, porque, no pudiendo confiar a sus enemigos ningún detalle de la vida en común, tenían que efectuar todos los trabajos domésticos y las fuerzas empezaban a abandonarles.

El escorbuto se declaró, al fin, a Juan Cornbutte, que sufría dolores intolerables, y Gervique y Grandlin comenzaron también a ser atacados por la terrible enfermedad. Sin el zumo de limón, de que estaban abundantemente provistos, estos desgraciados no habrían tardado en sucumbir a sus sufrimientos. Por esta razón, no se les escatimó este remedio soberano.

Pero un día, el 15 de enero, cuando Luis Cornbutte descendió a la despensa para renovar las provisiones de limón, quedóse estupefacto al ver que habían desaparecido los barriles en que se guardaban. Subió inmediatamente, tan de mal humor como se puede suponer, y le notificó a Penellán esta nueva desgracia. Se había cometido un robo y no había necesidad de discurrir mucho para adivinar quiénes eran los ladrones. Luis Cornbutte comprendió entonces por qué la salud de sus enemigos no se resentía. Sus adictos no tenían ya las fuerzas necesarias para recuperar por la violencia las provisiones, de las que dependían su vida y la de sus compañeros.

Luis Cornbutte, por primera vez, quedó abismado en la más profunda desesperación.

CAPÍTULO XIV

HORAS DE ANGUSTIA

EL 20 de enero estaban tan abatidos aquellos infortunados, que la mayor parte de ellos no tenían fuerzas para levantarse, y veíanse obligados a permanecer en el lecho.

Cada uno de ellos tenía, además de sus mantas de lana, una piel de búfalo que lo preservaba del frío; pero ninguno podía sacar un brazo al aire, porque tan pronto como lo intentaba le acometía tal dolor que inmediatamente se veía obligado a meterlo entre la ropa.

Cuando Luis Cornbutte hubo encendido la estufa, Penellán, Misonne y Andrés Vasling se levantaron de la cama y se colocaron cerca del fuego. El timonel preparó en seguida el café y lo sirvió a sus compañeros, quienes recobraron un tanto las fuerzas. María también tomó este frugal desayuno.

Luis Cornbutte se acercó luego al lecho en que gemía su padre, que casi no podía moverse y tenía las piernas imposibilitadas por la enfermedad.

El anciano marinero no cesaba de murmurar palabras vacías de sentido, que desgarraban al hijo el corazón.

—¡Luis, voy a morirme! —exclamaba—. ¡Oh! ¡Sufro mucho! ¡Sálvame!

Luis Cornbutte adoptó una resolución decisiva. Se dirigió a Andrés Vasling y, haciendo esfuerzos supremos por contener la cólera que lo dominaba, le preguntó:

—¿Sabe dónde están los limones?

—Supongo que en la despensa —contestó el segundo del bergantín, sin desconcertarse.

—Sabe usted muy bien que no están allí, puesto que los ha

robado.

—Luis Cornbutte, como es usted el amo, puede permitirse decir y hacer cuanto se le antoje —respondió Andrés Vasling con ironía.

—¡Por piedad, Vasling! ¡Mi padre se muere y usted puede salvarlo! Responda: ¿dónde están los limones?

—No tengo nada que responder.

—¡Miserable! —rugió Penellán, avanzando hacia el segundo navaja en mano.

—¡Aquí los míos! —voceó Andrés Vasling, retrocediendo algunos pasos.

Al oír esto, saltaron inmediatamente del lecho Aupic y los dos noruegos, que corrieron a colocarse detrás del segundo del bergantín.

Misonne, Turquette, Penellán y Luis Cornbutte se apercibieron para la defensa. Pedro Nouquet y Grandlin se apresuraron a levantarse, a pesar de los muchos dolores que sufrían, para ponerse al lado del capitán.

—¡Sois todavía muy fuertes para nosotros, y no nos batiremos hasta que tengamos seguridad de vencer! —dijo entonces Andrés Vasling.

Los marineros se encontraban tan débiles, que no se atrevieron a acometer a los cuatro miserables que se habían declarado enemigos suyos, porque si no triunfaban quedaban irremisiblemente perdidos.

—¡Andrés Vasling —dijo Luis Cornbutte, con la voz velada por la emoción y por la rabia—, si mi padre muere, tú lo habrás matado! Pero ¡desgraciado de ti si esto ocurre, porque te mataré como a un perro!

El segundo del bergantín y sus cómplices se retiraron al otro extremo, sin responder.

Entonces, como hubiera necesidad de renovar la provisión de leña, Luis Cornbutte, a pesar del intenso frío que hacía, salió al puente y se puso a cortar parte de las cintas del bergantín; pero viose obligado a abandonar este trabajo un cuarto de hora después, para no quedarse helado. Al pasar, dirigió una mirada al termómetro, que estaba a la intemperie, y vio que el mercurio se había congelado en la cubeta. A la sazón, el tiempo estaba seco y despejado, y el viento soplaba del Norte.

El día 26 varió de dirección el viento, que empezó a soplar del

Nordeste, y el termómetro colocado al aire libre señaló treinta y cinco grados bajo cero.

Juan Cornbutte estaba agonizando, y su hijo Luis, que inútilmente había tratado de aliviar sus dolores, estaba entregado a la más profunda desesperación, por considerarse impotente para prolongar la vida del bondadoso anciano.

Aquel día, se arrojó de improviso sobre Andrés Vasling para arrebatárle un limón que éste estaba chupando. El segundo del bergantín no se movió para recuperar la presa. Esperaba, sin duda, una ocasión propicia para llevar a cabo sus criminales y odiosos proyectos.

El zumo de limón reanimó algo las fuerzas de Juan Cornbutte; mas, para que se curara, era preciso continuar proporcionándole el remedio, y su hijo no lo tenía.

En estas circunstancias, postróse María a los pies de Andrés Vasling suplicándole que le dijera dónde había ocultado los limones; pero el miserable no le contestó siquiera.



El miserable no le contestó...

Entonces oyó Penellán que el segundo del bergantín decía a sus cómplices:

—¡El viejo está ya agonizando! Gervique, Grandlin y Pedro Nouquet no valen para nada, y los otros se encuentran cada día más débiles. Se acerca, por consiguiente, el momento de que seamos dueños de la situación y de que la vida de nuestros enemigos nos pertenezca.

Al enterarse de esto, Luis Cornbutte y sus compañeros resolvieron aprovechar las escasas fuerzas que les quedaban y matar, durante la noche siguiente, a los miserables que los habían sentenciado a ellos a muerte, antes de que los enemigos los exterminaran. No se podía esperar más tiempo, porque, si no se apresuraban, se debilitarían de tal modo que les sería imposible defenderse si, como era de esperar, llegaban a ser acometidos.

La temperatura había subido un poco, y Luis Cornbutte cogió su fusil y se aventuró a salir de caza.

Se alejó unas tres millas del bergantín, porque, engañado frecuentemente por los efectos del espejismo, cuando pretendía acercarse, se separaba más. Fue una imprudencia, porque en el suelo había huellas recientes de animales feroces.

Sin embargo, Luis Cornbutte no quiso regresar sin haber cazado alguna pieza, y prosiguió su camino; pero, entonces, sintió una impresión singular que le trastornó la cabeza. Fue lo que se ha dado en llamar «el vértigo de la blancura».

Efectivamente, la reflexión de los montículos de hielo y de la vasta planicie le trastornaba completamente, de modo tal que le ocasionaba una desazón que se revelaba en sus ojos y le extraviaba la vista. Temió que la blancura le hiciera perder el juicio.

Sin hacer caso de este efecto terrible, prosiguió caminando y no tardó en descubrir un ánade, que persiguió tenazmente para apoderarse de él. El ave cayó pronto muerta, y para cogerla pasó Luis Cornbutte de uno a otro montículo de hielo hasta que rodó pesadamente al suelo, por haber dado un salto de diez pies cuando creía haberlo dado sólo de dos.

Acometido por el vértigo, empezó a gritar, sin saber por qué, pidiendo auxilio, y en el suelo permaneció varios minutos dando voces, a pesar de no haber sufrido fractura alguna en la caída. El frío, que empezó a invadirle, le devolvió el instinto de conservación,

y se levantó torpemente.

De pronto, percibió su olfato cierto olorcillo a grasa quemada, cuya procedencia no acertaba a explicarse; pero como él estaba a contraviento del bergantín, supuso que venía de allí, aunque no podía adivinar el objeto que se proponían sus compañeros al quemar grasa, sabiendo que esta operación es muy peligrosa por tener la virtud de atraer con sus emanaciones a los osos blancos.

Sumamente preocupado, emprendió Luis Cornbutte el regreso al bergantín, no tardando su preocupación en convertirse en terror al divisar en el horizonte unas masas blancas que se movían, porque llegó a temer que se tratara de un terremoto de hielos.

Como algunas de aquellas masas se interpusieron entre él y el bergantín, creyó que subían por las bardas del barco, y se detuvo para observarlas más atentamente. Entonces vio que eran una manada de osos gigantescos y se quedó aterrorizado.

Los plantígrados habían sido atraídos por el olor de la grasa que tanto había sorprendido a Luis Cornbutte.

Éste se apresuró a refugiarse detrás de un cerro, y desde allí vio que tres osos escalaban los bloques de hielo que servían de sostén a *La Joven Audaz*.

Como no había indicio alguno que revelase que en el interior del bergantín fuese conocido el peligro, Luis Cornbutte, con el corazón oprimido por una terrible angustia, tembló por su padre, por su amada y por sus compañeros. ¿Cómo contener a tan formidables fieras? ¿Se unirían todos los hombres de la tripulación, amigos y enemigos, para defenderse del común peligro? ¿Podrían Penellán y sus compañeros hacer resistencia a los plantígrados carniceros, estando hambrientos los osos y famélicos y entorpecidos por el frío los hombres? ¿No sería él mismo atacado de improviso por las fieras?

Todas estas reflexiones cruzaron en un momento por la mente de Luis Cornbutte, cuyo espanto era cada vez mayor.

Los osos, que habían trepado ya sobre los bloques de hielo en que se asentaba el bergantín, subían para asaltarlo. Entonces se decidió Luis Cornbutte a abandonar el lugar en que había buscado refugio y, aproximándose a rastras al barco, vio que las fieras rasgaban con las zarpas el toldo que cubría el puente y saltaban a éste.

Se le ocurrió disparar su fusil para dar a sus compañeros aviso del peligro que corrían; pero si por casualidad subían éstos al puente desprevenidos, y sin armas, serían inevitablemente despedazados, porque, como ya hemos dicho, nada revelaba que tuviesen conocimiento del peligro que los amenazaba.

Luis Cornbutte, pues, se abstuvo de disparar.

CAPÍTULO XV

LOS OSOS BLANCOS

DESPUÉS que Luis Cornbutte hubo salido del bergantín para ir a cazar, cerró Penellán cuidadosamente la puerta de la cámara, que estaba en la parte inferior de la escalera del puente, y volvió al lado de la estufa para encargarse de guardarla, mientras sus compañeros se metían en el lecho, donde esperaban encontrar algún calor.

Eran las seis de la tarde, y el timonel, creyendo llegada la hora de preparar la cena, bajó a la bodega para buscar la carne salada que se proponía cocer.

Al subir de nuevo a la cámara, quedóse sorprendido al ver que su puesto estaba ocupado por Andrés Vasling, que en aquellos momentos derretía varios trozos de grasa en una cazuela.

—Estaba yo aquí antes que usted —dijo con acritud Penellán a Andrés Vasling—. ¿Por qué ha ocupado mi puesto?

—Por la misma razón que le induce a reclamarlo: porque necesito preparar mi cena.

—Quite de ahí todo eso inmediatamente, sino quiere que nos veamos las caras.

—No nos veremos nada, y haré mi cena a pesar de usted.

—No la probará —replicó Penellán acometiendo a Andrés Vasling.

Éste empuñó su cuchillo, gritando:

—¡A mí los míos!

Éstos acudieron inmediatamente, armados de pistolas y puñales. Sin duda alguna, el golpe había sido premeditado.

Penellán acometió a Andrés Vasling, que le hizo frente sin la ayuda de nadie, en tanto que sus cómplices corrieron hacia las

camas de Misonne, Turquette y Nouquet.

Este último, indefenso y extenuado por la enfermedad, fue víctima de la ferocidad de Herming.

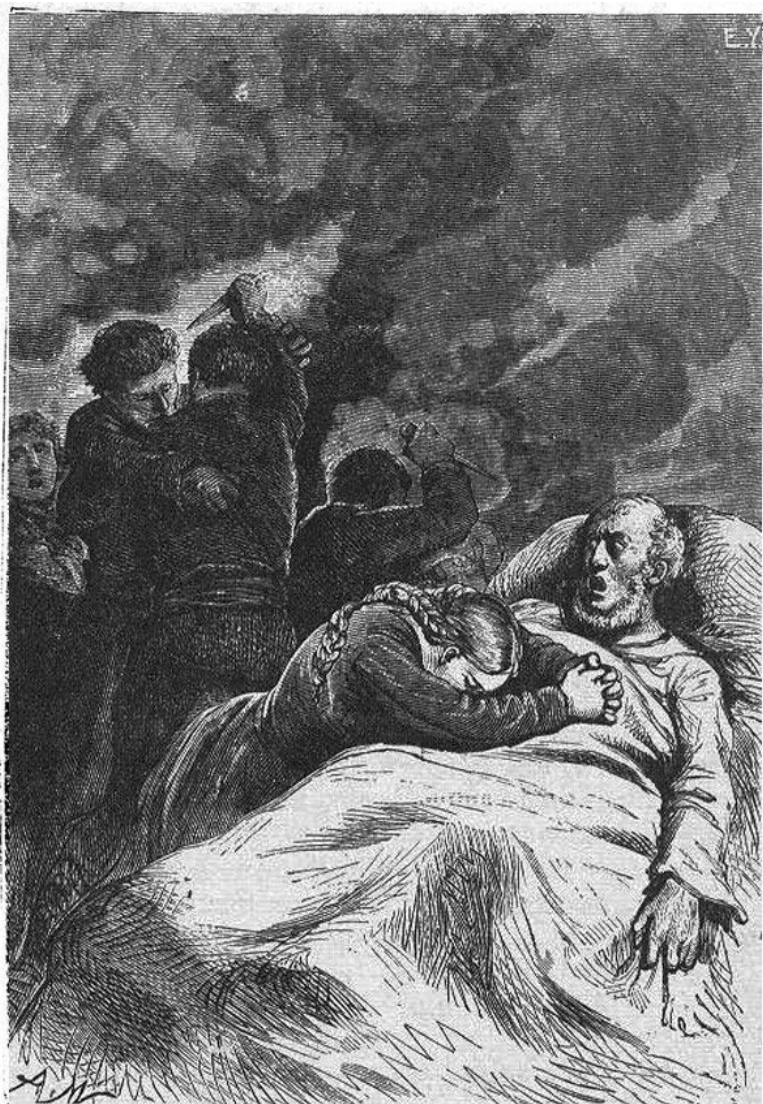
El carpintero abandonó precipitadamente el lecho en que yacía, se apoderó de un hacha y salió al encuentro de Aupic.

Turquette y Jocki luchaban entre sí encarnizadamente, y Gervique y Grandlin, postrados por horribles sufrimientos, ni aun se dieron cuenta de lo que ocurría.

Herming, después de asestar una terrible puñalada a Pedro Nouquet en el costado, se lanzó contra Penellán, que luchaba furiosamente con Andrés Vasling.

Éste tenía agarrado al timonel por el cuerpo; pero cuando empezaron a reñir, la cazuela en que el segundo del bergantín estaba preparando la cena, se había derramado sobre la lumbre, y la grasa, al quemarse, impregnaba la atmósfera de emanaciones infectas.

María, al oír el ruido de la lucha, se levantó también, lanzando gritos de desesperación, y corrió desalentada hacia la cama en que el anciano Juan Cornbutte estaba agonizando.



María corrió hacia la cama donde agonizaba el anciano Juan Cornbutte.

Andrés Vasling, menos fuerte que Penellán, sintió que sus brazos eran vigorosamente rechazados por los de éste; pero ninguno de los dos podía hacer uso de las armas, porque estaban demasiado juntos.

—¡A mí, Herming! —gritó el segundo del barco, al ver a su cómplice.

—¡A mí, Misonne! —gritó también Penellán.

Pero Misonne no podía acudir en auxilio del timonel, porque en aquel momento rodaba sobre el puente del bergantín, abrazado a Aupic, que trataba de herirlo con la cuchilla.

El hacha que esgrimía el carpintero era arma poco a propósito para la defensa, porque en la situación en que se encontraban los combatientes no se podía manejar, y a Misonne le costaba mucho trabajo eludir las puñaladas que su adversario le asestaba.

La sangre no cesaba de correr, y los marineros de uno y otro bando no dejaban de proferir gritos y rugidos.

Turquette, después de ser derribado por Jocki, que era hombre de fuerzas hercúleas, había recibido una puñalada en un hombro y pugnaba inútilmente por apoderarse de una pistola que el noruego tenía en el cinto; pero le era imposible moverse, porque su enemigo lo apretaba como un tomo.

Al grito de Andrés Vasling, a quien Penellán apretaba contra la puerta de entrada, acudió Herming. Éste pretendió herir con su cuchillo al bretón por la espalda, pero, en el momento de asestar el golpe, recibió un vigoroso puntapié que lo hizo rodar por el suelo.

El esfuerzo realizado por el timonel permitió a Andrés Vasling desasir su brazo derecho; pero, cediendo en aquel momento la puerta en que uno y otro se apoyaban, cayó de espaldas el segundo del bergantín.

De pronto, oyóse un rugido terrible y apareció un oso gigantesco en las gradas de la escalera.

Andrés Vasling, que estaba a cuatro pasos de él, fue el primero que vio al animal.

Sonó entonces una detonación, y el oso, herido o espantado, retrocedió; pero fue perseguido por Andrés, que acababa de levantarse y que, en aquel instante, se olvidó de Penellán.

El timonel volvió a colocar en su sitio la puerta que acababa de caerse y miró en tomo suyo: Misonne y Turquette, fuertemente atados por sus enemigos, habían sido arrojados a un rincón y hacían

vanos esfuerzos por romper sus ligaduras. Penellán se apresuró a socorrerlos; pero, antes de conseguirlo, fue derribado por los dos noruegos y Aupic.

Sus fuerzas, ya agotadas, no le permitían resistir a aquellos tres hombres, que también le ataron para impedir que se moviera.

Luego corrieron los criminales hacia el puente, donde, juzgando, por los gritos que profería Andrés Vasling, creyeron que éste estaba luchando con Luis Cornbutte; pero vieron que combatía con un oso, al que había asestado ya dos puñaladas.

La fiera, agitando sus dos formidables patas delanteras en el aire, trataba de apresar a Andrés Vasling, que poco a poco había ido estrechándose contra la borda. Ya se consideraba perdido cuando sonó el ruido de otra detonación.

Andrés Vasling levantó entonces la cabeza y vio a Luis Cornbutte, que estaba encaramado sobre el palo trinquete, desde donde había hecho el disparo, dejando muerto al oso.

La generosidad de Luis Cornbutte no fue agradecida por el miserable Vasling, en cuyo corazón prevaleció el odio; pero antes de desahogar su cólera, miró en tomo suyo, quizá para convencerse de que era el más fuerte.

Aupic, a quien un oso había roto de una patada la cabeza, yacía sin vida sobre el puente. Jocki, con el hacha en la mano, se esforzaba por parar los golpes que le asestaba el mismo animal, furioso por las dos puñaladas que había recibido. El tercer oso se dirigía a la proa del bergantín.

Andrés Vasling, sin hacer caso de esta tercera fiera y seguido por Herming, acudió en socorro de Jocki, que, apretado fuertemente por las patas del animal, estaba despedazado.

Cuando el plantígrado, muerto por los disparos que con sus pistolas le hicieron Andrés Vasling y Herming, añojo las patas y soltó el cuerpo de Jocki, éste era cadáver.

—Ya sólo quedamos dos —dijo Andrés Vasling con voz apagada por la cólera—; pero no sucumbiremos sin habernos vengado.

Herming no respondió, pero volvió a cargar su pistola.

Era preciso, ante todo, exterminar al tercer oso.

Andrés Vasling miró hacia delante y no vio al animal, pero al levantar luego la vista, lo distinguió trepando por los flechastes en persecución de Luis Cornbutte.

El miserable Vasling, cuyo rostro reflejaba la más feroz alegría, dejó caer el fusil con que iba a apuntar al animal.

—¡Ah! —exclamó—. ¡Me debías este desquite!

Mientras tanto, Luis Cornbutte habíase refugiado en la cofa del trinquete, donde esperaba que la fiera se le acercase.

Cuando ésta, que continuó subiendo, sólo estuvo a seis pies de distancia, Luis Cornbutte, con admirable serenidad, le apuntó al corazón.

Andrés Vasling, al ver esto, volvió a tomar su fusil para matar a Luis Cornbutte si llegaba a caer el oso.

El capitán del bergantín disparó, efectivamente, pero, sin duda, no tocó al animal, porque éste saltó a la cofa, haciendo mover todo el palo.

Andrés Vasling prorrumpió en una carcajada de alegría feroz.

—¡Herming! —gritó—. ¡Tráeme a María! ¡Tráeme a mi prometida!

Herming, obedeciendo al punto, bajó la escalera de la cámara.

Mientras tanto, la fiera, enfurecida, habíase lanzado sobre Luis Cornbutte, que se retiró a un extremo de la cofa, y en el momento en que la formidable pata del animal iba a caer sobre su cabeza, se apoderó el marinero de un brandal y, por él, se deslizó hasta el puente. Durante el descenso, silbó una bala en sus oídos. El infame Vasling le había disparado su fusil, pero había errado la puntería. ¡Dios vela siempre por los buenos!

El capitán y el segundo del bergantín se encontraron, por consiguiente, frente a frente, y ambos empuñaban sus cuchillos. Iba a entablarse un combate, que debía ser decisivo.

Para satisfacer por completo su venganza, haciendo que María presenciara la muerte de su prometido, Andrés Vasling se había privado del auxilio de Herming, a quien había enviado a buscar a la joven. No podía, por lo tanto, contar sino consigo mismo.

Luis Cornbutte y Andrés Vasling entablaron en seguida la lucha, agarrándose mutuamente por el cuello, de tal modo que a uno y a otro les era imposible retroceder. Uno de los dos debía morir.

Como estaban agarrados, sólo podían parar a medias las cuchilladas que se asestaban, y la sangre de ambos no tardó en correr. Andrés Vasling hacía esfuerzos inauditos por derribar a su adversario; pero como Luis Cornbutte sabía que el que de ellos

cayera sería hombre muerto, se debatió con tal coraje que consiguió agarrar a su enemigo por ambos brazos; pero, obtenido esto, se le cayó de la mano el cuchillo que empuñaba.

En aquel momento llegaron a sus oídos los gritos horribles que profería María, quien pugnaba en vano por desasirse de Herminio, que trataba de arrastrarla.

Luis Cornbutte, presa de una rabia feroz, hizo entonces un esfuerzo supremo por derribar a su adversario, pero ambos se vieron, a la vez, apretados entre las formidables patas del oso que había descendido de la cofa arrojándose sobre ellos.

Andrés Vasling estaba apoyado contra el cuerpo de la fiera, cuyas uñas penetraban en las carnes de Luis Cornbutte. El oso apretaba a ambos en su abrazo vigoroso.



El oso apretaba a ambos...

—¡A mí, Herming! ¡A mí! —gritó Vasling.

—¡A mí, Penellán! —gritó, a su vez, Cornbutte.

Oyéronse entonces pasos en la escalera, y apareció Penellán, con la pistola en la mano.

El timonel se acercó al oso y le disparó en un oído.

La fiera lanzó un rugido de dolor, abrió un momento las patas, y este momento bastó a Luis Cornbutte para deslizarse sobre el puente, desasiéndose del abrazo del plantígrado.

El oso, en la convulsión de la agonía, volvió en seguida a apretar las patas, y cayó arrastrando consigo al infame Andrés Vasling, que quedó despedazado.

Penellán se apresuró a socorrer a Luis Cornbutte, que, sin ninguna herida grave, había perdido momentáneamente el sentido.

—¡María! —exclamó al abrir de nuevo los ojos.

—¡Salvada! —contestó el timonel, que agregó—: Herming está ahí tendido con una cuchillada en el vientre.

—¿Y los osos?

—Muertos, como nuestros enemigos; pero puede asegurarse que, sin la oportuna intervención de las fieras, seríamos nosotros los que habríamos sucumbido. Sin duda alguna, la Providencia envió estos animales en auxilio nuestro. ¡Bendigamos a Dios, que se ha complacido en socorrernos!

Luis Cornbutte y Penellán descendieron a la cámara, donde María, profundamente conmovida, se arrojó en brazos de su prometido.

CAPÍTULO XVI

CONCLUSIÓN

MISONNE y Turquette, que habían logrado romper las ligaduras que los sujetaban, transportaron a Herming, mortalmente herido, a su cama. Como este miserable se encontraba ya en la agonía y todo auxilio habría sido ineficaz, los dos marineros se ocuparon en socorrer a Pedro Nouquet, cuya herida no era grave, por fortuna.

Pero Luis Cornbutte era víctima de una desgracia mayor. Su amante y bondadoso padre no daba señal alguna de vida. ¿Había dejado de existir con la angustia de ver a su cariñoso hijo en manos de sus enemigos? ¿Había muerto ante el horror de la terrible escena? No se sabe. Lo cierto fue que el infortunado marino, agotado por la enfermedad, había abandonado ya este mundo miserable, entregando su alma a Dios.

Este golpe inesperado ocasionó una profunda desesperación a Luis Cornbutte y a María, quienes, arrodillados junto al lecho del difunto, rogaron a Dios con tanta piedad como desconsuelo por el eterno descanso del alma de su padre.

Penellán, Misonne y Turquette, respetando el dolor de los jóvenes, los dejaron solos en la cámara y subieron al puente del bergantín.

Los tres osos muertos quedaron apartados para desollarlos cuando hubiera tiempo, con el fin de aprovechar las pieles; pero no la carne, de la que, por haber disminuido mucho el número de personas que tenían que alimentarse, no había necesidad.

Los cadáveres de Andrés Vasling, Aupic y Jocki fueron sepultados en una fosa que se abrió en la costa, y al día siguiente fue a hacerles compañía el de Herming. Éste murió por la noche, sin

haberse arrepentido de sus maldades, con la espuma de la cólera en los labios.

Penellán, Misonne y Turquette compusieron el toldo del puente, que había sido rasgado por varios puntos, y lo volvieron a colocar para impedir que penetrase la nieve.

La temperatura era extremadamente fría, y así se mantuvo hasta que el 8 de enero volvió a aparecer el sol en el horizonte.

El anciano marino Juan Cornbutte quedó enterrado en la costa. Había abandonado su patria para ir en busca de su hijo y había encontrado la muerte en aquel clima inhospitalario y horrible. Su cadáver fue sepultado en la cima de un montículo, sobre el cual se colocó una sencilla cruz de madera para que velase su sueño eterno.

Los sufrimientos de Luis Cornbutte y de sus compañeros no habían terminado, sin embargo, pues las inclemencias del tiempo continuaron sometiéndolos a pruebas muy rudas. Esto no obstante, como recobraron los limones sustraídos por Vasling, pronto se encontraron bien de salud todos.

Quince días después de tan terribles acontecimientos, pudieron abandonar la cama y hacer algún ejercicio Gervique, Grandlin y Pedro Nouquet, y la caza, fácil y abundante, no tardó en ser la distracción de los invenadores, pues las aves acuáticas volvían en considerable número a aquel país tan lejano.

Un día mataron una especie de pato salvaje enorme, que proporcionó a los marinos excelente alimento. En sus excursiones, no tuvieron que lamentar los cazadores otra pérdida que la de los dos perros, que desaparecieron en una ocasión en que los marinos se habían alejado veinticinco millas del bergantín, hacia el Sur, para ver en qué estado se encontraba la llanura de hielo.

Durante el mes de febrero se desencadenaron tempestades muy violentas y nevó abundantemente; pero estos fenómenos no hicieron sufrir mucho a los invernantes, a pesar de que la temperatura media que reinó fue de veinticinco grados bajo cero. Además, la presencia del sol, que cada día se elevaba más en el horizonte, les inundaba el alma de alegría, porque era el anuncio del término de sus angustias. Debía creerse que el cielo misericordioso, compadecido de ellos, les enviaba aquel año el calor prematuramente.

En el mes de marzo, fueron vistos algunos cuervos revoloteando en tomo del bergantín, y Luis Cornbutte cazó algunas grullas que,

en su peregrinación a los países septentrionales, llegaron hasta allí. También se dejaron ver, hacia el Sur, algunas bandadas de gansos salvajes.

Este regreso de las aves revelaba disminución del frío; pero los marineros no confiaban mucho en este anuncio, porque de vez en cuando un cambio cualquiera de viento hacía bajar de pronto tanto la temperatura, especialmente en los novilunios y plenilunios, que se veían obligados a adoptar grandes precauciones para resguardarse.

Ya era tiempo de que terminase la invernada, porque los tripulantes del bergantín habían quemado, para calentarse, todo el parapeto del barco, los tabiques de los camarotes en que no habitaban y gran parte del falso puente. Por fortuna, durante el mes de marzo, la temperatura media fue de dieciséis grados bajo cero, que, comparada con la que hasta entonces habían tenido que soportar los invernantes, era bastante sufrible.

María se ocupó en preparar los trajes de todos para la próxima estación de verano, que aquel año fue, como ya se ha dicho, muy precoz.

Desde el equinoccio el sol estaba constantemente sobre el horizonte. Había comenzado el día de ocho meses, y la claridad perpetua y el calor incesante, a pesar de ser muy débiles, no tardaron en ejercer influencia sobre el hielo.

Se necesitaba adoptar grandes precauciones para lanzar *La Joven Audaz* desde lo alto de los bloques de hielo que lo rodeaban al mar libre. El bergantín, por consiguiente, fue sólidamente apuntalado, y pareció conveniente esperar que los hielos empezaran a licuarse; pero como los témpanos inferiores descansaban sobre una capa de agua más caliente, iban desprendiéndose poco a poco y el bergantín iba descendiendo insensiblemente. En los primeros días de abril había ya recobrado su nivel natural.

Con el mes de abril llegaron las lluvias torrenciales que, esparcidas sobre la helada planicie, contribuyeron eficazmente a su descomposición. El termómetro subió a diez grados bajo cero. Algunos invernantes se quitaron sus trajes de piel de foca y no fue ya necesario tener encendida la estufa día y noche. El alcohol, cuya provisión no se había agotado, se empleó solamente, desde entonces, para cocer los alimentos.

Pronto empezó el hielo a quebrarse con sordos crujidos, abriéndose en la planicie grandes grietas, por lo que era peligroso aventurarse en ella sin ir provisto de un palo para sondear el sitio en que iba a ponerse el pie, si no se quería caer al agua, como ocurrió a algunos marineros, que tuvieron la suerte de no recibir otro daño que un baño algo frío.

Las focas hicieron su aparición en esta época, y los tripulantes del bergantín se apresuraron a darles caza, porque su grasa les era muy útil.

La salud de todos era excelente, y todos se ocupaban en hacer los preparativos necesarios para la partida. El tiempo que no se dedicaba a estos trabajos se empleaba en cazar.

Luis Cornbutte, que salía con frecuencia a examinar los pequeños canales que el deshielo abría, resolvió, a causa de la configuración de la costa meridional, intentar el paso más al Sur. Ya se había roto el hielo en diferentes puntos, y los carámbanos flotaban sobre el agua dirigiéndose a alta mar.

El 25 de abril fue puesto el bergantín en estado de abandonar la bahía.

Al sacar las velas de sus fundas, se vio que estaban perfectamente conservadas, y cuando, colocadas en sus palos respectivos, fueron mecidas por el viento, el corazón de los marinos se inundó de alegría.

El bergantín se estremeció, pues había recobrado ya su línea de flotación, y, aunque no podía navegar aún, reposaba en su elemento natural.

En el mes de mayo, el hielo se licuó rápidamente. La nieve que cubría las orillas se fundía por todos lados formando un barro espeso que hacía la costa casi inabordable. Por entre los restos de la nieve asomaban tímidamente algunas pequeñas plantas, rosadas y pálidas, que parecían sonreír al recibir las caricias del sol. El termómetro subió, al fin, por encima del cero.

A veinte millas del bergantín, al Sur, los témpanos de hielo, completamente sueltos, navegaban hacia el océano Atlántico, y aunque el mar no estaba aún completamente libre en torno del navío, se abrieron algunos pasos que Luis Cornbutte quiso aprovechar.

Éste, después de rezar por última vez sobre la tumba de su

padre, abandonó por fin la bahía de internada el 21 de mayo. Al emprender el viaje de regreso, el corazón de aquellos bravos marinos rebosaba de alegría, al mismo tiempo que de tristeza, porque las almas nobles no abandonan sin pesar los lugares donde han visto morir a un amigo.

El viento, que soplabá del Norte, favoreció la marcha del bergantín, que a veces se vio detenido por bancos de hielo, que hubo necesidad de aserrar y, en ocasiones, hacerlos volar con barrenos.

Durante un mes, la navegación fue muy peligrosa aún, llegando a verse el bergantín a dos dedos de su perdición, pero, como la tripulación era atrevida y estaba acostumbrada a las maniobras más arriesgadas, todos los obstáculos fueron salvados.

Penellán, Pedro Nouquet, Turquiette y Fidel Misonne hacían, ellos solos, el trabajo de diez marineros, pero sus esfuerzos eran ampliamente recompensados con las sonrisas de gratitud que María les dirigía a todos.

La Joven Audaz viose, al fin, completamente libre de hielos a la altura de la isla Juan Mayen, y el 25 de junio encontró algunos buques que se dirigían al Norte para cazar focas y ballenas. Había necesitado casi un mes para salir de los mares polares.

El 16 de agosto se encontraba de nuevo *La Joven Audaz* a la vista de Dunkerque. Había sido señalado por el vigía, y toda la población acudió en masa al muelle para recibirla.

Los valerosos marineros del bergantín cayeron pronto en brazos de sus amigos, y el anciano cura estrechó contra su corazón a Luis Cornbutte y a María.



El anciano cura estrechó contra su corazón a Luis Cornbutte...

De las dos primeras misas que, después de esto, rezó el bondadoso sacerdote, la primera fue aplicada por el eterno descanso del alma de Juan Cornbutte, y en la segunda fue bendecida la unión de los dos jóvenes prometidos, que desde hacía ya mucho tiempo habían sido unidos por la desgracia.



JULES GABRIEL VERNE. Escritor francés, conocido en los países de lengua española como Julio Verne. El 8 de febrero de 1828 nació en Nantes este gran escritor, geógrafo de países fabulosos, creador de personajes enigmáticos, inventor de islas misteriosas y de originales máquinas, que con sus extraordinarias novelas inició a varias generaciones en el amor a la ciencia.

Tal vocación por lo extraordinario y lo fantástico no se advertía en Julio Verne cuando niño. Alumno estudioso y serio, no mostraba el afán de aventuras de otros chicos de su edad. Dotado de extraordinaria memoria, hizo con aprovechamiento sus primeros estudios, y luego marchó a París para cursar la carrera de abogado, profesión que ejercía su padre en Nantes.

Terminada la carrera, no demostró ninguna afición a ella. Su amistad con Alejandro Dumas y otros autores dramáticos había despertado en él la afición a ese género literario, y tenía escritas algunas obras como *La Conspiration des poudres*, *Un drame sous la Régence* y *Les Pailles rompues*, comedia en verso esta última, primera que estrenó (1850) y que sólo se representó una docena de veces, en el *Gymnase*. Luego estrenó *Douce jours de siège*, comedia en tres actos, en el *Vaudeville*.

Nombrado secretario del *Théâtre Lyrique*, continuó sus ensayos dramáticos con no mucho éxito, hasta que, interesado por la aerostación, escribió *Cinco semanas en globo* (1863), su primera novela científica.

El gran éxito que obtuvo con ella le animó a continuar este género de literatura y firmó un contrato exclusivo con su editor, J. Hetzel, comprometiéndose a proporcionarle dos obras anuales durante veinte años, o cuarenta en un breve espacio de tiempo, por lo cual recibiría 20 000 francos anuales o 10 000 por volumen. El éxito de las obras siguientes fue tal, que su editor hubo de mejorarle cinco veces el contrato.

Sucesivamente publicó, entre otras muchas, *Viaje al centro de la tierra* (1864); *De la tierra a la luna* (1865); *Las aventuras del capitán Hatteras* (1866); *Los hijos del capitán Grant* (1868); *Veinte mil leguas de viaje submarino* (1870) (que le valió ser coronado por la Academia Francesa); *La vuelta al mundo en ochenta días* (1873); *El doctor Ox* (1874); *La isla misteriosa* (1875); *Miguel Strogoff* (1876); *Las Indias negras* (1877); *Historia de los grandes viajes y de los grandes viajeros* (1878); *Un capitán de quince años* (1878); *Las tribulaciones de un chino en China* (1879); *El rayo verde* (1882) y *El archipiélago en llamas* (1884).

El mayor mérito de este gran novelista científico son sus anticipaciones, sus previsiones geniales, nacidas de un cerebro enciclopédico. Todo lo que predijo en cuestiones de navegación (aérea y submarina), cinematografía, televisión, telegrafía sin hilos, etc., etc., y que se ha realizado en nuestros días, demuestra la variedad de una erudición y la riqueza de una imaginación que no han sido superadas.

Además, su obra, exaltadora del valor, del esfuerzo, de la energía y de la bondad, sin bajezas morales de ninguna clase, ha ejercido siempre una influencia extraordinaria en la juventud.

Julio Verne murió en Amiens, el año 1905.